

Heberto Morales

JOVEL

(serenata a la gente menuda)

edición crítica

Flor María Rodríguez-Arenas

☪ - STOCKCERO - ☪

© Heberto Morales - 1992
Foreword, bibliography & notes © Flor María Rodríguez-Arenas
of this edition © Stockcero 2009
1st. Stockcero edition: 2009

ISBN: 978-1-934768-22-8

Library of Congress Control Number: 2009927876

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

ÍNDICE

IDENTIDAD NARRATIVA Y CULTURAL EN <i>Jovel: serenata a la gente menuda</i>	VII
1. HEBERTO MORALES CONSTANTINO: VIDA Y OBRAS	VII
2. CHIAPAS: LITERATURA Y SOCIEDAD	XI
3. <i>Jovel: serenata a la gente menuda</i>	XV
3.1. HIBRIDEZ	
3.1.1. LA NOVELA HISTÓRICA	
3.1.2. LA NOVELA DE REFERENTE INDÍGENA	
4. CONCLUSIONES	XXXVI
5. BIBLIOGRAFÍA	XLIII
JOVEL (SERENATA A LA GENTE MENUDA)	
PRIMERA PARTE	
EN LAS LLANURAS DE LA MANCHA.....	I
SEGUNDA PARTE	
A TRAVÉS DE LA SELVA	83
TERCERA PARTE	
GENTE DEL VALLE	169

IDENTIDAD NARRATIVA Y CULTURAL EN *Jovel: serenata a la gente menuda*

FLOR MARÍA RODRÍGUEZ-ARENAS
COLORADO STATE UNIVERSITY-PUEBLO

I. HEBERTO MORALES CONSTANTINO: VIDA Y OBRAS

El doctor Heberto Morales Constantino nació en Venustiano Carranza, Chiapas el 25 de noviembre de 1933.¹ Entre sus ascendientes paternos se encuentra un nombre reconocido en la historia chiapaneca: José Pantaleón Domínguez (1821-1894). El bisabuelo paterno, Juan María Morales León, nació en 1845; mientras que su abuelo paterno fue José Crescenciano Morales Ancheyta, nacido en Socoltenango, quien contrajo matrimonio con Elvira Avendaño, hija del destacado maestro escultor Otilio Avendaño, cuya esposa, Filadelfia, fue hija del general José Pantaleón Domínguez y de Mercedes Mederos. El padre del escritor Heberto Morales Constantino fue Segundo Juan María Morales, conocido para su familia como Don Juanito, quien nació en San Bartolomé de los Llanos, actual Venustiano Carranza, el 6 de marzo de 1907; él, a su vez, contrajo matrimonio con Josefa Constantino, hija de Francisco Constantino Borraz y nieta de Celedonio Constantino Gómez y de Josefa Borraz.

Estudié la primaria en Venustiano Carranza; mi papá no creía en la escuela; los primeros años solamente me mandaba a presentar exámenes, él me enseñaba; para cuando llegué al cuarto año a presentar los exámenes, yo iba con mucho miedo porque me acaba de hacer leer la Odisea, pensaba que me iban a hacer preguntas sobre la obra. A mi hermana y a mí nos tocó esta forma de enseñanza impartida por mi padre. Al terminar la primaria, yo había leído los libros que él tenía (en Rodríguez-Arenas 1999b, 227).

A edad muy temprana, 7 u 8 años, el futuro escritor, sufrió un accidente donde casi se ahoga al pasar un río, cuando regresaban de un viaje en que el padre lo había llevado al rancho del abuelo al otro lado del Río Grande, en Grijalva. Además, poco después, jugando con otros niños en la Plaza del Señor del Pozo se partió una pierna y el hueso roto le desagarró el músculo;

1 Esta sección de la vida del autor está tomada de recuerdos plasmados en un manuscrito que el escritor Morales Constantino redactara sobre su familia para sus hijos y sus descendientes; texto que amablemente me facilitó.

mientras esperaban por la llegada de uno de los mayores, los amiguitos trataron de trancar la sangre tapándole con tierra la herida. Se curó en medio de desmayos sufridos por el dolor, gracias a la suerte, a los cuidados familiares, a don Fermín, el huesero del pueblo, y a don Chime, un señor que, según los recuerdos, le puso muchas inyecciones. Poco tiempo después de curado, su padre lo llevó a estudiar a San Cristóbal de las Casas, población que él recuerda como:

[U]na pequeña ciudad de calles enlajadas, sin carros y sin bullicio. Más grande, por supuesto, que mi pueblo, pero igual en su tranquilidad y la apacibilidad de su gente. Comenzaba de poniente a oriente en la Portañuela, allá en el barrio de San Ramón, y terminaba con unas cuantas casas atrás de Guadalupe. De sur a norte apenas si abarcaba San Diego y San Antonio, por el sur, y Mexicanos, Santo Domingo y el Cerrillo, por el norte. San Felipe, Cuxtitali y El Ojo de Agua (Moxviquil) eran poblados independientes y lejanos, adonde la gente iba de paseo o en ocasión de sus fiestas respectivas. Muy de mañana salían los hombres a las esquinas, enchamarrados, a esperar que saliera el sol. Algunas mujeres todavía salían a las entradas de la ciudad a ejercer su oficio de atajadoras. Los indios llegaban con sus cargas de mercancía por la calle de Guadalupe (de Tenejapa, Cancuc, Huixtán), o por la calle de San Ramón-La Merced (de Tzinacantán, de Chamula, de Chenalhó y hasta de San Miguel y Santa Catarina); casi nunca se quedaban en la ciudad; si lo hacían, buscaban posada en casas de sus conocidos. Vendían por las calles o de casa en casa, pues no existía mercado; algunos llegaban a sentarse en la plaza y allí exponían las cosas que traían de sus pueblos y parajes (Morales, manuscrito).

Entró así a recibir su educación en el Seminario de la ciudad. De ese lugar lo enviaron a: Puebla (México), luego a Montezuma (Las Vegas, New México, Estados Unidos) y, a los diecisiete años, a Roma. Este viaje debió hacerlo solo por tierra, aire y mar. El trayecto por mar, hecho en el Queen Elizabeth, lo condujo a Inglaterra, en lugar de Cherbourg, Francia, donde desembarcó por equivocación debido a hallarse completamente mareado. Gracias a la época en que esto sucedió, su pasaporte «que pedía protección y apoyo para el portador, que viajaba por “diversos países de Europa”» y la ayuda de alguien, le permitieron alcanzar Londres, donde pasó varios días «atormentado por el problema de cómo volver a Francia y llegar a Roma» (Morales Constantino, manuscrito). Como pudo, viajó a París, donde permaneció unos días conociendo la ciudad; de allí finalmente tomó su «maleta que era una enorme caja de cuero con fuelle a los lados. Tío Carmen me la había hecho especial en su talabartería, y la recuerdo como si la viera, igual que recuerdo a Tío Carmen.

Era primo hermano de papá Juanito (hijo de Tío Adrián Avendaño, el más Avendaño de la familia: Avendaño quiere decir terco a morir)» (Morales, manuscrito), y así alcanzó su destino, el Collegio Pio Latinoamericano.

En Roma permaneció:

[S]iete años, interrumpidos sólo por las salidas obligatorias de verano. Asistí a la universidad gregoriana, una institución brotada de la Edad Media pero, para Roma, una institución joven, de apenas unos quinientos años... (Morales, manuscrito).

Allá: «estudié italiano, alemán, historia del arte, filosofía, derecho romano, filosofía del derecho, hebreo, teología. Posteriormente en Ummeln/Westfallen, Ebersberg, Muenchen (Alemania) estudié en los veranos de 1956, 1958 y 1959: literatura alemana: los románticos alemanes. En París (verano de 1954) estudié francés. En Londres (veranos de 1955 y 1957) estudié inglés» (en Rodríguez-Arenas 1999b, 228). En medio de la anterior instrucción, desarrolló su afición por la música que había comenzado en 1946. De los inicios de estos estudios recuerda:

Cuando empecé a aprender a leer la notación moderna, el P. Carlos hizo que me aprendiera de memoria el himno del que Guido D'Arezzo tomó el nombre de las notas, que hasta la fecha recuerdo:

Ut queant laxis
Resonare fibris
Mira gestorum
Famuli tuorum
Solve reatum
Labbii polluti,
Sancte Iohannes.

Nos explicó que Guido D'Arezzo tomó la primera sílaba de cada verso para dar nombre a cada uno de los siete sonidos básicos de la música moderna occidental. Ut se volvió “do” con el tiempo; “si” salió de S(ancte) I(ohannes). En el examen de música tenía uno que dar la traducción del himno y la explicación de cómo se llegó al nombre de las notas actuales. ¡No se me ha olvidado! (Morales, manuscrito).

Con estas clases, posteriormente de regreso a Chiapas, llegó a ser director de coro. «Y el coro se hizo famoso, pues ensayábamos y ejecutábamos obras que no se habían presentado localmente nunca; y lo hacíamos con un gran interés, aunque con enormes dificultades, ya que mi formación musical fue fundamentalmente autodidacta, como muchas otras cosas» (Morales, manuscrito).

Al final de sus años de estudio en Roma, recibió el doctorado en Filosofía

y Teología en 1967. Regresó a Chiapas. Después viajó a Ciudad de México donde trabajó como traductor en una armería. Con ayuda de su amigo Jim Burke, supo que en Lorain, Ohio, había una vacante para un maestro de francés; solicitó y obtuvo la posición. Viajó a ese lugar en compañía de su esposa, Zoila del Carmen Moreno Ballinas en el verano de 1967. En Elyria, Ohio en Kent State University (verano de 1968), estudió pedagogía. Para 1969, tuvo que cambiar de residencia a causa de la salud de su hija Susie, nacida el 5 de junio de 1968; por eso viajó a trabajar en el Southern Colorado State College, en Pueblo, Colorado. Ya allí, nació su hijo Marcos (15 de diciembre de 1970).

En 1974 fundaron la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH) y lo invitaron a participar en ella. Regresó con su familia a México en 1975 y en ese mismo año empezó su trabajo en la Universidad donde fue encargado de programar y fundar y luego dirigir el Centro de Desarrollo de Recursos Humanos. El 2 de noviembre de 1982, fue nombrado Rector de la misma universidad. Gracias a sus gestiones se construyó y se inauguró la Biblioteca Central de la Universidad en 1985, posteriormente el Centro de Estudios Indígenas, hoy Instituto de Estudios Indígenas. Bajo su rectorado se llevaron a cabo 17 proyectos de investigación por parte de los profesores; antes de esto no se hacía investigación docente en la UNACH. Entre los proyectos editoriales se produjo la publicación de la edición: *Los Códices Mayas*, libro que por primera vez en la historia de los estudios mayas contenía todos los códices conocidos, en un solo volumen. También, durante su rectorado se dotaron todas las escuelas de bibliotecas (muy pocas las tenían), y se estableció la librería de la UNACH en Tuxtla.

Al renunciar después del primer año de su segundo periodo como rector de la UNACH (1986), postuló a una vacante que se abrió en Colorado State University y después de aceptado, comenzó su labor como profesor universitario nuevamente en 1987. Allí, al ser forzado a presentar algo, que no se le había pedido a ningún otro profesor en las mismas circunstancias, propuso «un proyecto para recorrer y reconstruir la historia de una región»: Chiapas. Pero ante la respuesta sarcástica y socarrona de: «No sabía yo que perteneciera Ud. al departamento de historia», emitida por la Decana que había hecho la exigencia inusitada e irregular del proyecto, surgió el novelista.

Desde entonces ha escrito las siguientes novelas: *Jovel, serenata a la gente menuda* (1992), *Yucundo: lamento por una ribera* (1ª ed. 1994; 2ª 2008), *Ciudad Real en México: del origen castellano al siglo XVIII: relato histórico* [versión de su primera novela] (1998), *Canción sin letra* (1999), *Cántaros* (2006), *Sangre en la niebla* (2006). Esperan publicación: «Zotzchoj», visión de la cultura maya y «Secretos»; ésta última, continuación de *Jovel*, trescientos años después; además, en este momento se halla escribiendo su novena novela: «Nahuyaca» sobre las fincas cafetaleras de Soconusco, Chiapas.

Heberto Morales Constantino se jubiló de Colorado State University en el verano de 1999 y regresó a San Cristóbal de las Casas - Chiapas a residir. En el año 2000, recibió el honor de ser nombrado Profesor Emérito en Colorado State University. El 4 de mayo de 2005 le fue otorgado el Doctorado Honoris Causa en La Universidad Autónoma de Chiapas. Desde ese año, es Miembro del Consejo Directivo de la Universidad Intercultural de Chiapas y Miembro del Consejo Social de la Universidad Politécnica de Chiapas.

2. CHIAPAS: LITERATURA Y SOCIEDAD

A mediados del siglo XX en México predominó un discurso sobre la identidad nacional que intentaba forjarla a partir de símbolos colectivos que habían comenzado a emerger a finales de la década del 30 y que se habían intensificado en la década del 60. De esta manera, empezó en todo México una reflexión crítica sobre el pasado, el presente y las implicaciones para el futuro. Surgió un despertar de la conciencia, en este caso de los mexicanos en general y de los chiapanecos en particular y, con ello, la necesidad de recuperar sus orígenes y sus historias para proyectarse como colectividad hacia el futuro.

Se produjo así un vuelco total para subsanar el olvido de determinados grupos de población, engendrando una cosmovisión más pluralista con la intención de amalgamar la cultura popular, especialmente la indígena, que se representó con más asiduidad en la narrativa. De ahí que, con relación a la recuperación de las historias, exista una tradición literaria establecida, que toma un fuerte impulso en las décadas finales del siglo XX en Chiapas, que abarca no sólo la ficción, sino también la poesía, el teatro y el ensayo; esfuerzo conjunto que se ha realizado tanto para consolidar e impulsar la literatura del área, como para ofrecer una base para el descubrimiento de las raíces identitarias del chiapaneco.²

Los retos de los escritores chiapanecos de final del siglo XX comenzaron a manifestarse bajo circunstancias históricas diferentes; de ahí que los intelectuales y los nacionalistas difundieran sus propios puntos de vista sobre lo que debía ser y cómo se debía concebir el imaginario regional. Particularmente, según fueran escritores indígenas o no indígenas, el acercamiento a una misma problemática sobre la manera de reconstruir la memoria y de representar las historias se diferencia según la procedencia étnica de los autores; ya que ambos grupos se proponen forjar una conciencia colectiva re-

2 Véanse entre otros: Flores Mason 1988, Flores 1994, Morales Bermúdez 1994, 1996, 1997; Pineda del Valle 1995, Rodilla 1993. Este es un grupo de escritores, editores y compiladores que han hecho un intento por dar a conocer literatura de Chiapas.

gional, propagando su propia idea de cultura, de nacionalismo y por tanto de identidad.

Los escritores no indígenas finiseculares chiapanecos miran al indígena con ojos diferentes; ya que no es lo mismo contar las experiencias cuando se sufren y se experimentan, que cuando se las observa desde fuera porque la formación ha sucedido en otro contexto sociocultural. Para subsanar el desequilibrio de visión, el escritor ajeno étnicamente a la problemática indígena emplea la integración del mito, de la tradición oral y de la memoria; además conoce las diversas culturas del área, lo que proporciona verosimilitud a su texto. De esta manera, las investigaciones antropológicas, arqueológicas y sociológicas se aúnan con la creación literaria para ofrecer relatos que se acercan más a una representación más verosímil de la realidad circundante. Situación que ratifican las palabras de O'Connell:

Lo que distingue los trabajos de estos escritores de esfuerzos anteriores, según informan los críticos, es el conocimiento más íntimo de los autores de las culturas indígenas y de la incorporación del mito y de la tradición literaria (tanto escrita como oral) dentro de sus relatos, junto con las observaciones que efectúan al vivir y al trabajar en comunidades indígenas, a menudo como si fueran antropólogos (61) [Todas las traducciones son nuestras].

No obstante, este fuerte impulso efectuado por diversos escritores finiseculares para propiciar un eficaz y firme jalonamiento a la literatura chiapaneca, especialmente a la ficción, actividad considerada como productora de «una nueva narrativa» de Chiapas (Morales Bermúdez 1997, 172), en México, los críticos e historiadores de la literatura mexicana siguen sin prestar mayor atención a la producción literaria del área de Chiapas, especialmente a la novela, continuando la marginación de esta literatura del canon mexicano.

Mientras esto sucede con esta creación literaria dentro del contexto mexicano, en el estado de Chiapas se dan una serie de circunstancias socioculturales y políticas que marcan el contexto chiapaneco y con esto la identidad cultural de su pueblo, fenómeno que explica en parte su situación presente de marginalidad. En las cifras aportadas por el Consejo Nacional de Población se señala en los «Índices de marginación del año 2005» que en un área de 73.887 km, Chiapas posee una población de 4.293.459 habitantes censados; de los cuales el 21.35% de su población de 15 o más años de edad es analfabeta y el 42.7% no terminó la primaria; mientras, el 8.07% de habitantes ocupa viviendas sin drenaje ni servicios sanitarios exclusivos; además, 6 de cada cien habitantes reside en viviendas sin energía eléctrica y el 25.90% de su población no posee agua entubada. Del mismo modo, casi 7 de cada 10 habitantes ocupan viviendas en condiciones de hacinamiento y 33 de cada cien ocupan viviendas con piso de tierra. Asimismo, 78.14% de la población ocupada gana

máximo dos salarios mínimos y 58.46% vive en localidades con menos de cinco mil habitantes, donde la dispersión y el aislamiento vulnera las condiciones de vida de quienes residen, sobre todo, en las localidades de menor tamaño. Esta situación social ubica a Chiapas en un grado muy alto de marginación, el segundo lugar en la nación, después de Guerrero (véase: CONAPO 2005). Del mismo modo, Chiapas es el estado con la tasa de crecimiento demográfico más alta de México.

Además de esta condición social extrema, al ser frontera con Guatemala (país del que voluntariamente se disgregó en 1824), el estado de Chiapas tiene una ubicación geográfica también marginal. Sin embargo, a pesar de la situación sociocultural de sus habitantes, la región posee inmensos recursos naturales: agropecuarios, petroleros, forestales, turísticos, etc., que podrían servir para beneficio tanto de la región como del resto del país.

Carlos Fuentes explica causas y consecuencias de esta contradicción:

Un Estado que podría ser próspero, con tierras fértiles y abundantes para la mayoría de sus hombres y mujeres, no lo es porque los Gobiernos locales, con la complicidad o, peor aún, la indiferencia de los Gobiernos federales, están coludidos con los poderes de la explotación económica. Cacao, café, trigo, maíz, bosques vírgenes y pastos abundantes: sólo una minoría disfruta de la renta de estos productos. Y esa minoría, provinciana, sin nombre ni membrete nacional, hace lo que hace porque el Gobierno local se lo permite. Y cuando alguien protesta, el Gobierno local actúa en nombre de la oligarquía local; reprime, encarcela, viola, mata, para que la situación no cambie (El País [09-01-1994]).

El estado de marginalidad, de aislamiento y de crisis social produce una mezcla e imbricación entre los conflictos políticos, económicos, sociales y culturales que inciden directamente en la identidad del chiapaneco, en el que la marca de las castas continúa vigente (blancos, mestizos [caxlán: individuos con mezcla étnica de europeo e indígena, criado con mentalidad blanca], ladinos [indios aculturados, que han aprendido a vivir como blancos] e indígenas) (véanse: García 117, Arizpe 21).

A los anteriores problemas y circunstancias se suma el hecho de que casi una tercera parte de la población es indígena; muchos de ellos se concentran en la zona conocida como Altos de Chiapas que ocupa casi el 5.1% de territorio del estado; situación que ofrece una gran complejidad lingüística en esa área por la coexistencia de 12 lenguas indígenas: Tzeltal, Tzotzil, Chol, Tojobal, Mame, Kakchiquel, Lacandón, Zoque, Mochó, Jacalteco, Chuj y Kanjobal. A estas comunidades, se han sumado los Kekchí, grupos indígenas inmigrados de Guatemala en la década del 80 del siglo XX. Así, cada grupo posee códigos culturales propios que se

observan explícitamente en el comportamiento de las comunidades.³

De esta manera, aunque el mundo externo condicione el universo de la imaginación, el surgimiento de nuevas tendencias en la literatura de Chiapas interpreta la forma en que las historias, algunas borradas y casi olvidadas, pero aún recordadas, y otras reinterpretadas crean representaciones sociales que son una forma particular de enfocar la construcción ya no sólo de la realidad, sino de de la cultura y de la identidad chiapaneca actual.

La novelística, además de rescatar estas historias señala la base donde se afirma la identidad de la mayoría de sus pobladores, a quienes hasta ahora se los ha marginado, casi negándoles su existencia y la función que poseen en la identidad chiapaneca; de esta manera, pretenden demostrar una nueva visión del hombre como producto del conocimiento, como sujeto activo ante las inquietudes de su medio y en la búsqueda de explicaciones ante lo que se observa.

Esta identidad colectiva que plasman los novelistas, la fundan y la transmiten a partir de los relatos. Ya sea que se trate de la identidad de una persona, de un grupo social, de un pueblo o del Estado de Chiapas, el relato es el medio que permite el encuentro y la fusión de elementos heterogéneos. Los lugares, los hechos, las sensaciones, las prácticas, las peculiaridades, todos variados, se transforman en acontecimientos, personajes o acciones de un relato homogéneo. Esa homogeneidad permite atribuir un sentido a las prácticas sociales y a las costumbres. A su vez, esa fusión autoriza la construcción de un imaginario, ya sea personal o del grupo, para que pase a convertirse en memoria y, finalmente a través de cambios múltiples, en la elaboración y en la continuación, de una identidad cultural chiapaneca.

Un pueblo que no tiene memoria de su propia historia no puede ubicarse, no puede entender lo que son, quiénes son, ni asumir ninguna relación con los otros. De ahí que los relatos de ficción de los escritores permitan la permanencia de la persona o del grupo a través del tiempo, y posibiliten a las agrupaciones humanas reconocerse en una temporalidad. Las continuidades y las rupturas que se manifiestan en esos relatos han posibilitado gradualmente a que diversos sectores de Chiapas conozcan algunas de las diversas circunstancias que los une; ya sean creencias, rituales, costumbres, lo cual es una manera de proyectarse en el porvenir.

La construcción de la identidad y del patrimonio colectivo que Morales Constantino ha representado en sus novelas se explicita por medio de técnicas,

3 «La experiencia chiapaneca involucra tres regiones: la zona de los Altos, tzotziles y tzeltales, que tiene como eje a San Cristóbal de las Casas; la zona Norte, zoques y tzotziles; la zona cho'l tzeltal, que tiene como centro a Palenque y ciudades del norte; Ocosingo y parte de la Selva. La Selva se nutre de las poblaciones altas, tanto de la parte chol como de la tzeltal-tzotzil, y este movimiento es particular en el caso de las cañadas, en donde hay migración hacia tierras nuevas, con una fuerte carga de llegar a la tierra prometida. (...) La diferencia entre los pueblos de la Selva y los de los Altos se encuentra en que los primeros aparentemente no tienen una enorme ritualidad y complejidad en las ceremonias religiosas, como los de los Altos; sin embargo, subsisten la religiosidad, los ritos en la vida cotidiana, en las formas de gobierno, en el trabajo y en la vida familiar. Esto los vincula con las tierras altas». (<http://www.cdi.gob.mx/ini/perfiles/estatal/chiapas/index.html>).

de procesos y de estructuras que emplea en su comunicación. Esta actividad muestra la capacidad del escritor para aprehender y diseminar mediante la escritura, las líneas de fuerza del mundo chiapaneco complejo y múltiple; de ahí que esas identidades interpretadas y apoyadas en la memoria del escrito le permitan la elaboración y la difusión de textos comunes que tributan referentes que gradualmente van aportando capas de significado para contribuir a constituir la identidad cultural de Chiapas. Esta creación ideológica ofrece las conexiones necesarias mediante una dimensión comunicativa que es pertinente en la medida en que se destina a hacer circular sentidos expresos para que los diversos componentes de la sociedad chiapaneca se identifiquen y reconozcan aspectos que los vinculan ya desde el pasado; además, proporciona elementos para reestructurar una nueva identidad social sacada de actitudes muy dispares que permiten establecer un sistema común de valores que se perciben como superiores.

En el escondido pasado histórico tanto europeo como indígena, Morales Constantino encuentra modelos que se pueden enfatizar y exaltar; del mismo modo, filtra el trasfondo histórico de los diversos grupos culturales y étnicos tanto para enaltecer los valores regionales y territoriales que se han soslayado o malentendido, como para eliminar posibles componentes que han contribuido a contradecirlos. De esta forma, condiciona y estructura la información para forjar una comunicación que depende, en última instancia, del manejo estético con el que produce su mensaje, el cual está matizado con una gran carga de novedad.

Todo esto le permite la reconstrucción de una memoria colectiva apropiada que se pueda considerar chiapaneca y que en definitiva sirva para que sus miembros componentes puedan identificarse como valiosos individuos integrantes de una sociedad. De ahí que, uno de los mensajes centrales de *Jovel: serenata a la gente menuda* explicita que el Estado de Chiapas posee un sólido y valioso patrimonio cultural compuesto de variadas identidades grupales que deben ser fuente de un diálogo enriquecedor y positivo entre las diversas comunidades étnicas que existen en el área.

3. JOVEL: SERENATA A LA GENTE MENUDA

La aseveración de O'Connell, antes mencionada, sobre la labor de investigación que efectuaron los escritores chiapanecos en las últimas décadas del

siglo XX, la declara de diversos modos Heberto Morales Constantino como factor determinante para la construcción de sus mundos de ficción:

He recorrido muchas partes del estado de Chiapas a pie, a caballo y de otras formas; he viajado por algunos de sus ríos. He visitado detenidamente las ruinas mayas de Palenque, Yaxchilán, Toniná, Chincultik, Santotón, Chiapa de Corzo (...) el elemento más decisivo ha sido el contacto directo (con la geografía, las situaciones, las personas); en el caso de Jovel, por ejemplo, visité uno por uno los lugares de España que fueron de interés para mi relato; platicué largas horas con indígenas mayas-tzotziles que me proporcionaron muy valiosa información y reacciones; visité varias veces las ruinas de Toniná, que tienen un papel importante en mi visión del complejo maya desde más de un punto de vista (en Rodríguez-Arenas 1999b, 229).

Al hacer una investigación seria para la representación de una visión plural integradora del mundo ficcional en el caso específico de *Jovel: serenata a la gente menuda*, ésta no se limitó a la proyección de una visión del mundo de los indígenas únicamente. Su composición narrativa fue más allá; ya que la elaboración de ese universo de ficción se centró en la representación de la mayoría de los miembros de esa sociedad: la «gente menuda», que comparten características de clase, políticas, culturales, étnicas, etc., cuyos aspectos esenciales en la consolidación de la sociedad y de su economía se muestran por medio de sus correspondientes actividades: agrícola, ganadera, minera, mercantil y laboral (oficios artesanales y profesiones); pero este gran conglomerado, equivocadamente, se lo considera de menor importancia en la población.

En su representación, la perspectiva de la voz narrativa se hizo más inclusiva para determinar un tipo de identificación del ser humano con la vida a partir del trabajo por la subsistencia diaria. De esta manera, se reveló la preservación de las comunidades, el poder que éstas alcanzaban frente a otras y los aspectos de la vida cotidiana que las afligían, aquellos que las conmovían, con los que se enfrentaban y que controlaban o marcaban las condiciones de vida de los componentes de los grupos:

Lo que yo hacía al escribir era completar una forma de representación; la mayor parte de Chiapas no son los indios; los indios son un porcentaje elevado comparativamente con los otros estados de México; Chiapas y Oaxaca son los estados con mayor número de indígenas; pero aún así ni son la totalidad ni siquiera son la mayoría; entonces la mayoría está formada por esa otra gente o soslayada o maltratada en el resto de la novelística; lo que quiero es darle a esa gente una imagen; y quiero que la imagen sea buena (en Rodríguez-Arenas 1999b, 238).

De esta manera, los personajes representados están ligados al trabajo que surge como una realidad autónoma, pero que con el transcurrir del tiempo, en un momento decisivo del proceso, los va marcando con algunos de los rasgos sustanciales que manifiestan una toma de conciencia de la identificación entre trabajo y vida y de su repercusión en la producción de riqueza, primero personal y, luego, de la comunidad.

En esta identificación se manifiestan una serie de disposiciones psicológicas y de factores sociales y culturales que interactúan para conformar la identidad personal, que es una construcción individual, a su vez moldeada por la comunidad; esto produce un estado de conciencia, producto dinámico de transformaciones y adaptaciones previas, que forjan lo que el ser gradualmente va elaborando como su identidad (véase: Castiñeira, 41).

Los personajes representados en *Jovel: serenata a la gente menuda* explicitan características personales que unidas a los factores sociales y culturales van configurando a lo largo de la historia una serie de propuestas y de modelos que se aclaran a medida que la narración avanza. Los fenómenos sociales que se representan: fundación de poblaciones, guerras, conquistas, invasiones, derrotas, supervivencias, emigraciones, consolidaciones familiares, fracasos mercantiles, abusos de los poderosos, etc., crean, por medio del contexto discursivo e ideológico, un imaginario, una identidad y una cultura compartidos.

En la propuesta que se ofrece en *Jovel: serenata a la gente menuda*, las familias puestas en escena establecen a través de las generaciones un ideal que figura y configura el patronímico familiar, a partir de la apropiación o asimilación de cualidades o atributos obtenidos de la diversidad de modelos que una sociedad ofrece; aunque en este mundo novelístico, los modelos de familia pueden tener algunos tintes negativos, por lo general, son positivos para la comunidad. Mediante esta figuración se dimensionan y tipifican los fenómenos históricos, para que en la ficción se perciban los lugares y los espacios que ocupan esas manifestaciones generadas en el decurso de las sociedades.

Así, mediante esta colectividad de identidades que se ofrece en la novela, se erige una narrativa que quiere dar sentido mediante vidas relatadas a una identidad más general, en la que se reflejan dispositivos simbólicos que pueden servir de paradigma para que las comunidades logren readquirir un sentido de pertenencia y puedan fortalecer el orgullo de ser parte de esa unidad territorial que es Chiapas. De esta forma, la novela reproduce patrones de comportamiento en los que se reflejan ideas específicas que ayudan a estructurar la satisfacción de ser y de pertenecer a una patria.

Esos patrones de comportamiento explicitados ofrecen reglas y convenciones que modelan las prácticas y permiten que las acciones de los personajes, posteriormente asimiladas, lleguen a tener un sentido. La valoración positiva de miembros y de aspectos de la sociedad, también como la del ambiente, re-

producen aspectos característicos de lo territorial activando en el ámbito de la interpretación ideológica un sentido de conciencia, de autoridad y de responsabilidad sobre lo que es ser «chiapaneco».

Jovel: serenata a la gente menuda trabaja explícitamente a través de textos históricos para proponer la interpretación y la reconstrucción de momentos fundamentales de la historia de Chiapas, sin distanciarse del mundo social o de las fuerzas políticas del presente del escritor, para pensar y expresar de nuevo el mundo chiapaneco, su tiempo y los sucesos acaecidos; ya que, las culturas se modifican con el tiempo y «la delimitación de “cultura” como conjunto de rasgos culturales es igualmente problemática» (Pinxten y Verstraete, 14).

La novela muestra lo regional para producir un efecto que repercuta en el presente de la sociedad y ayude a consolidar estructuras de legitimación que gradualmente lleguen a convertirse en un proceso de «universalización cultural»; con el objetivo de reprimir voces hegemónicas que históricamente han ido en contra de identidades colectivas de la «gente menuda», en quienes se hallan rasgos de lo que significa ser chiapaneco. Esta es una forma específica de tomar de los estratos de ideología y de los sistemas conceptuales lo que se considera un proceso de legitimación (véase: Jameson, 87).

3.1. HIBRIDEZ

Este concepto múltiple indica fenómenos de cruce similares que se ocupan en diferentes disciplinas:

La hibridez es entendida como la difícil y compleja conjunción de culturas, religiones y etnias (...). Hibridez como el entrecruce de sistemas antropológicos y sistemas discursivos (...). Hibridez como un tipo de ciencia “transversal”, esto es, como una actividad transdisciplinaria (...). Hibridez significa un movimiento nómada de fenómenos culturales con respecto al “Otro” y a la “Otridad”, es un movimiento recodificador e innovador entre lo “local” y lo “externo” (de Toro 2006b, 22).

Es decir, bajo esta noción se estudian los signos y los símbolos que culturalmente se han intercambiado a lo largo de los siglos; los cuales entraron en contacto en los territorios americanos ya en la época del Descubrimiento y la Conquista: encuentros de etnias, de culturas, producciones de discursos sobre lo propio y lo ajeno en un esfuerzo por explicar lo acontecido, la visión y la percepción del “otro”, etc. En esa época, lo perteneciente a cada cultura comenzó una transformación y una reapropiación y pasó a formar un espacio híbrido en la vida cotidiana, las creencias y el lenguaje (véase: Toro 2006a).

Así, la hibridez que se halla en la vida diaria de los chiapanecos es resultado de un cruce de culturas, como sucede en todos los países latinoamericanos, que surge del encuentro ya no sólo inicial, sino del constante intercambio que ocurre en la vida diaria y que interpreta lo ajeno y lo adapta para poderlo considerar propio o para poder entenderlo. Este proceso también plantea maneras particulares de descifrar la tensión que genera el encuentro de esa nueva vida heterogénea, donde las diferentes culturas se desafían, pero se asocian; se oponen, pero adaptan e intercambian situaciones y aspectos. De ahí que García Canclini haya afirmado:

Los países hispanoamericanos son actualmente el resultado de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas (sobre todo en las áreas mesoamericana y andina), del hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas. Pese a los intentos de dar a la cultura de élite un perfil moderno, recluyendo lo indígena y lo colonial en sectores populares, un mestizaje interclasista ha generado formaciones híbridas en todos los estratos sociales. Los impulsos secularizadores y renovadores de la modernidad fueron más eficaces en los grupos «cultos», pero ciertas élites preservan su arraigo en las tradiciones hispánico-católicas y en zonas agrarias, también en tradiciones indígenas, como recursos para justificar privilegios de orden antiguo desafiados por la expansión de la cultura masiva (71).

El encuentro de culturas requirió un desarrollo histórico donde se produjo la intersección de las diferentes temporalidades que operan en cada uno de los territorios. En la misma medida, Homi Bhabha indicó que las relaciones de poder que se instalan en los discursos interculturales están mediadas por procesos inconscientes, en donde el manejo de paradigmas de una cultura a la otra se legitima por la acción de una de esas culturas en donde aparecen ideologías camufladas de manera inconsciente, que llegan a justificar la dominación. De esta manera, cuando las culturas periféricas interiorizan modelos ideológicos de las culturas dominantes contribuyen a que la otra cultura legitime sus estructuras de poder (1994, 85-92).

Ahora en *Jovel: serenata a la gente menuda*, la hibridez se explicita en diversos niveles; por un lado, a nivel de la historia, en la «Tercera parte: gente del valle» se entrelazan y se mezclan las diversas culturas indígenas que pueblan este mundo ficcional desde la «Segunda parte: a través de la selva» con las europeas, híbridas ya, que se representan en la «Primera parte: en las llanuras de La Mancha». Estos cruces culturales múltiples conforman un tipo de cultura nuevo que interpreta y piensa el mundo en forma que se va diferenciando de las originales que la conformaron; pero todavía guarda alguna memoria, deformada ya, de la tradición pasada. Ahora, este conglomerado

humano posee una historia compartida y produce una sociedad que organiza la vida de un modo distinto al inicial de cada grupo étnico y cultural.

Al nivel del discurso, ocurre un entrecruzamiento de sistemas novelísticos: el histórico, el indigenista y el neoindigenista; mientras que ideológicamente se transmite un tipo de cultura específico para crear una constelación de rasgos culturales colectivos representativos que contribuyan a formar un nuevo imaginario social con el que el chiapaneco se identifique.

En el breve esbozo sobre la situación sociocultural chiapaneca que se señaló antes, se destacan diversos aspectos que contextualizan la literatura, en este caso la novela, que se ha producido en las últimas décadas en el área de Chiapas. De ahí que para entender la representación que se efectúa en *Jovel: serenata a la gente menuda*, se necesita, además de comprender el contexto cultural, tener en cuenta los procesos de hibridación que actuaron en la composición miscelánea de esta ficción mediante elementos provenientes de diferentes tradiciones y metagéneros literarios. Al efectuar esto, se observa que la historia relatada se adscribe tanto a la novela histórica como a la novela de representación del indígena en sus diversas etapas, imbricando en la composición de su universo ficcional también los detallados estudios e investigaciones que Morales Constantino efectuó sobre las culturas indígena y popular que, por un lado, contribuyen a formular hipótesis estéticas sobre la realidad social y cultural de la región chiapaneca y, por el otro, proporcionan dimensiones que explican situaciones y percepciones culturalmente existentes.

Mediante el trabajo literario, esta novela explora la problemática de la identidad del chiapaneco en diversos niveles y variadas dimensiones en donde lo mítico es un componente como tantos otros de lo representado; mientras que los metagéneros novelísticos evidentes en su discurso: la novela histórica, la novela de referente indígena, forman el tejido estructural que permite exponer la problematización sobre la hibridez identitaria del chiapaneco en donde la historia cultural y étnica de mestizos, indígenas y europeos, muchos de ellos también mestizos, se incorpora.

Estructura y técnicas narrativas que poseen los evidentes objetivos de rescatar las raíces chiapanecas y de reconstruir una memoria colectiva regional que facilite la integración de las sociedades de la región. Circunstancias, éstas que el escritor Morales Constantino ha afirmado en su proceso de creación:

[E]n su mayoría, mis personajes son más bien representantes de grupos que personas individuales. Quién sabe si esto pueda explicarse por la supervivencia en mí de tradiciones indígenas de orientación francamente comunitaria (...). Creo (a ratos espero) que la gente que puede interesarse en lo que escribo será gente de Chiapas, a la que me debo por decisión personal, y me encantaría aportar algo a la creación de aquellos mitos que esa gente necesita para sobrevivir como sociedad individual (perdón por la paradoja) en el

mundo de México, un México que nos ha colonizado en casi todos los sentidos de la palabra, sin excluir el lingüístico (en Rodríguez-Arenas 1999b, 231-232).

De esta forma, el mundo representado en *Jovel: serenata a la gente menuda* se instala en la realidad de la gente común, considerada desde ciertos niveles hegemónicos, gente de segunda importancia, que ha llegado a través de las centurias y de muchas generaciones a conformar la sociedad chiapaneca para intentar señalar las circunstancias que desde el origen deben destacarse. En este caso, no se refiere a la profundidad de los problemas de los pueblos del área, sino, basándose en el mundo de ideas y creencias propio de la pluralidad de comunidades de la región, pretende encontrar y acentuar la manera en que las formas de vida provenientes de las diferentes sociedades culturales y étnicas se han constituido y han surgido en momentos de crisis para producir identidad, mostrando que con el tiempo las líneas divisorias iniciales se han borrado y han resurgido en diversas formas dentro de las nuevas comunidades; lo cual lenta y gradualmente estructura y traza características identitarias colectivas, que son resultado de la suma de las experiencias comunitarias.

Ahora, como efecto de las historias nacionales impuestas —como sucede en todos los países—, la identidad colectiva que surge de la adhesión a una «comunidad imaginada» gradualmente se persuade a que se vuelva progresivamente individualizada, fragmentada y escindida (véase: Berger, Berger y Kellner 1979). Esas formas de vida descritas confeccionan una biografía colectiva de los diversos protagonistas involucrados en los procesos históricos y del modo en que ellos se asocian a un tipo de oficio o trabajo informal, primero y especializado, después. Esta forma de caracterización construye un retrato de generaciones de familias en sus diversas facetas (relaciones familiares, negocios, vinculaciones comunitarias, maneras de diversificación de actividades, etc.); todo ello centrándose en el espacio regional constituido de donde provienen o se consolidan los grupos étnicos.

Al seguir a los personajes y los trabajos informales o las ocupaciones con los que se representan en la historia, comienza a verse un hilo conductor que permite examinar y comprender aspectos concretos de las sociedades que pueblan este mundo novelístico y que gradualmente van a incidir en las culturas de las épocas referidas. Estas actividades humanas marcan con rasgos pertinentes la construcción del imaginario social que se efectúa en *Jovel: serenata a la gente menuda*; ya que organiza mediante familias dedicadas a una específica labor el tejido humano, para poder explicar la movilidad y la reproducción social de los oficios; así indaga en las circunstancias de los comportamientos sociales, económicos, políticos, mentales, culturales y religiosos que han configurado el mestizaje cultural y étnico del chiapaneco.

En esta preocupación social, económica y cultural que se explicita en la novela, se observa el hilo de Ariadna que guió a Morales Constantino como

investigador en el laberinto de los archivos. De ahí que no se quedara su intento en la descripción de personajes aislados, sino que lo impulsara el estudio prosopográfico e, incluso, biográfico (reconstrucción del proceso vital o ciclo de vida) de unos nombres insertos en familias y grupos sociales (biografías colectivas) e indagara en «las líneas que convergen sobre el nombre, y que parten de él» (Ginzburg y Poni, 68); es decir, en las redes de relaciones sociales que esos nombres fueron conformando y llegaron a caracterizar.

3.1.1. LA NOVELA HISTÓRICA

Una de las concepciones más básica sobre la novela histórica considera que ésta es una obra de imaginación, en cuyo relato se representa un universo diegético, donde se encuentra la coexistencia de la invención y de la historia con sus respectivos personajes, acontecimientos y lugares inventados e historiográficos (textos documentados y codificados previamente o textos culturales considerados históricos). Además, localiza la diégesis en un pasado histórico concreto y reconocible, gracias a la representación de espacios, ambiente cultural y estilos de vida característicos de una determinada época; pasado que es verificable; pero que, por medio de la estructura en la que está imbricado y en que se intersectan historia y ficción se establecen nexos que permiten representar facetas insospechadas de lo histórico al insertar experiencias alternativas que modifican el concepto del acontecimiento histórico (véanse: Aínsa 1991, Menton, 1993, 1999, Fernández Prieto, 1996). El hecho histórico se puebla así de detalles insignificantes, de aspectos de lo cotidiano, de lo que semeja no ser vital para la Historia; de esta manera, lo relatado destaca lo individual y lo local en la historia (véase: Foucault 1984, 1997).

Partiendo de estas concepciones, *Jovel: serenata a la gente menuda* señala evidentemente un hito en la narrativa chiapaneca, tanto por la intención de la escritura como por examinar la historia e interpretarla a la luz de la ficción señalando la relación entre las colectividades sociales que conforman el actual Chiapas, su identidad cultural y las mediaciones ideológicas que el distanciamiento temporal de los hechos impone. Para Heberto Morales, los acontecimientos reales del pasado no son sino un punto de partida para su imaginación que, liberada de las limitaciones del discurso histórico, se desplaza creando visiones y alejándose de las reproducciones:

Para bien o para mal mío y de mi gente, he participado en la vida pública de un estado mexicano hecho mexicano por propio deseo; creo que a pesar de mí, he aprendido cosas que han tenido influjo en el cambio de la apariencia externa de ese estado, y me siento con una relativa obligación de expresar mi opinión respecto a lo que está pasando, aunque para expresarla tenga que proyectarla desde un pasado solamente en parte ficticio (en Rodríguez-Arenas 1999b, 235).

Jovel: serenata a la gente menuda es, como dije en otra oportunidad, «una novela, que sigue muy de cerca documentos históricos para relatar las circunstancias de salida de la Península Ibérica en el siglo XVI del grupo de españoles que colonizó, fundó y se estableció en Ciudad Real de Chiapas; además de algunos hechos históricos sucedidos durante la colonia hasta 1712» (Rodríguez-Arenas 1999a, 15). Estos acontecimientos representan, por un lado, a esta vertiente española que llegada de la Península Ibérica pasó a establecerse en el área de Chiapas y a incidir en todos los aspectos de la vida social; esta es la única fracción componente de este conglomerado humano que mantuvo documentos escritos (en el sentido europeo) antes de su llegada al nuevo territorio. Mientras que la porción de la población oriunda de ese espacio americano poseedora de otras culturas, carente de la escritura fonética europea; pero maestra en el arte pictográfico consignado en los códices o libros pintados, en los glifos grabados dejados en sus construcciones y en la tradición oral está representada en una diégesis que da prioridad absoluta y centra la atención en los personajes indígenas y sus conflictos. De esta forma, esta obra como novela histórica se construye teniendo en cuenta el pasado de las culturas componentes que llegan al presente conformando una sociedad en crisis, apertura y cambio constante; de esta manera, se destacan las fuerzas sociales que condicionan a las comunidades.

Para intentar dilucidar en parte la constitución y el encuentro de esos mundos y de esas culturas etnográficamente diferentes, la narración se interna en espacios y tiempos remotos tanto para destacar las raíces de la identidad y de la cultura popular del chiapaneco, como para mostrar la historia heterogénea que estructura el pasado, la cual al ser comprendida debe arrojar una luz sobre el presente y sobre el carácter fragmentado e inconcluso de los pueblos latinoamericanos en general y del chiapaneco en particular.

El relato de *Jovel: serenata a la gente menuda*, dividido en tres partes que siguen un desarrollo espacio-temporal progresivo, se inicia en la «Primera parte: en las llanuras de La Mancha», en un pasado ubicado hacia el siglo XIII donde se produce en la historia española la fundación de poblaciones, las circunstancias que obligan a esos hechos y las consecuencias que se producen en la península Ibérica en los campos de La Mancha desde donde salen los españoles que en el siglo XVI llegarían al área del actual San Cristóbal de las Casas en Chiapas.

Partiendo de las premisas sentadas por Morales Constantino sobre la estructuración de los personajes de esta novela como «representantes de grupos [más] que personas individuales» y de conceptos de la teoría literaria que indican que:

[U]n personaje es un actor con características humanas distintivas (...). Es una unidad semántica completa. (...) La gente a la que concierne la literatura no es gente de verdad. Son imitación, fantasía,

criaturas prefabricadas: gente de papel, sin carne ni hueso. (...) *El personaje no es un ser humano sino que lo parece. No tiene una psique, ni personalidad, ni ideología o competencia para actuar; pero sí detenta rasgos que posibilitan una descripción psicológica e ideológica.* (...) [se debe] trazar una clara línea divisoria entre la persona humana y el personaje. (...) [además] todos sabemos que una historia contiene otra información que, aunque conecta menos directamente con un personaje, contribuye igualmente a la imagen del personaje que se ofrece al lector. [Énfasis agregado], (Bal 1985, 79-80).

En la representación⁴ que se efectúa en la novela se parte de la base de que ninguno de sus personajes, en cualquiera de las tres partes que estructuran la historia, es un retrato directo de un ser humano, sino fabricación hecha con palabras; construcciones que tienen un complejo significado, porque el referente que ofrecen es una unidad semántica, cuyo propósito es transmitir algún mensaje; en este caso contribuir al forjamiento del imaginario chiapaneco. A pesar de que la representación que se efectúa de los personajes posee determinados rasgos psicológicos, que ayudan a entender, cómo y por qué realizan ciertas acciones que los distinguen de otros; muchos de ellos no llegan a ser «sujeto»⁵ en el sentido estricto del psicoanálisis debido al papel emblemático que detentan en el relato.

Así, a lo largo de la narración se encuentran personajes con apellidos: Mazariegos, Muñoz, Fañez, Álvarez, González, Fernández, Morales, Moreno, etc., que ayudan a la ubicación de situaciones y al desciframiento de rasgos del mundo ficcional. Se sabe que la función de los nombres propios es una manera económica de identificación que responde a necesidades de diferenciación social que, a su vez, posee consecuencias sociopsicológicas, porque recorta a los individuos de la masa anónima; pero que a la vez les permite integrarse socialmente (véase: González 2004).

Así, el nombre constituye un elemento determinante en el mecanismo de la figuración y en la construcción del personaje, que lo marca y diferencia de los demás. Foucault recuerda que el nombre propio «funciona como una articulación horizontal que agrupa a los individuos que tienen entre sí cierta identidad y separa a los que son diferentes» (1966, 102).

En el nombre como sustituto de alguien se integran atribuciones y connotaciones adheridas a tales signos, que permiten posteriormente analizar ese significante. Esto es lo que sucede en *Jovel: serenata a la gente menuda*, los apellidos de las familias designan, connotan y atribuyen para ir a través de las generaciones separando y reafirmando características que finalmente son privativas de la estirpe que lleva ese determinado apellido.

4 «Por medio de la representación (por ejemplo, la descripción) el artista quiere lograr un efecto de realidad, que cause la participación del lector, que ha de creer por consiguiente, en la “verdad” del mensaje como copia de lo real por medio de la escritura» (Marchese y Forradellas 1994, 347).

5 [Sujeto]: «Término corriente en psicología, filosofía y lógica. Es empleado para designar al individuo en tanto es a la vez observador de los otros y observado por los otros, o bien como nombre de una instancia con la cual se relaciona un predicado o un atributo» (Roudinesco y Plon 1998, 1043).

En general lo que comienza a diferenciar a esos personajes y a caracterizarlos en la representación es el oficio que desempeñan y el tesón para ser que demuestran y que se convierte en una marca distintiva de la familia que lleva el apellido a través de las generaciones. Así, en la «Primera parte: en las llanuras de La Mancha», en medio del motivo del viaje y de la fundación, se pueden seguir los actos y las motivaciones del tejero Pedro Morales oriundo de «Pampliega, junto al Arlanzón». Poco después, su hijo Beltrán tiene un papel más completo, al ser el protagonista de un hecho que permanece en la memoria y que pasa a la Historia junto con el oficio de su padre y que se preserva en los recuerdos de la familia a través de los tiempos. El joven traba amistad con el moro Abú ibn Yusuf, tejero de profesión, y para mejorar el oficio lo sigue hasta Moclín (Granada, actual Andalucía). Las características que lo señalan como diferente a los otros de su grupo son: la decisión, la constancia, el esfuerzo, la intrepidez, la obstinación y el orgullo. Rasgos de su personalidad que le permiten conquistar a la mora Zoraya, hija del alfaquí de Moclín, llevarla a vivir a Ciudad Real, hacerla recibir bautismo y contraer matrimonio en una religión ajena a la suya. Logrando con esto, en el relato, el comienzo del mestizaje étnico y de la hibridez cultural entre los personajes que poblarán las páginas de la «Primera parte» de la novela, porque la joven mora acepta las costumbres castellanas, pero después «muchas villarrealengas habían terminado adoptando las costumbres de la bella mora» (Morales, 34).⁶ Mezclas de razas y de culturas, sobre las que el autor construye el mundo novelístico:

[A]un los casos más ficticios son ficcionalizados, es decir, hay algo de que yo tengo conciencia como realidad, que revisto de elementos ligeramente ficcionales. Un ejemplo de esto, si se necesita, es el pasaje inicial de la mora Zoraya en Jovel (el capítulo entero): en ese caso, lo que sabemos de las relaciones constantes de mezcla racial y de colaboración cultural entre hispanorromanos y moros, se convierte en un pasaje romántico en el cual no conté con fondo documental relacionado con los personajes y las acciones llevadas a cabo (en Rodríguez-Arenas 1999b, 230).

De esta manera, la representación de los personajes que pueblan el mundo ficticio de *Jovel: serenata a la gente menuda* es veloz y esquemática; el paso de una generación a otra se plantea por lo general abruptamente: «Y se fueron del brazo, por casi otro medio siglo, los Morales y los Franco y los Mazariegos y los Díaz y los Moreno y los Moya y los Chinchilla...» (Morales, 64); mientras que el pasado se teje por medio de recuerdos que cada familia transmite a su descendencia para conservar la importancia que tuvo su linaje en la consolidación social: «De por esas sierras vino un día la mora Zoraya, suspiró Juan Morales. En mi casa todavía la recuerdan. Su marido, que fue Dios sabe qué

6 Todas las citas del texto de la novela se tomarán de la presente edición.

de mi padre, pintó su cara en un ladrillo pulido que todavía guardamos en la casa» (Morales, 70). De ahí que, casi como una información sin importancia, se sepa que en la línea de sucesión, un nuevo Morales: Juan, agrega a su oficio de tejero, el de albañil y reparador de imágenes religiosas por decisión de su madre, para subsanar una carencia y una necesidad de la comunidad:

Nunca se imaginó la buena señora las repercusiones que esa decisión, tomada al calor de su devoción de cristiana vieja, habría de tener en la vida de Juan muchos años después y en tierras tan lejanas y tan extrañas, que ella jamás comprendería. Menos se imaginaba su nieto, Cristóbal, lo que el trabajo con su padre en la ermita de Nuestra Señora de Alarcos habría de significar para él y para muchos otros cuando, en otras tierras, tuviera que alzar los muros de otros templos y otras casas... (Morales, 80).

Con esos seres, con sus actitudes y con sus oficios, la voz del narrador ofrece opiniones, reacciones personales y críticas sociales, a la vez que demuestra penetración psicológica y astuta observación sobre las sociedades representadas en este mundo de ficción. Sin embargo, el lector, no puede identificarse con personajes específicos, pero el apellido que designa el conjunto que compone cada familia lo atrapa y lo guía en la lectura e interpretación de lo relatado; así se adquiere la certeza de que en cada estirpe existe una sustancia compleja de naturaleza humana. Cada generación va aportando detalles al retrato descriptivo de la familia que detenta un apellido, a medida que se manifiestan las acciones y reacciones de diversos miembros de una generación a otra; para ellos el presente es parte del pasado y viceversa; de esta forma, ellos ofrecen perspectivas retrospectivas por medio del recuerdo y de la ensoñación. Esto hace que sean verosímiles y convincentes; ya que son consistentes dentro del mundo ficcional y viven de acuerdo a sus leyes.

Con la novela histórica, el novelista se aleja de las limitaciones metodológicas y asume espontáneamente la historicidad y la afectividad de las comunidades representadas para elaborar una exposición mediante la literatura; de ahí que tengan importancia el mito, las leyendas y los relatos populares donde lo subjetivo, lo afectivo y lo irracional se unen para articular en una realidad coherente y significativa factores tan heterogéneos como las interacciones, los medios y los fines que representan los personajes, tomando momentos de la historia, inventando situaciones para llenar lagunas, como se observa en esta novela.

No debe olvidarse, que:

[C]ada escritor es libre de hacer el uso que quiera con la realidad, la ficción y la verdad al construir una novela histórica. Así, cuando emplea nombres de seres históricos en sus novelas para designar a personajes de ese mundo creado, la relación que éstos últimos

guardan con la realidad, con la Historia es el nombre únicamente (Rodríguez-Arenas 1999a, 16).

Ahora, en tiempos pasados, los grupos sociales: familia, gremio o institución, poseían un honor colectivo, que los simbolizaba (véase: Guillamon, 9). Pero la noción de honor era un concepto complejo que tenía varios aspectos que se identificaban como privativos según los casos.

En el plano de la inmanencia difieren los valores de empleo de honor y honra según los fundamentos de la excelencia. Los filósofos la vinculan con la virtud, pero la complejidad de la noción de virtud no facilita la visión clara del fundamento de tal excelencia. Virtuosa es la mujer casta, virtuoso el que cumple con los deberes de su estado, virtuoso el caballero valeroso. Frecuentemente el honor-excelencia consiste en la sangre o en el linaje, términos que pueden designar tanto la nobleza como la limpieza. Otra excelencia es la que confiere el nuevo linaje del tener y que se ve subrayada por asociaciones de honra y honor con dinero, hacienda, interés, provecho o riquezas. También la excelencia del individuo se relaciona con el poder que posee, y mando, autoridad, dignidad, preeminencia indican una forma superior del honor inmanente. /// Cualquiera que sea el fundamento de la excelencia, la metonimia de la manifestación a la causa opera una interiorización de la noción de honor. El papel ajeno se silencia, y lo sustituye una especie de exigencia interna que incita a obrar en conformidad con su virtud, su sangre, su estado social o su poder (Chauchadis 1982, 81-82).

El concepto que se impuso en España fue el honor-estima frente al honor-virtud individual, característico de una actitud de origen señorial, pero que se desarrolló y se asumió entre todos los grupos sociales. De esta manera, el honor se convirtió en requisito imprescindible para la viabilidad y el avance social. Así, para los siglos XV y XVI, junto con el dinero, el honor era indispensable; por tanto, adquirir fama, de alguna forma positiva, era primordial (véase: Bennassar, 190-210).

Para ser tenido en cuenta en los niveles sociales que se formaban en torno a las comunidades había que poseer un capital material, pero también simbólico, como el prestigio, que era fuente de riqueza y fuente de honra; sin patrimonio no había consideración social, y tanto el patrimonio como el honor se adquirían con esfuerzo o se compraban; el honor era, además de un ideal o forma de vida, una mercancía, como podía serlo su formación o su oficio (véase: Chauchadis 1984, 131-133).

En esta manera de ver el mundo, la noción de honor, se unía a la de posición social y hacía que cada estado personal tuviera un particular concepto de honorabilidad. Así, su función era doble: era una causa discriminadora

de grupos y de comportamientos, y era un principio que proporcionaba el reconocimiento social de privilegios (véase: Maravall Casesnoves, 41). Cada grupo tenía que construirse un paradigma social distinto, basado en la dignidad social, que se cimentaba tomando como referente tanto el prestigio del grupo que precedía en la escala de la fama, como el grupo que se consideraba inferior. Todo servía en la lucha por el honor.

En la representación de las familias y en su diferenciación por medio del oficio o de la ocupación que se explicita en la novela, en mundos eminentemente agrarios como los de la «Primera parte: en las llanuras de La Mancha» se observa cómo el honor-excelencia adquirido mediante el linaje o la limpieza va dando paso, con el cambio de generaciones y de lugares geográficos, al honor por excelencia, bien en el comportamiento o bien en el desempeño del oficio.

Villa Real, la posterior Ciudad Real medieval de La Mancha, era un poblado predominantemente agrario; había propietarios de tierras y ganados que gradualmente se fueron consolidando como un grupo con relativo poder; tampoco faltaban los que habiendo sido partidarios del trueque se habían vuelto pequeños comerciantes, hasta casi empezar a ser mercaderes adinerados, como los Chinchilla. Lo que hacía descollar dentro del grupo a algunos era tanto su habilidad en el oficio, como la reputación externa que adquirían.

Del mismo modo, su trabajo les permitía conseguir lentamente una riqueza que progresivamente los facultaba para ascender en esa sociedad y los colocaba en posiciones de poder y puestos de mando; ya que la riqueza era una fuente de consideración asegurada. Así, la presencia de los Chinchilla está marcada por la posesión, la habilidad para el intercambio y la sagacidad para crear o suplir la carencia o la necesidad:

Al pescante de su carreta venía don Juan. La curvatura de su nariz y el pícaro jugueteo de sus ojos lo señalaban a la vista como judío; pero el contenido de su carreta no dejaba dudas: Allí había de todo, todo lo que nunca había hecho falta en Villa Real: Adornos de oro y plata, sayas de seda, birretes de colores, anillos, pulseras; ollas majas, ricamente adornadas, toricos de Cuenca, dagas, peinetas de Albacete... Y también, todo lo que siempre había hecho falta: Dinero. Monedas de Aragón y de Castilla, de Francia, de Venecia, y hasta monedas tudescas, que sólo Dios sabía cómo habían ido a dar a las manos de este rico judío de apariencia tan pobre (Morales, 26).

Hasta mediados del siglo XIV, en España debido a la Reconquista todavía se permitía la coexistencia de gente de credos distintos: moros, cristianos y judíos, como se representa en los capítulos de la Primera parte de *Jovel: serenata a la gente menuda*. Para ese momento, los judíos habían establecido un rasgo

cultural que los relacionaba con las finanzas en diversas formas y con la economía de los diferentes lugares. Con el tiempo, por sus relaciones con la economía de los lugares y de los estados se los detestaba, pero los toleraban laboralmente, porque eran necesarios para la administración y la hacienda pública; sin embargo para el siglo XVI se los denigraba individualmente y como grupo.

En el otro extremo estaba el resto de la población trabajadora, entre los que había una variedad de oficios artesanales, relacionados con la alfarería, los tejidos, el cuero, el metal, la madera, el trabajo de la piedra, la construcción, el transporte de mercancías, de granos, etc., dedicados a la administración de las poblaciones (alcaldes, alcaldes, alférez, etc.); también había pastores, labradores, esquiladores, aparceros, arrieros, caldereros, cesteros, confiteros, enjalbegadores, hiladores, jornaleros, etc. Los propietarios de tierras y ganado progresivamente formaban el grupo dominante. Mientras que las mujeres, dedicadas a los oficios domésticos, empezaban a descollar como comerciantes de sus productos culinarios, en el oficio de hilar, tejer y hacer vestuarios, como también en el trueque de mercancías, lo que las situaba como comerciantes al lado de los hombres.

De ahí, que *Jovel: serenata a la gente menuda* como novela histórica tome de la memoria histórica elementos para recrear una remembranza colectiva, constituyendo una forma de resistencia a la versión oficial que socava los cimientos de la identidad del chiapaneco. El desmantelamiento de la memoria histórica se explicita en la intriga de la novela por medio de una serie de estrategias textuales como el paralelismo temporal de episodios y personajes y el desarrollo de las sociedades en una secuencia temporal lineal, lo que permite mostrar esas técnicas en un proceso de desarrollo hacia un futuro. Otra estrategia estructural destaca que la relación con las fuentes históricas únicamente sirve para evidenciar la dificultad de una biografía tradicional de los personajes, lo que señala cómo la construcción del referente deja paso a la imaginación; pero a la vez, enfatiza que éste no es tan transparente como parece percibirse. Por todo lo anterior, el proyecto social que alimentó la escritura de esta novela reivindica la posición social de la «gente menuda» y la actuación primordial que han tenido en la estructuración ya no sólo de Chiapas sino de la identidad chiapaneca.

3. I. 2. LA NOVELA DE REFERENTE INDÍGENA

En México al finalizar la revolución sucedida entre 1910 y 1917, el estado revolucionario promovió el indigenismo como una forma de acallar los reclamos de diversos grupos indígenas en espera de cambios y modificaciones sociales. Para rehacer la imagen del indígena abusado y hambriento se impulsó la idea del indígena como representativa de lo nacional. A partir de la

década del veinte de ese siglo, se lo consideró el fundamento de la nación; pero fue hasta el siguiente decenio que la literatura se ocupó de la representación de las comunidades indígenas en el ensayo y después en la copiosa novela indigenista que, aunque al principio no ayudó realmente al indígena, sirvió para alertar a la sociedad sobre esta situación y sus problemas.

El indigenismo estatal no defendía los intereses de estas comunidades, sino que era la táctica para organizar al país con la noción europea de la nación como una estructura homogénea. Aunque se presentaba al indígena como el primero en México, se lo consideraba antecedente del mestizo y no era importante por sus propios valores culturales; puesto que era un obstáculo para la modernización.

El nacionalismo originó un doble movimiento: a la vez que inscribía, borraba el pasado (véase Bhabha 1990, 291-322). De ahí que en el caso de México, el nacionalismo creara una genealogía ficticia que ubicaba los orígenes de la nación en las culturas indígenas, pero demandaba que éstas borrarán las huellas de su identidad que las diferenciaba. Así surgió la superioridad del mestizo y del mestizaje como base de la identidad nacional.

Culturalmente se hizo una escisión mental en el imaginario social entre el indígena precolombino y el indígena a partir de la Colonia; imagen, ésta última, que continúa hasta el presente y que nada tiene que ver con la gloria y el orgullo patrio; ya que, al indígena todavía se lo sigue considerando el problema de las sociedades.

Esta situación políticosocial pasó a la literatura en la novela indigenista; género que afirma verdades que reflejan una situación o doctrina que existe fuera del texto; de este modo, significa las representaciones de la realidad para comunicar eficazmente su mensaje. Cornejo Polar señala que el indigenismo es una creación de sello occidental; dado que la tradición literaria europea determina el contenido de la narrativa, como también su forma estética. Por esto, considera la novela indigenista como representante paradigmático de la heterogeneidad latinoamericana; puesto que es un conjunto discursivo que circula en una cultura, pero cuyo referente es otra. De ahí la tendencia a la inserción de explicaciones y elementos costumbristas en las obras (véase: 1980, 5-10).

Estas realidades históricas: la marginación política, social y cultural de los indígenas, se convirtieron literariamente en el contexto histórico de la narrativa con referente indígena. Para ser indigenista una novela, según Escadajillo, debe poseer tres características fundamentales: 1. El sentimiento de reivindicación social, 2. Ruptura con el pasado. 3. Suficiente proximidad con relación al mundo recreado (véase: 2004). A estas condiciones debe agregarse: 4. La superación del sentimentalismo y el romanticismo provenientes de la novela indianista.

Con el tiempo, en la novela indigenista se comenzó a repetir una misma estructura novelística donde en un determinado contexto cultural, se des-

arrollaba la vida de los personajes, pero sin ningún tipo de esperanza para sobrevivir las dificultades que sufrían en la vida. Normalmente, ese mundo de ficción era presentado por una voz externa omnisciente y heterodiegética que mostraba personajes carentes de individualidad mediante estructuras repetitivas. «Al receptor (lector) se le transmite una imagen distorsionada de la realidad, y al acabar la lectura, la concepción del mundo novelado es la misma que la del emisor» (Nagy-Zekmi 1995, 36).

Ahora, el mismo Escajadillo señala junto a las etapas ya consagradas por la crítica literaria sobre el desarrollo de la novela con referente indígena: indianismo e indigenismo, una nueva forma más «refinada y sutil» (1994, 161), que se ha denominado: «nuevo indigenismo». Las novelas indianistas presentan un mundo indígena exótico, con personajes idealizados y alejados de la realidad; textos centrados estéticamente en el Romanticismo. Las novelas indigenistas se basan en la estética realista, que rechaza la idealización romántico sentimental y manifiesta el descontento social que se siente hacia las condiciones sociales imperantes: pobreza, maltrato, violencia, usurpación, retraso sociocultural, injusta distribución de la tierra, etc.

Mientras que la etapa del nuevo indigenismo se entiende como producto del estancamiento del indigenismo ortodoxo incapaz de ofrecer soluciones al problema indígena. Esta última fase está caracterizada por diversas técnicas que no necesariamente están presentes en todas las novelas que ofrecen esta nueva forma de representación: en varias de ellas se emplean los procedimientos artísticos del «realismo mágico» o de lo «real-maravilloso» para examinar el universo mítico del indígena; se intensifica el lirismo de la representación y algunas veces se utiliza el relato en primera persona en lugar de la voz habitual en tercera persona de la novela indigenista (véase: Cornejo Polar 1984); también se expande la manera de tratar el tema indígena al dejar de ser una preocupación racial o regional, para pasar a ser parte integral de la creación de una nación; del mismo modo, existe mayor complicación en el empleo de recursos técnicos (véase: Escajadillo 1994, 161-177). En este tipo de novela ya se deja de lado lo que hacían las novelas del indigenismo tardío que era: «repetir las mismas quejas de las anteriores con respecto a la condición económica y social del indígena» (Nagy-Zekmi 1997, 8). Así, se innova el estilo y la forma de representar el mundo indígena.

Ahora, junto a esta clasificación sobre la manera de representar al indígena en la literatura, existen acercamientos teóricos que intentan entender la constitución del «otro» y que dan voz al subalterno, al «otro» que antes no formaba parte del canon literario, mostrando de esta manera a un nuevo «sujeto» del discurso. Este sujeto indígena formará parte, con variaciones de representación, posteriormente de la narrativa indigenista y del nuevo indigenismo.

Lacan señala que hay una diferencia entre el «Otro» (escrito con ma-

yúscula), el colonizador que se establece como figura central y determina y condiciona al subalterno, y el «otro» (escrito con minúscula), el subalterno que reconoce su identidad de tal, sabe su posición en la estructura social e imita para sentirse aceptado (véase: 1968). Al ser representado el indígena como el «Otro» se posiciona a este sujeto como parte de un sistema establecido que controla y donde dispone; además, los hechos de su mundo se ofrecen desde su propio punto de vista.

Desde esta perspectiva, en *Jovel: serenata a la gente menuda*, en la «Segunda parte», la representación del indígena se aleja de ser la del subalterno para corresponder psicológicamente a la del «Otro». En este mundo ficcional se señala un cambio en la manera de percibir la constitución de la identidad de este hombre americano; puesto que no es el ser humano oprimido y sin redención como lo presenta el discurso europeo, sino una figura central que vive, lucha, se defiende y participa en la toma de decisiones sobre su vida y su comunidad; lo cual lo marca como poseedor de su propia identidad y como parte integrante de la constitución de lo que posteriormente será la nación; de ahí que sea productor de un discurso que lo designa como sujeto que toma decisiones e implementa formas de vivir y pensar y se diferencia de otros como él:

Nunca más volvieron a atacar aquellos hombres de negro tupé que vivían desperdigados entre montes y llanos, más allá de la agreste serranía donde los tzotziles se habían aposentado. (...) Eran gente altiva, de mirar desconfiado, enamorada de su libertad y de su soledad (Morales Constantino, 141).

Este discurso de alteridad e identidad ya existía en tiempos prehispánicos y permitía a las diversas sociedades referirse a sí mismas y a las otras; había noción de distinción; de esta manera se relataban las identidades propias en oposición a las ajenas. Pero la concepción que se tiene en el presente de que los pueblos indígenas poseían un sistema único para expresar su identidad y su alteridad se debe a la visión y a la escritura española que por incompreensión y desconocimiento unificó todos los relatos de las diversas regiones y los rescribió mostrando su versión como la «única» y «verdadera» (véase: Martínez 2004). Es decir, dentro de Chiapas existe y ha existido una concepción indígena de diferencia entre yo y el otro; porque a pesar de ser los indígenas originarios del mismo espacio geográfico, ellos se saben de origen y de cultura diferente a otros indígenas (tzotziles de mexicas, etc.).

De esta manera, en la «Segunda parte» de la novela se relata la formación de los tzotziles, pueblo indígena de la antigua cultura maya y el viaje que emprendieron desde Guatemala hasta llegar al actual valle de Jovel en Chiapas, donde hasta ahora existen y conservan sus costumbres y tradiciones, que dan sustento a su cultura e identidad. «El vocablo tzotzil, gentilicio que se utiliza

también para designar la lengua que hablan, deriva de sots'íl winik que significa "hombre murciélago"» (Obregón Rodríguez, 5). Aunque esta cultura indígena fue conquistada por los mexicas, no fueron sus tributarios, al parecer porque el centro de México tenía interés en los objetos de lujo con los que comerciaban los tzotziles; situación que hizo de ellos uno de los pocos señoríos autónomos que quedaron en el área (véase: Obregón Rodríguez, 5). Situación que históricamente destaca la identidad que ha poseído tradicionalmente este grupo humano.

Narrativamente, este capítulo, como la «Primera parte», se halla marcado por el viaje y el desplazamiento humano en una determinada geografía: ahora del sur al noroccidente de Chiapas, hasta llegar al valle de Jovel. Mediante el viaje se construye una representación cultural convincente que deja ver un «efecto de lo real» en el sentido barthiano (véase: Barthes 1994) y permite figurar mentalmente al grupo de personajes que sigue a Tzotz, el dios del cuarto mes, en un movimiento de transformaciones y alteridades donde la comunidad define su esencia y su identidad como seres humanos y como cultura. Del mismo modo, esa travesía permite reducir lo exótico a lo familiar; ya que el movimiento del relato incide en el horizonte de expectativas de la comunidad de lectores, para quienes al concluir el capítulo, estos personajes son tan concretos como los de la «Primera parte» y sus viajes permiten co-tejar y oponer las realidades y las circunstancias de ambos grupos.

De este modo, los indígenas precolombinos como protagonistas dejan de ser exóticos y se convierten en sujetos de lo relatado. En su inicio, desde la salida de este grupo indígena de Yax, se observa la historia del ser humano por descubrir, tanto el espacio externo, como el interno. En el primero, se produce la búsqueda del hombre por lo desconocido, lo que se puede explorar y posiblemente conquistar. Cada llegada a un lugar fija las experiencias adquiridas durante el trayecto y abre nuevas posibilidades de comprensión y exploración. En el segundo espacio se produce el viaje hacia la conciencia y el comienzo de la memoria. De esta manera, el desplazamiento da cuenta de una realidad y de maneras de percibir esa realidad; de los momentos vividos y de la forma como el tiempo forja o deteriora el recuerdo.

Esta variación en el discurso sobre el sujeto tzotzil deja de lado las múltiples teorías con las que se ha visto al indígena antes de la conquista y la colonización europea, durante esas épocas y como resultado posterior a ellas. En este capítulo se explican las circunstancias mediante el comportamiento de los personajes, los cuales ofrecen sus propias versiones sobre las relaciones de la comunidad y las transformaciones que como cultura viven a lo largo del tiempo. Para legitimar su identidad, ellos no necesitan de bulas papeles que justifiquen sus acciones, como sucedió históricamente con la manera en que los europeos legitimaron su poder sobre las nuevas tierras y sus habitantes. Esta representación del mundo indígena Tzotzil precolombino se caracteriza

por ser una comunicación destinada a mostrar lo genuino y justificado de esta agrupación humana; cultura con los mismos defectos y cualidades como la europea del capítulo anterior.

Ahora, en *Jovel: serenata a la gente menuda* este grupo indígena se halla representado líricamente para mostrar una realidad todavía controlable:

El Jalach Vinik se sintió como tomado por sorpresa; volvió la vista a un ah kin viejo que lo seguía respetuoso. Al ver el ah kin la pregunta angustiada en los ojos de su señor, se atrevió a intervenir y le dijo en voz muy queda:

—Pruvok, la tortolita.

Se volvió entonces Ah Chon Vinik a la muchacha, abrió los ojos y los labios y, para la maravilla de sus ah kines que ya lo conocían como el Jalach Vinik triste, esbozó una sonrisa diciendo, como si con la palabra se le saliera también el corazón.

—¡Ix—Mukuy! (Morales, 118).

En este nuevo universo geográfico y étnico se efectúa una exposición lingüística, cultural y social a través de descripciones detalladas, producto de la investigación etnográfica; mientras que por medio de una simultaneidad de espacios y de imbricaciones del realismo, de lo mítico-religioso, del historicismo y de los recuerdos se expone una relación moderna y postmoderna entre ficción y realidad de los pensamientos íntimos, de los mundos inaccesibles y de las perspectivas que se representan.

Gradualmente se ofrece una visión de la gente seguidora del dios del cuarto mes: Tzotz, desde un punto de vista narrativo dentro de la sociedad; así hay ausencia de juicios y se expresan de manera sencilla los valores, las vidas y las tradiciones de la comunidad; todo lo cual contribuye a presentar una visión más íntima de una cultura que conoce, aprende, se establece, se consolida y florece y avanza.

En el universo ficcional, este grupo humano sale de Yax, atraviesa la selva (Selva Lacandona) hacia el oriente y llega a Tonil-ná, donde se instala por un lapso extenso de tiempo, hasta que debe buscar nuevas tierras para subsistir.

Los últimos en abandonar aquel lugar fueron los zotzil vinik, casi veinte katunes⁷ después de su llegada. Por las torres y los templos se habían metido los bejucales. De la hermosa Muc' Ná, que tenía patios enlajados y jardines, y corrales llenos de aves, no quedaba ni el recuerdo. Éstos eran otros zotzil vinik, que veneraban a Ix—Chel⁸ en su pequeño templo sobre una colina, bajo la cual crujían los restos de la gran pirámide. Todavía los regía un hijo de Tuluk—spukuj, que guardaba en su casa la capa blanca con búho en el pecho, y la piedra de Zotz, y que obligaba a los muchachos a jugar por las tardes en el campo de pelota.

7 1 *katun*: 7200 días.

La tierra ya no daba nada. Ya hacía mucho que no daba nada. La gente que no había muerto en las guerras se había escapado a buscar otras tierras y a adorar otros dioses (Morales, 137).

En la misma forma que en la «Primera parte», en este capítulo los personajes se conocen a través de las generaciones. Aquí ya no es una familia específica sino el grupo de los seguidores de Tzotz, dios del cuarto mes, cuyas familias se presentan en medio de una vertiginosa rapidez: «El Hijo de Tuluk–spukuj había muerto, y otro le había sucedido y luego otro y otro más, y cada uno conservaba en su ch’ulel los recuerdos y la fuerza» (Morales, 137). Algunas de las características que los distingue como agrupación en este universo de ficción son: inteligencia, tenacidad, cooperación en el trabajo en grupo, decisión para avanzar, constancia para superarse, aceptación de otros, adaptación, alegría, esperanza.

Estas particularidades de su raza, les permite la fundación de localidades con deseos de alcanzar un mejor futuro; de ahí que al llegar al Valle de Jovel hagan lo mismo que los seres humanos representados en la «Primera parte»:

[S]upieron que, junto al valle encantado, las serranías serían de ellos y de sus hijos para siempre, y entonces empezaron a dar nombres a las cosas y a los lugares y a las aves. Y así, trinando entre los cipreses y los abetos, el pajarillo rojo supo que su nombre sería tsajal–mut, y el soberbio pavo de las llanuras que los acompañó para ser su amigo y su alimento en las montañas, entendió que seguiría siendo tuluk, y el roble que les dio los horcones para sus jacaes sintió que lo llamarían batsi–té, y aun la gran montaña detrás de la cual se escondía por las tardes ya cansado el sol, se sintió orgullosa de que la llamaran Muc’tavits, el cerro grande que serviría de guía y de recuerdo a incontables generaciones dentro y fuera del valle. ¡Ah, pero el valle! Su inigualable belleza juntada a los rumores de su magia causaba asombro y miedo. Los hombres se sentaban en cuclillas antes de anochecer, mientras sus mujeres bajaban temerosas al manantial que cantaba en murmullos allí cerca. En la lejanía, los tulares simulaban grandes brochazos sobre el verde claroscuro (Morales, 138).

Al presentarlos designando, denominando, estableciendo, demarcando; en esencia, lo que se observa es la forma en que los Tzotziles fueron solidificando tanto su identidad personal, como su identidad como comunidad. Ya que al recibir un nombre, el objeto reafirma u obtiene un nuevo significado de acuerdo al contexto. En este universo ficcional los nombres están conectados con un pensamiento mítico y una conciencia que por su caracterización proporciona una oportunidad mejor para entender las peculiaridades de ese mundo. En esta novela, como históricamente en la realidad, los Tzotziles se

destacan como comunidad por la inventiva para obtener objetos y materias deseados en otros lugares, por el desarrollo de ese comercio y por la fama que alcanzaron sus productos en las otras sociedades.

Pero como todo cambia y evoluciona en la vida, llega el momento en que esta cultura debe enfrentar nuevas condiciones de existencia, ante la presencia y el control, primero de los mexicas, quienes antecedieron y posteriormente, ayudaron a los españoles a dominar las tierras.

En Zotzleb se reanudó el comercio. Volvieron a entrar de todos los caminos las cargas de plumas, de maíz, de frijol... que en buena parte iban a dar a manos de los mexicas. (...) De pronto se dieron cuenta de que sus pueblos habían ido cambiando: Chi'ixil-teclum se había convertido en Huixtlán; Xamit-jo en lo alto de los picos era ya Xamulat; y Zotzleb, el pueblo grande de los comerciantes, se había vuelto Zinacantan; el pequeño pueblo donde se producía la sal era ya Ixtatl-pan; y sus sierras y sus valles habían perdido el ritmo antiguo de sus nombres: el valle misterioso frente al cerro se había vuelto Huey-zacatlán, y el Muc'tavits ya se llamaba Huey-tepetl. (...) ok'il se hizo coyotl, y turumpukuj comenzó a lamentarse como un simple tecolotl. Y aun el ul se hizo atoli, y el pek mecapali y el pop, aquella estera amiga donde reposaban sus cansancios y acariciaban sus sueños, se tornó petatli (Morales, 166).

Cultura orgullosa de sus decisiones y de sus logros; que fue conquistada pero que no perdió la esencia innata que los vinculaba como comunidad y que hizo lo que sus medios le permitieron para subsistir independientemente.

4. CONCLUSIONES

Históricamente, en 1527:

[L]legó a Chiapas otro grupo de conquistadores encabezado por Diego de Mazariegos. Antes de alcanzar la región de los Altos, en el pueblo zoque de Xiquipilas, dicho capitán ratificaría la alianza entre españoles y zinacantecos. (...) Mazariegos decidió imponer un control más directo sobre los conquistados, cuyo número para entonces había disminuido notablemente debido a las epidemias y hambrunas, y aplicó la política de reducción de pueblos, concentrándolos en poblaciones compactas. Muchos grupos tzotziles

fueron reubicados (...). Como la edificación y abastecimiento de la Villa Real requería mucho trabajo, Mazariegos decidió que no convenía que los pueblos de la región tributaran a los españoles residentes en otra zona, y reasignó dichos pueblos en encomienda a sus soldados. (...) Desde mediados de 1531, la Corona española ordenó la formación de una nueva provincia con capital en Ciudad Real, que abarcaba, a partir de los límites de la provincia de Chiapan, los territorios habitados por zoques, tzotziles, tzeltales y tojolabales de Chiapas. Esta nueva entidad político-administrativa quedaría sujeta a la autoridad de la Capitanía General de Guatemala, gobernada entonces por Pedro de Alvarado (Obregón Rodríguez 2003, 10).

Con base en este referente, en la «Tercera parte» se expone en toda su realidad la situación de los dos grupos humanos viviendo y mezclándose en el área; y las relaciones que entre ellos se dan en este universo ficcional. El énfasis narrativo se explicita en dos tipos de novela; en la hibridez de presentación de una realidad mediante la fantasía y la imaginación para comunicar un mensaje, con diversos grados de ideología: «En el relato ficticio en tercera persona, (...) el narrador omnisciente puede perfectamente entrar en la subjetividad de sus personajes y orientarles según su parecer» (Bertrand de Muñoz, 241).

Como novela histórica/novela de referente indígena, *Jovel: serenata a la gente menuda* explicita un discurso postmoderno en el sentido de su voluntad descentralizadora y cuestionadora de los discursos absolutistas hegemónicos, donde con una perspectiva totalmente sesgada tradicionalmente se siguen marginando diversas capas sociales sin darles la posibilidad de una representación más objetiva.

En esta novela, hay un deseo de imaginar poéticamente la historia, exponiendo una fisura entre la memoria histórica hegemónica y la memoria colectiva de las comunidades implicadas. De esta manera, esta historia se constituye en una forma de resistencia de la versión oficial de los acontecimientos representados; además contribuye al desmantelamiento de la memoria histórica, lo que se observa tanto en la división de los capítulos, como en el nivel de la intriga de la novela que corresponde a la Segunda y a la Tercera partes.

En la «Segunda parte» la perspectiva de la cultura Tzotzil es la médula de lo relatado, mientras que en la «Tercera parte» se explicita mediante una serie de estrategias textuales la construcción del referente como un proyecto social que incorpora y valora los aportes de las culturas chiapanecas y ayuda a conformar una memoria colectiva inclusiva y positiva, reivindicando a través de un área de Chiapas, todos los sectores sociales marginados hasta ahora en la novelística mexicana; de ahí que figuras históricas de segundo y tercer rango convivan con otros personajes sin relevancia histórica para crear este mundo de ficción y para reinterpretar hechos y circunstancias.

En este último capítulo, el papel de la iglesia se pone en entredicho mediante la representación de religiosos y de comunidades. Una de estas representaciones, la de los frailes dominicos como agiotistas es específica. Históricamente se sabe que todas las comunidades religiosas adquirieron bienes raíces al llegar al Nuevo Mundo, bien cedidos o bien dejados como herencia por personas ricas y piadosas de la época o por todos aquellos que los destinaban para pagar a perpetuidad las misas por su alma y así asegurarse el cielo. Con el tiempo, la posesión cambió el celo religioso y los misioneros dominicos adquirieron en México mayor suma de bienes y de comodidades y absoluta independencia sobre el manejo de sus posesiones y dinero. Este es el referente desarrollado en esta parte, donde «ladinos y caxlanes» necesitados empeñan sus propiedades, pero por los réditos que deben pagar terminan por perderlas; sin embargo, el fraile agiotista celebra el suceso. Con representaciones como la del obispo y los dominicos, la iglesia no resuelve los problemas de los pobladores ni los ayuda; por el contrario, el capítulo muestra los abusos de los miembros de la institución y la manera en que ejercen su poder sobre «la gente menuda».

Ahora, en este capítulo (como también en el primero) se transparenta el proceso de escritura al hallarse insertados textos externos al mundo novelístico, pero que describen el desarrollo de la investigación con la que se forjó y reconstruyó este universo de ficción. Esta estrategia narrativa de intertextualidad proporciona veracidad a lo narrado; situación que describe Morales:

La mayor parte de estas personas es gente real que encontré en los archivos; la gente de la tercera parte de Jovel, nombres y algunos de los hechos son reales. También provienen de las historias escritas por historiadores chiapanecos, que espero que hayan estado en contacto con archivos que se han perdido; porque se han quemado los archivos de Chiapas en más de una oportunidad. Cuando digo archivos, me refiero no solamente a fechas de nacimientos, matrimonios, etc., me refiero especialmente a archivos de pleitos y quejas, que es donde he encontrado la mayor parte de las posibilidades de conflicto, para una novela, que es más bien una narrativa sin fin. Los momentos de conflicto los he encontrado en las quejas, los pleitos de archivos, llevadas a tribunales religiosos; porque los archivos civiles desaparecieron casi completamente o no tuve acceso a ellos. Son pleitos llevados a las manos religiosas, pero son parte de la historia, como el capítulo del chapulín: la peste de insectos que asoló la región -en varias ocasiones, pero yo tomé una ocasión-; toda la narrativa que bordo sobre esos hechos está basada en los documentos históricos que se conservan en los archivos, que no se han publicado como parte de la historia, porque a hechos insignificantes como el chapulín, no se les da cabida en la historia;

pero esa es la verdadera historia que pasó (en Rodríguez-Arenas 1999a, 245).

Todos estos aspectos estructuran esta narrativa con una mezcla de ficción y de realidad que los lectores deben descifrar al interpretar lo leído. De esta manera, el receptor se da cuenta de la triple posición que la voz narrativa toma al presentar la historia: como narrador omnisciente heterodiegético, como productor de ficción y como lector y transmisor de numerosos textos extradiegéticos que dan testimonio de hechos cotidianos desconocidos en la historia oficial.

En el capítulo final de la novela se observa la profunda percepción de las complejas mutaciones y cambios de las culturas; no es únicamente la indígena la que se transforma; la europea también sufre metamorfosis; ya que hay un intercambio entre lo hispánico-occidental y lo indígena, no sólo en la visión del mundo sino en aspectos tradicionales de lo cotidiano.

Sobre esta situación, en este capítulo se ofrece una representación que explicita una visión sobre algunas de las causas y diversas consecuencias del encuentro de las dos culturas: primero el establecimiento del imperio español en las nuevas tierras, las subsecuentes mezclas de raza y de culturas y, posteriormente, aspectos de la búsqueda de la independencia del régimen colonial impuesto, que en este mundo de ficción se evidencia con el levantamiento indígena de Cancuc y la represión gubernamental dirigida por Thoribio de Cosío, Presidente de la Real Audiencia y Capitán General de Guatemala.

La hibridez histórica que se efectuó en la realidad, se expone en el nivel intratextual (dentro de la historia) y en el nivel intertextual (entre los diferentes textos: los históricos y el ficcional), con el propósito de emitir un discurso que reproduce en diferentes niveles, discursos narrativos de resistencia que se oponen a las versiones hegemónicas dominantes que han ofrecido una visión unilateral sobre los hechos.

Ya en la «Segunda parte» se presenta una polifonía de voces (véase: Bakhtin, 279) que se manifiesta mediante la expresión de dos lenguajes que cuentan una misma historia; la lengua dominante que se convierte en traductora de la lengua indígena, idioma que se haría ininteligible para los hispanohablantes si no tuviera esta correspondencia; no obstante, la lengua dominante se muestra limitada para expresar el lirismo y los aspectos culturales que transmite la lengua tzotzil: «—Xak, el dios del agua, y Zotz, el dios del cuarto mes, protegen a Ah Zotz Chon, nuestro futuro Jalach Vinik. Así como están estos batabes de Yax, amarrados y humillados, se encontrará dentro de poco el mismo Ah Kukul Balam, el pájaro jaguar» (Morales, 135).

Esta circunstancia genera una narrativa multivocal donde diversas voces se imbrican: la voz narrativa y las voces de los personajes; del mismo modo, existe hibridez en la mezcla de la oralidad de los indígenas y la escritura europea en que se transcribe esa oralidad. Estas relaciones textuales conflictivas

de las expresiones culturales representadas revelan las diversas tensiones y puntos de vista que se transparentan en la «Segunda parte».

Esta situación tiene su correspondencia y su continuación en la «Tercera parte» en el mestizaje racial y cultural que trasciende todos los intersticios de las dos culturas, pero que en la historia desarrolla aspectos de las relaciones de hegemonía y subordinación en el mundo colonial entre españoles e indígenas, que algunas veces se invierten, como en el caso de Leonardo y Mariana y de Salvador y Mariana. Esta «caxlana» es maltratada, menospreciada y repudiada por su esposo; por la golpiza que recibe de él estando en avanzado estado de embarazo pierde no solo su bella faz, al quedar convertida en una «cara atormentada y triste, de boca desdentada y nariz rota» (Morales, 306), sino también la razón.

Posteriormente, al huir de su casa, es violada por Salvador, un indígena, quedando nuevamente embarazada. Esta vez, dentro de sus limitadas posibilidades, Salvador responde ayudándola a subsistir y luego a dar a luz a su hijo, comenzado entre ellos el mestizaje/hibridez racial con la violencia/protección del indio hacia la española:

El niño tenía los ojos celestes de su madre y el cabello dorado de la niñez de Mariana. Salvador lo contempló maravillado. Entonces vio que los pómulos altos y recios eran los de su padre. Bajó los ojos y murmuró una oración bendiciendo a los Señores de la Tierra (Morales, 306).

Este hecho se ofrece al lector por medio de diversas voces: la narrativa y las históricas, que dan cuenta de lo sucedido, al ser dejado el niño en la iglesia: Después de bautizarlo, el padre cura escribió en su libro:

«Francisco, español, botado. En cd rl de Chiapa a siete dias del mes de marzo de mill y quinientos y noventa y cuatro años baptize y puse oleo y chryisma a Frco hijo de la iglesia. Fue su madrina doña Isabel de Velasco. Y para que conste lo firme y puse mi signo. P. Felipe Santiago» (Morales, 307).

Este incidente funciona como pretexto para exponer el intertexto mítico de Xpak'inté que, en la escritura, es una estrategia literaria principal que representa un tópico presente en diversas culturas: Xpak'inté/Yehualtzíhuatl/la llorona/la picullén/la madre en pena. De esta manera se hacen explícitos los diversos modos mediante los que el texto moderno (la novela) se interrelaciona, interactúa o establece un diálogo con otros textos anteriores sean literarios o no, para hacer presente un contexto cultural en el cual, la voz narrativa, como el lector, quien encuentra los vínculos entre el texto y el contexto construyen la referencia intertextual. Situación que el autor destacó sobre un taller que dirigió:

(...) la leyenda de la llorona, es en uno de los capítulos de la tercera parte: «Xpak'inté», que para los indígenas es una mujer fantasma que grita y pierde a los hombres. En el libro es una española, llegada de España. A los estudiantes les impresionó el tratamiento, la forma en que se involucró una española, la manera en que se involucraron las costumbres locales, el modo en que se involucraron los indios de dos diferentes razas, el lenguaje empleado, las visiones de la española, que en lugar de ver el cerro donde está, ve las grandes nevadas de los Cantábricos y el mar del otro lado de las montañas y otras cosas por el estilo. Este es el único caso del que se directamente sobre la recepción de mi texto (en Rodríguez-Arenas 1999b, 247).

Al recurrir a estas técnicas, la historia no sólo logra mostrar aspectos de la «transculturación narrativa» (véase: Rama, 32-56) que se evidencia en su escritura, sino que al nivel de lo relatado, las intertextualidades de la cultura y de la escritura destacan la ideología que se halla en la estructura narrativa, la cual se opone a los discursos oficiales sobre hechos y resultados sucedidos. De ahí que se hallen divergencias de interpretación con la «verdad histórica». La novela como narración transmite la perspectiva cultural ya no sólo de los indígenas, sino de los mestizos y de otros miembros componentes de la población acerca de sucesos históricos, como la oposición abierta que rechaza la matanza de los indígenas que planea el Presidente de la Audiencia y gobernador:

[C]uando el chapulín se comió nuestras sementeras, cuando empezamos a sacrificar nuestras bestias de carga para sobrevivir, ellos, los indios, se treparon a los riscos y nos trajeron yuyos y bellotas y raíces para comer. Nadie, señor Presidente, ni los cañones de sus soldados, hará que vayamos a sus pueblos a matarlos (Morales, 432).

Con este tipo de representación, en *Jovel: serenata a la gente menuda* se configura gradualmente un imaginario social para que sirva como referente y llegue a convertirse en memoria colectiva y, así finalmente, incida en la elaboración y la permanencia, a través de cambios múltiples, de una identidad cultural chiapaneca, en la que la gente sin renombre pueda sentirse orgullosa de haber colaborado y participado en la consolidación de su estructura.

Mediante la representación de situaciones olvidadas, de hechos considerados irrelevantes y de textos que han pasado inadvertidos en los archivos, este mundo de ficción destaca el aporte vital que ha tenido «la gente menuda» de los diversos sectores de Chiapas en la vida de la comunidad. La invención de una nación presupone la existencia de una memoria común (Anderson 1983); esto es lo que Heberto Morales Constantino ha realizado en *Jovel serenata a la gente menuda*. Pero efectuar esta labor, encontró un medio eficaz que le permitiera armonizar polos tan disímiles como eran las diferencias de

raza, de clase, de género, la oralidad y la escritura que caracterizan a las culturas que conforman el tejido humano y cultural del Estado de Chiapas; conjunto que ofrece diversos rasgos identitarios esenciales y vitales del chiapaneco actual.

FLOR MARÍA RODRÍGUEZ-ARENAS

5. BIBLIOGRAFÍA

- AÍNSA, FERNANDO. «La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana». Cuadernos Americanos 4-28 (julio-agosto, 1991): 13-31.
- ANDERSON, BENEDICT. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London - New York: Verso, 1983.
- ARIZPE, LOURDES. «Chiapas: los problemas de fondo». Chiapas: Los problemas de fondo. David Moctezuma Navarro (Comp). Cuernavaca: UNAM, 1994. 19-32.
- ARTIGAS, JUAN B. *La arquitectura de San Cristóbal de Las Casas*. México: Gobierno del Estado de Chiapas - Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- ARZÁPALO MARÍN, RAMÓN. *Calepino de Motul. Diccionario maya-español*. 3 Vols. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- BAKHTIN, MIKHAIL. *The Dialogic Imagination*. Austin: University of Texas Press, 1981.
- BHABHA, HOMI. «DissemiNation: Time, Narrative, and the Margins of the Modern Nation». *Nation and Narration*. Homi Bhabha (Ed.). New York: Routledge, 1990. 291-322.
- . «Of mimicry and man: The ambivalence of colonial discourse». *The Location of Culture*. London-New York: Routledge, 1994. 85-92.
- BAL, MIEKE. *Narratology: Introduction to the Theory of Narrative*. Trans. Christine van Boheemen. Toronto, Buffalo, London: University of Toronto Press, 1985.
- BARTHES, ROLAND. «El sentido de lo real». *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós, 1994.
- BENNASSAR, BARTOLOMÉ. *Los españoles: actitudes y mentalidad*. Barcelona: Argos, 1976.
- BERGER, PETER L., BRIGITTE BERGER y KELLNER HANSFRIED. *Un mundo sin hogar. Modernización y conciencia*. Santander: Sal Terrae, 1979.

- BERTRAND DE MUÑOZ, MARISE. «Historia y ficción, historia y discurso: doble dualismo. Análisis narratológico de tres novelas de la guerra civil española». Actas de XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (AIH): (De historia, lingüísticas, retóricas y poéticas). 1 (1984): 239-248.
- BRADING, DAVID. A. Los orígenes del nacionalismo mexicano. Trad. Soledad Loeza Grave. México: SEP, 1973.
- CABRERA, EDGAR. El calendario maya. Su origen y su filosofía. San José, Costa Rica: Editorial La Jornada, 1995.
- CASTIÑEIRA, ÁNGEL. «Naciones imaginadas. Identidad personal, identidad nacional y lugares de memoria. Casa encantada: Lugares de memoria en la España constitucional 1978-2004. Joan Ramon Resina (Ed. e introd.); Ulrich Winter (Ed. e introd.). Frankfurt, Germany; Madrid, Spain: Vervuert; Iberoamericana; 2005. 41-77.
- CHAUCHADIS, CLAUDE. Honneur, morale et société dans l'Espagne de Philippe II. Paris: C.N.R.S., 1984.
- . «Honor y honra o cómo se comente un error en lexicografía». *Criticón* 17 (1982): 67-87.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población). Índices de marginación 2005. Archivos PDF y XLS para descargar. <http://www.conapo.gob.mx/publicaciones/indice2005.htm#>
- COLOMBÍ NICOLIA, BEATRIZ. «El viaje y su relato». *Latinoamérica* 43 (2006): 11-35.
- CORNEJO POLAR, ANTONIO. Literatura y sociedad en el Perú. La novela indigenista. Lima: Editora Lasontay, 1980.
- . «Sobre el 'neoindigenismo' y las novelas de Manuel Scorza». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 50.127 (1984): 549-557.
- CIUDAD RUIZ, MANUEL. «Catálogo provisional de la Orden de Calatrava (Edad Media)». 25-26 Cuadernos de estudios manchegos (2003): 215-283.
- DE CERTEAU, MICHEL. La invención de lo cotidiano. (1979) México: Universidad Iberoamericana, 1999.
- ESCAJADILLO, TOMÁS G. «Aves sin nido ¿novela "indigenista"?». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* XXX.59 (2004): 131-154.
- . *Narradores peruanos del siglo XX*. Lima: Editorial Lumen, 1994.
- FERNÁNDEZ PRIETO, CELIA. «Poética de la novela histórica como género literario». *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica* 5 (1996): 185-202.
- FLORES, MALVA (Ed.). *Chiapas: voces particulares: poesía, narrativa, teatro (siglos XIX-XX)* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

- . «Prólogo». Chiapas: voces particulares: poesía, narrativa, teatro (siglos XIX-XX) México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994. 15-26.
- FLORES MASON, LUIS (Ed.). Cuentario, muestra de narrativa coleta. Chiapas: Patronato Fray Bartolomé de las Casas: Programa Cultural de Fronteras, 1988.
- FLORES RUIZ, EDUARDO. La catedral de San Cristóbal de las Casas Chiapas 1528-1978. Chiapas: Universidad Autónoma de Chiapas, 1978.
- FOUCAULT, MICHEL. La arqueología del saber. Buenos Aires: Siglo XXI, 1997.
- . Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas. Trad. Elsa Cecilia Frost. Buenos Aires: Siglo XXI, 1968.
- . The Foucault Reader. Paul Rabinow (Ed.). New York: Pantheon Books, 1984.
- FUENTES, CARLOS. «Chiapas, donde hasta las piedras gritan». El País. (9-1-1994). http://www.elpais.com/articulo/opinion/MEXICO/CHIAPAS/MEXICO/TRATADO_DE_LIBRE_COMERCIO/Chiapas/piedras/gritan/elpepiopi/19940109elpepiopi_8/Tes?print=1
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1992.
- GARCÍA DE LEÓN, ANTONIO. Resistencia y utopía: Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías en la provincia de Chiapas en los últimos quinientos años de su historia. México: Ediciones Era, 1985.
- GENETTE, GERALD. Nuevo discurso del relato. Madrid: Cátedra, 1998.
- GINSBURG, CARLO y CARLO PONI. “El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico”. *Historia Social* 10 (1991): 63-70.
- GONZÁLEZ, DIANA. «Algunas consideraciones en torno al nombre propio». *Lengua y Sociedad* 7.2 (oct., 2004): 103-108.
- GUILLAMÓN ÁLVAREZ, FRANCISCO JAVIER. Honor y honra en la España del siglo XVIII. Madrid: Universidad Complutense, 1981.
- HAVILAND, JOHN BEARD. Sk’op Sotz’leb: El Tzotzil De San Lorenzo Zinacantan. Universidad Nacional Autónoma de México, 1981. http://www.famsi.org/mayawriting/dictionary/boot/tzotzil_based-on_haviland1981.pdf
- JAMESON, FREDRIC. *The Political Unconscious: Narrative as a Social Symbolic Act*. Ithaca: Cornell University Press, 1981.
- KAUFMAN, TERRENCE. *El Proto-tzetzal-tzotzil*. Fonología comparada y diccionario reconstruido. México: UNAM Centro de Estudios Mayas, 1972.

- . «A Preliminary Mayan Etymological Dictionary». (with the assistance of John Justeson). October 5, 2003. 1535pp. <http://www.famsi.org/reports/01051/pmed.pdf>
- LACAN, JACQUES. *The Language of the Self*. Trad. Anthony Wilden. Baltimore & London: The John Hopkins University Pffress, 1968.
- LEFERE, ROBIN. «Del pensar de la novela histórica». *Cuadernos Hispanoamericanos* 643 (ene., 2004): 43-50.
- LÓPEZ PITA, PAULINA. «La sociedad manchega en vísperas del descubrimiento». *Espacio, Tiempo y Forma* IV.7 (1994): 349-366.
- MARAVALL CASESNOVES, JOSÉ ANTONIO. *Poder, honor y elites en el siglo XVII*. Madrid: Siglo Veintiuno de España, 1979.
- MARTÍNEZ C., JOSÉ LUIS. «Discursos de alteridad y conjuntos significantes andinos». *Chungara: Revista de Antropología Chilena* 36.2 (2004): 505-514.
- MENTON, SEYMOUR. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- MOLINA CHAMIZO, PILAR. *De la fortaleza al templo. Arquitectura religiosa de la Orden de Santiago en la provincia de Ciudad Real (siglos XV-XVIII)*. Ciudad Real: Diputación de Ciudad Real, 2006.
- MOLINER, MARÍA. *Diccionario de uso español. Versión electrónica*. Madrid: Gredos, 2001.
- MORALES BERMÚDEZ, JESÚS. *Aproximaciones a la poesía y la narrativa de Chiapas*. Chiapas: Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, 1997.
- . «Breve panorama de la poesía en Chiapas». Chiapas: una radiografía. María Luisa Armendáriz (Comp). México: Fondo de Cultura Económica, 1994. 264-309.
- . «La narrativa en Chiapas». *Anuario 1995*. Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica. Tuxtla Gutiérrez: Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, 1996. 550-724.
- MORALES CONSTANTINO, HEBERTO. *Ciudad Real en México. Del origen castellano al siglo XVIII (relato histórico)*. Ciudad Real: Biblioteca de Autores Manchegos - Diputación de Ciudad Real, 1997.
- . *Jovel: serenata a la gente menuda*. México: Gobierno del Estado de Chiapas, 1992.
- . «Familia». [Recuerdos y memorias personales] (Manuscrito).
- NAGY-ZEKMI, SILVIA. «Introducción. Algunas consideraciones sobre el neoindigenismo». *Identidades en transformación. El discurso neoindigenista de los países andinos*. Silvia Nagy-Zekmi (Ed.). Quito: Ediciones Abya-Yala, 1997.

- . «Los ilegítimos de Pérez Huarancca y la legitimidad del neoindigenismo». Chasqui. Revista de literatura latinoamericana XXIV.2 (1995): 33-39.
- NÁJERA CORONADO, MARTHA ILIA. La formación de la oligarquía criolla en Ciudad Real de Chiapa: El caso Ortés de Velasco. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- OBREGÓN RODRÍGUEZ, MARÍA CONCEPCIÓN. Tzotziles. México: CDI : PNUD, 2003. <http://www.cdi.gob.mx>
- O'CONNELL, JOANNA. Próspero's Daughter: The Prose of Rosario Castellanos. Austin: University of Texas Press, 1995.
- PEÑALOSA ESTEBAN-INFANTES, MARGARITA. La fundación de Ciudad Real. Antología de textos históricos. Ciudad Real: Instituto de Estudios Manchegos - Patronato «Cuadrado», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1955.
- PÉREZ LÓPEZ, ENRIQUE y NICOLÁS HUET BAUTISTA (Comp). Lo'il maxil: relatos tsetzales y tzotziles. Antología de cuentos. Chiapas: Gobierno del Estado de Chiapas, 1996.
- PINEDA DEL VALLE, CÉSAR. (Ed.). Antología del cuento chiapaneco. Chiapas: UNACH, 1995.
- . «Introducción». Antología del cuento chiapaneco. Chiapas: UNACH, 1995. 1-9.
- PINXTEN, RIK y GHISLAIN VERSTRAETE. «Culturalidad, representación y autorepresentación». Revista CIDOB d'Afers Internacionals 66-67 (2004): 11-23.
- QUADRADO, JOSÉ MARÍA y VICENTE DE LA FUENTE. Toledo y Ciudad Real. Barcelona: Ediciones El Albir, 1978.
- RAMA, ÁNGEL. Transculturación narrativa en América Latina México, D.F.: Siglo XXI Editores, 1982.
- RODILLA, JOSÉ MARÍA (Comp). Tierra vegetal: poetas y narradores de la frontera sur. Chiapas: Gobierno del Estado de Chiapas, 1993.
- RODRÍGUEZ-ARENAS, FLOR MARÍA [Coord. y Ed.]. Chiapas: la realidad configurada (La novelística de Heberto Morales). Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México: Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, 1999.
- . «La (re)invención de la identidad chiapaneca: algunas convenciones narrativas en la novelística de Heberto Morales». Chiapas: la realidad configurada (La novelística de Heberto Morales). Flor María Rodríguez-Arenas [Coord. y Ed.]. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica - Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, 1999a. 15 - 48.

- . «Realidades y ficciones: Entrevista a Heberto Morales». Chiapas: la realidad configurada (La novelística de Heberto Morales). Flor María Rodríguez-Arenas [Coord. y Ed]. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica - Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, 1999b. 223-255.
- ROUDINESCO, ÉLIZABETH y MICHEL PLON. Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 1998.
- SANTIAGO CRUZ, FRANCISCO. Breve historia del Colegio de la Compañía de Jesús de Ciudad Real de Chiapas 1681-1767. México: Editorial Tradición, 1977.
- TEJERA GAONA, HÉCTOR. Identidad, formación regional y conflicto político en Chiapas. México: Instituto Nacional de Investigación Antropológica, 1997.
- TORO, ALFONSO DE. «Escenificaciones de la hibridez en el discurso de la conquistista. Analogía y comparación como estrategias translatólicas para la construcción de la otredad». Atenea (Concepción, Chile) 493 (2006a): 87-149.
- . «Hacia una cultura de la teoría de la hibridez como sistema científico transrelacional, transversal y transmedial». Cartografías y estrategias de la posmodernidad y la postcolonialidad en Latinoamérica: Hibridez y globalización. Alfonso de Toro (Ed. E Introd.). Madrid - Frankfurt: Iberoamericana; Vervuert, 2006b. 195-242.
- TORRE, TOMÁS DE LA (FRAY). Diario de viaje de Salamanca a Ciudad Real de Chiapa. 1544-1545. Caleruega (Burgos-España): Editorial Ope, 1985.
- TRENS, MANUEL B. Historia de Chiapas: desde los tiempos más remotos hasta la caída del Secundo Imperio. I. México: Impresora, 1957.
- VELASCO PALACIOS, ANTONIO. Historia de Chiapas. [S.l: s.n.], 1987.
- VILLANES CAIRO, CARLOS. «El indigenismo en Vallejo». Cuadernos Hispanoamericanos: Revista Mensual de Cultura Hispánica 456-457 (junio-julio, 1988): 751-760
- ZEBADÚA, EMILIO. Breve historia de Chiapas. México: El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, 1999.

JOVEL

(serenata a la gente menuda)

A MI ESPOSA, ZOILA, Y A MIS HIJOS, SUSIE Y MARCOS,
FUENTE DE INSPIRACIÓN EN TODOS MIS TRABAJOS, Y
DON JUANITO, MI PAPÁ, QUE EN MI NIÑEZ SUPO
ENSEÑARME EL AMOR POR EL RECUERDO DE NUESTROS
ANTEPASADOS.

H. M.

À LA MEMORIA DE ALFREDO GUTIÉRREZ,
INOLVIDABLE AMIGO A QUIEN SEPULTAMOS
AL COMENZAR UNA DE LAS GRANDES TEMPESTADES
EN EL VALLE DE JOVEL.

H. M.

PRIMERA PARTE *

EN LAS LLANURAS DE LA MANCHA

LA VILLA

Eran los días del buen rey Don Alfonso¹ en Castilla. Por los yermos y las sierras todavía se recordaban las andanzas de aquel gran caballero que había clavado sus lanzas en el corazón de España.

En más de un viejo pueblo, al oír los cascos de los caballos que entraban por la tarde, las mozas asomaban la cabeza por los ventanucos suspirando la antigua canción:

«¡Dios, qué buen vasallo si oviese buen señor!».²

Pero en el sur de Castilla las fronteras no eran seguras. Los moros de Granada sabían cómo entrar al galope y sacar de los pueblos y aun de algunas ciudades, sus ganados y sus conservas y, algunas veces, hasta la virtud de sus mozas...

El buen rey Don Alfonso, a quien decían el Sabio,³ se percataba de que su reino había menester de una protección fuerte en las regiones del sur para dormir en paz. Y cuando las insidias de la corte y las maquinaciones de su hijo⁴ le permitieron un respiro, montó a caballo al frente de cien caballeros y cabalgó rumbo a Granada.

* N.B.: Para las notas se emplearon las siguientes fuentes: Arzápalo Marín, 1995; Cabrera, 1995; Kaufman, 1972, 2003; López Pita, 1994; Molina Chamizo, 2006; Moliner, 2001; Peñalosa Esteban-Infantes, 1955.

1 *Alfonso VI*: (1040?–1109). Rey de León desde el 27 de diciembre de 1065 y de Castilla desde el 6 de octubre de 1072, fue apodado el Bravo. Hijo de Fernando I el Magno, rey de León y de Castilla (1035-1065) y de Doña Sancha de León.

2 *¡Dios, qué buen vasallo si oviese buen señor!*: *Poema del Cid*. Cantar Primero.

3 *Alfonso el Sabio*: Rey de Castilla y de León (Toledo, 1221 – Sevilla, 1284). Hijo primogénito de Fernando III, a quien sucedió en 1252. Creó la Escuela de Traductores de Toledo, donde coexistían árabes, judíos y cristianos. Autor de: *Crónica General* y la *Grande e general Storia*, que incluye poemas épicos medievales. Escribió numerosos poemas como las 402 *Cantigas de Santa María*, en lengua gallego-portuguesa. También dirigió la elaboración de una obra capital, *Las siete partidas*, código legal escrito por primera vez en una lengua moderna.

4 *Sancho IV, el bravo*: (1257–1258?–1295). Segundo hijo de Alfonso el Sabio, contra quien sostuvo una guerra civil oponiéndose a la creación de un reino en Jaén para su sobrino, Alfonso de la Cerda, hijo de Fernando, verdadero heredero del trono.

Más allá de Orgaz cruzó los Montes de Toledo y, al ir descendiendo por el paso de Los Yébenes, contempló emocionado en lontananza las vegas del Guadiana. Absorbió la visión en su alma de poeta, y esa noche mandó que se escribiera en el diario que siempre conservaba:

Et toda esta tierra es deleitosa de fructas, viciosa de pescados, lena de venados et de caza, segura et bastida de castiellos, rica de metales, estaño, de argent vivo, de plomo, de fierro, et dotros mineros muchos; et es tierra briosa de sirgo, dulce de miel, alumbrada et alegre de azafrán.⁵

Pero vio también que en la ribera sur del río se alzaban las fortalezas de los belicosos monjes caballeros de Calatrava,⁶ en quienes poco podía fiar, y que por todos lados, allende las sierras, se extendían las tierras de moros, buenos pagadores de parias,⁷ pero siempre enemigos de la gente cristiana.

Entonces soñó con un pueblo de castellanos viejos y de bien probada lealtad, que se asentara en las vegas del río, y que tuviera su corazón más allá de los montes, en las soleadas pueblas de Castilla.

Volvió de inmediato a la corte y convocó a caballeros e hijosdalgo que quisieran tornar al Guadiana con él, y tener tierras labrantías y armas, sin pagar tributos ni tener por señor más que al rey.

Corrió la voz de pueblo en pueblo.

Junto a los hogares, en las frías noches de Ávila y de Segovia y de Burgos y de Urrez, los barbados castellanos, cansados de impuestos y de guerras civiles, hablaban de la proclama con entusiasmo. ¿Cómo sería tener una tierruca donde levantar una buena cosecha de trigo? ¿Cómo sería fincar una casa amplia de patios y espaciosa en corredores donde jugaran alegres los niños? ¿Cómo sería criar una manada de ovejas benimerinas y vender su lana a los comerciantes judíos y comernos la carne de los corderos, bien bañada en nuestro propio vino castellano?

Corrió la voz de pueblo en pueblo.

En las polvorientas encrucijadas de los caminos se paraban los viejos a ponderar. ¿Y si dieran los moros en atacarnos? ¿Y si tuviéramos que volver con las manos vacías? ¿Y si pasáramos la vergüenza de ver nuestra honra mancillada?

Corrió la voz de pueblo en pueblo.

Junto a los hornos, mientras amasaban el pan, se afanaban las mujeres. Pero allá, donde todo fuera de ellas, serían como reinas. Y en la corralada tendrían sus gallinas. Quién sabe si no vacas lecheras. Y sería un banquete de ver

5 Sección perteneciente a la obra *Loor de Espanna* de Alfonso X.

6 *Orden de Calatrava*: Una de las órdenes más importantes de caballeros que surgió en España. Originalmente en 1158 para proteger la villa de Calatrava, sitio estratégico para detener el avance árabe hacia Toledo. En 1164 una bula del Papa Alejandro III aprobó la orden de los Caballeros que adoptó la constitución del Císter. Se distinguieron por su hábito blanco y su emblema: una cruz griega roja y flordelisada.

7 *Parias*: tributo que pagaba un soberano a otro.

la comida del domingo. Y habría frutas y conservas para endulzar las tardes y aligerar las noches.

Y así, corrió la voz de pueblo en pueblo.

El día fijado por don Alfonso, había más de cincuenta familias en la iglesia de Santa Gadea, prestas a empezar la jornada al despuntar el alba.

Allí estaba Martín Álvarez, de Colmerner Viejo, con su mujer, su hija y sus dos hijos. Llevaba dos carretas de bueyes, cinco vacas y dos caballos.

Allí estaba Nuño Fañez, bisnieto de Álvar. Tenía más de cincuenta años; pero en sus venas corría la sangre de todas las aventuras de su venerable bisabuelo.

Con ellos iba el joven Julián, de Mazariegos. Sus padres no se decidieron a emprender la jornada, pero le dieron al muchacho, que se moría por ir, un caballo y una carreta cargada de tesoros: semilla de trigo, de cebada, una colmena con sus abejas...

Antes de amanecer sonaron las trompetas anunciando la llegada del rey.

Sin mucha ceremonia, tomó su lugar don Alfonso en el presbiterio de Santa Gadea. Inició el obispo la gran misa de despedida, y al evangelio les habló don Alfonso, con su voz de poeta y su pasión de soñador.

Fue un discurso breve pero lleno de emoción.

Generaciones después, a pesar de las vicisitudes que le sobrevinieron al buen rey, los descendientes de estos atrevidos hijosdalgo habrían de recordar sus palabras y, a pesar de pesares, mantener la lealtad al trono de sus tataranietos.

Levantó al fin Don Alfonso la espada por encima de su cabeza, y se les quedó viendo. Cada cual sintió que sus ojos se clavaron en los suyos y que en su alma prendió fuego la de él.

—Hijosdalgo, caballeros castellanos: do vais, va con vos el alma de esta Castilla vuestra, tierra amasada con sangre de cristianos y con la lealtad del Cid. Cuando desfalleciereis, recordad que con vos está el de Castilla, que es también vuestro rey.

—Amén, dijeron todos, solapada la voz. Y recibieron luego la bendición del obispo.

Y al salir de Santa Gadea, había ya brillado el sol.

* * *

Las semanas de viaje desde Burgos habían sido difíciles. Las carretas eran lentas. A mediodía los bueyes no podían dar un paso y tenían que encontrar una sombra para sestar.

Cruzar la Sierra de Guadarrama había sido un tormento: el frío del invierno amenazaba con dejarlos ateridos. Las carretas cargadas de forraje iban quedando vacías, y en más de un par de ojos se había pintado el terror. Por eso, los días de descanso en Toledo habían sido como un rocío primaveral. El

rey había previsto que allí se tuviera posadas listas y refacción de alimentos para cristianos y bestias. Algunos caballeros se quedaron allí, pero el rey proveyó una selecta guardia de a caballo que los habría de acompañar hasta que pudieran valerse por sí mismos.

Al descubrir desde la altura las vegas del Guadiana, se llenaron de gran emoción y quisieron llegar al río esa misma tarde. No recordaban cuán engañosas suelen ser las llanuras. De todas maneras, los más animosos se adelantaron a caballo; pero el paso de las carretas no permitió que acamparan más allá de las últimas estribaciones de los Montes de Toledo.

Y por la tarde del siguiente día apenas estaban pasando frente al castillo de Malagón. Un estremecimiento frío recorrió las espaldas de los peregrinos cuando divisaron la polvareda de un tropel de caballos que, saliendo del castillo, se dirigía hacia ellos. Momentos más tarde contemplaban sobrecogidos las rojas cruces floreteadas que ondeaban sobre las capas blancas de los adustos caballeros: eran los monjes guerreros de Calatrava, que esa tarde habrían de seguirlos amenazadoramente hasta su campamento, y que con el tiempo habrían de ocasionarles más terror y desasosiego que los mismos moros de Granada. Para los Calatravos, como habrían de llamarlos por siglos, la presencia de estos castellanos no era más que una intrusión injustificada e indeseada de Alfonso, el rey de Castilla, en los territorios que desde hacía más de un siglo ellos había defendido y reclamado como suyos.

Fernán Muñoz llevaba en una de sus carretas el mayor tesoro de todos: la carta puebla,⁸ firmada por don Alfonso el 20 de febrero del año del Señor de 1255. Cuatro caballeros se turnaban guardando esa carreta de día y de noche. Allí iban sus privilegios, sus fueros, su orgullo y sus ilusiones.

Horas antes de que alumbrara el sol aquel día de finales de marzo, estaban ya todos en pie; los bueyes uncidos, los caballos enjaezados. Las mujeres habían encendido fuegos, al amor de los cuales preparaban los frugales alimentos antes emprender la última jornada.

Sonó Nuño Fáñez el cuerno heredado de su tatarabuelo, el gran amigo de Mio Cid y, con un respingo del corazón, todos se pusieron en marcha: adelante, la guardia provista por el rey. En la retaguardia, los caballeros. En medio, las pesadas carretas cargadas de alimentos, animales y semillas. Infantes y mujeres caminaban sosegadamente a los lados de ellas.

Finalmente empezaron a vadear el río. La guardia real lo había traspuesto ya y esperaba en la margen izquierda, cuando de repente se oyó un grito estremecido y se inició un gran tumulto: la carreta de Fernán Muñoz se había ladeado. Un buey había resbalado y tenía una pata rota. Y el agua empezaba a penetrar en los tesoros del vehículo. Se arremolinaban infantes y caballeros tratando de salvarla. Acudieron unos con troncos, otros con pedruscos para tratar de contenerla. Pero todo era por demás. La corriente del Guadiana era fuerte y nadie tenía experiencia de batallar contra aguas bravas.

8 *Carta puebla*: documento en que se contenían las concesiones y privilegios concedidos por un soberano a los que iban a poblar un lugar recién conquistado o fundado.

—¡Amarradla a la carreta que sigue!, gritó Nuño Fáñez.

Sacaron cuerdas y así lo hicieron; pero los otros bueyes empezaron a moverse desesperados, y la carreta se inclinó más, amenazando incluso a la de atrás.

—¡Tenedme el caballo!, se oyó que apezaba una voz juvenil.

Y ante el asombro de todos, Julián, el de Mazariegos, había trepado por la empinada carreta y asomaba ya con la caja del tesoro, la carta puebla firmada por el rey.

En la algarabía que siguió, nadie se dio cuenta de que la carreta perdió fondo y se volcó casi totalmente, llevándose por el lado de la corriente a Nuño Fáñez, que había desmontado para contenerla.

—¡Don Nuño, don Nuño!, gritaban las mujeres, hasta que Gonzalo Fernández se percató, espoleó su caballo y llegó adonde Nuño estaba ahogándose. Presto tiró de él y lo hizo virar, en momentos en que los dos grandes bueyes eran finalmente vencidos por la corriente.

Llevaron entre varios hombres a Nuño Fáñez a la orilla, donde su mujer y su hija improvisaron un fuego para calentarle, mientras terminaba de pasar el río el resto de las carretas. Cinco hombres se quedaron para destazar los animales ahogados. Julián, que desde Burgos se había conservado en la cercanía de la familia de Fáñez, se esperó para hacerle compañía.

Finalmente, la columna entera estaba en movimiento, comentando algunos como mal agüero el incidente de la carreta, y otros como bueno el trance de Nuño Fáñez.

Empezaba a caer la tarde.

Los caballeros de mayor edad se detuvieron a la vuelta de un castañar y pidieron consejo al capitán de la guardia real. Éste, conocedor de la región, les declaró:

—Aquí es el Pozuelo Seco de don Gil, buen lugar, por la cercanía del río, que dejamos no ha más de cinco mil varas. Más allá está el sitio de la batalla de Alarcos, de espantable memoria. Continuar hacia el mediodía es llegar a tierra de moros o a posesiones de Calatrava. Esto es parte del alfoz⁹ que el rey nos señaló en su carta puebla.

—Pues debemos hacer alto, antes de decidir con seguridad, le contestó a nombre de los demás Gil González, el de Urrez.

Alcanzaron al grupo de Nuño Fáñez, que avanzaba con lentitud, y le rogaron que sonara el alto; mas él no se encontraba con fuerzas para hacerlo, y con una seña pasó el cuerno a Julián. El joven tomó el instrumento y lo sonó con alegría, para marcar aquel que habría de ser el último alto de su larga y penosa peregrinación. Muchísimos años después, sus descendientes conservarían la memoria, juntamente con el cuerno que Nuño le regaló en tan recordable ocasión.

Cayó la noche sobre el campamento. De las carretas empezaron a salir botijos de vino añejo.

9 *Alfoz*: (ant.) Distrito con varios pueblos que forman una sola jurisdicción. Alfoz, foz.

En el centro, rodeada por más de cien carretas, ardía una alegre lumbre de troncos de castaño.

Por encima de todo se elevaba un tenue olor a carne asada y el murmullo de voces solapadamente contentas. Aunque dura y correosa, la carne de los bueyes significaba un agradable cambio en la dieta y una promesa de mejores días.

Las conversaciones se fueron apagando con el fuego.

Lejos, en el monte, se escuchaba el acompasado ulular de los mochuelos en busca de su presa.

Julián, con el cuerpo adolorido y la ropa todavía un poco mojada, se había tendido sobre los sudaderos de su silla de montar. De pronto su cuerpo se tornó liviano y ágil. Sus alas lo elevaban en vuelo majestuoso. Sus ojos buscaban algo por el horizonte. Volaba hacia allá; pero al llegar, no había nada. Su pico de mochuelo hurgaba entre árboles y rocas; pero volvía a su lugar sin nada. Y sentía una gran ansiedad, una dolorosa intranquilidad; y entonces ensanchaba de nuevo sus ojos redondos y emprendía otra vez el vuelo. En su cara sudorosa se prensaba la noche como tratando de convertirse en alborada.

De repente, el relincho de un caballo se desdobló entre los repliegues del amanecer. Julián se restregó la cara, y se dio cuenta de que, junto a los rescollos de la hoguera conversaba un grupo de caballeros. Allá fue él, dispuesto a unirse a los preparativos para continuar el viaje.

—Hay encinares en los montes, decía en ese momento Germán Fernández, el de Burgos. Podemos acarrear madera con los bueyes.

—Si los de Calatrava no nos los vedan, apuntó Jerónimo Robles, el de Villatoro.

—Tenemos la carta puebla de Su Majestad y la protección de la guardia real, insistió Fernández.

—El lugar no es malo, aunque de tristes recuerdos, dijo el capitán Salcedo. Si os place, podemos empezar por fortificarlo. De esto responden nuestras espadas.

—Más tiempo de viaje sería duro para todos, señaló pausadamente Nuño Fáñez. Además, ya debemos preparar la tierra para sembrar. Los alimentos que traemos no van para mucho, y el rey no habrá de mantenernos para siempre.

—Yo os propongo que congreguemos a todos los caballeros y entre todos tomemos un acuerdo. Hemos viajado juntos y hemos venido en nombre del rey. Todos juntos debemos resolver lo que más convenga a nuestro compromiso.

Éstas fueron las palabras de Gil Moreno, un viejo hidalgo de Nebreda, a quien solían escuchar con atención, no solamente por su edad, sino porque parecía tener el don de percibir y concretar lo que otros discutían. Su presencia y su opinión, siempre cauta y guardada, habría de tener gran importancia a lo largo de toda aquella empresa.

Congregáronse, pues, los caballeros y, entre la algazara de toda la compañía, decidieron quedarse allí. Levantaron estandartes, y sembraron una cruz como seña. Nombraron luego a su alcalde, y en medio de grandes muestras de alegría, lo llevaron junto a la cruz para que en nombre de todos y del rey, diera por terminado el viaje y por comenzada la villa.

LOS CORTIJOS

La repartición de los solares dentro de los límites señalados para el cerco de la villa fue toda una fiesta. Pero la repartición de las tierras fuera del cerco fue realmente el cumplimiento de todas las ilusiones y las esperanzas. ¡Con cuánta alegría se acogieron las familias a las yugadas¹⁰ que, en nombre del rey, les asignaba su alcalde para trabajarlas! ¡Y con cuánta devoción y rapidez se entregaron a las labores del campo!

Nuño Fañez recibió su tierra a una corta distancia de lo que pronto sería la Puerta de Granada. Al registrar su nombre ante el escribano, pidió que a Julián, el joven de Mazariegos que había sido su compañero de viaje, le señalaran la suya en el mismo lugar.

—Yo puedo enseñarle algunas cosas a este mozo, le explicó al escribano, que, como era su amigo, le contestó:

—Y otras más podrá enseñarle a Julián la hermosa Jimena.

—Yo estoy ya bastante entrado en años, aceptó pensativo Nuño. Y a mi Jimena no he de encontrarle mejor partido sin tener que salir de estas soledades.

—Haces bien, Nuño. Quién sabe si no nuestros hijos tengan que buscar sus mujeres en tierras de calatravos, suspiró el escribano, don Juan Ruiz.

—Si no es que en tierra de moros.

—¡Calla, Nuño, y que tu boca no sea de profeta!

Claro que al astuto viejo no le habían pasado desapercibidas las furtivas miradas que entre el joven montañés y su hija se habían cruzado a lo largo del camino; y le parecía bien que cuando él faltara, se unieran las tierras que habría de heredar la hermosa Jimena con las de aquel decidido mocetón.

La mayoría de los nuevos pobladores había venido arreando pequeños rebaños de borregas y corderos; algunos habían traído unas cuantas vacas también. Y todos veían complacidos la enorme extensión de la llanura, por donde su fantasía imaginaba ya los grandes pastizales donde apacentarían sus animales. ¡Qué lejos estaban de sospechar las tremendas dificultades que tendrían que afrontar!

La tarea de establecerse fue ardua. Tuvieron que levantar sus casas en la villa al mismo tiempo que iniciaban las labores en el campo. Así que todos tuvieron que dar la mano, los hombres, las mujeres y hasta los niños. Pero no

10 *Yugada*: (de «yugo»); extensión de tierra de labor que puede arar una yunta en un día. En algunos sitios, medida de tierra de labor equivalente aproximadamente a 32 hectáreas. Superficie.

todos tenían la fuerza de voluntad y la entereza que se necesitaban para iniciar una vida como la de aquella villa de frontera. Y, aunque los caminos eran entonces inseguros para grupos pequeños, algunas familias decidieron regresar a la comodidad de sus lugares en la vieja Castilla de sus antepasados. Así fue como don Damián Guillén, a instancias de su mujer, doña Catarina, decidió recoger su rebaño y su carreta, y volver a Villahoz, su pueblito cerca de Lerma, y seguirle pagando al duque para que le permitiera levantar una pequeña cosecha de trigo y apacentar su rebaño. Y así, una buena madrugada salieron por el camino de Toledo, y se dirigieron a su lugar.

A los dos días, el pastor Gonzalo de Miranda entró a la villa con la terrible noticia: había encontrado los restos de aquella infeliz familia regados por unas cuevas en los Montes de Toledo, a donde había llevado sus ganados a pacer. Entre las pocas cosas que habían quedado, encontró un envoltorio con un niño casi muerto de hambre y se había apresurado a conducirlo a la villa.

—Esto es obra de caltravos, insinuó llena de temor doña Juana Fernández.

—O de salteadores, la contradijo doña Sebastiana Ruiz. Bien se sabe cómo son esos caminos, por donde no se debe ir sin la gracia de Dios y una buena guardia.

—O pudieron ser lobos, atajó María, la mujer de Lope de Velasco. Si a veces los oímos aullar aquí en la mismísima villa, qué no ha de ser en esos montes.

—¿Y qué ha de ser de ese niño?, preguntó doña Antonia Díaz, arreglándose la túnica.

—Esto debe decidirlo el alcalde, señalaron varias voces casi al mismo tiempo.

Mientras tanto, la voz había llegado hasta las alquerías, donde los hombres se encontraban trabajando, y empezaron a llegar, algunos ya arreando su rebaño, aunque era pleno día, temiendo que en realidad se tratara del temido ataque caltravo, otros cargando todos sus aperos, que constituían toda su riqueza.

—¡Id a buscar al alcalde!, gritaba doña Sebastiana en ese momento. Si esto es hechura de caltravos o de salteadores o de lobos, él debe tomar una decisión.

—Pero, mujer, si lo más importante es el niño, aseguraba dulcemente doña Antonia. Yo me lo llevo, que mi marido puede conseguir leche en el cortijo de don Fernando.

En esos momentos, y entre la multitud ya envalentonada, se presentó el alcalde, y tomando su lugar y su importancia en medio de toda la gente, declaró:

—Señores: Don Damián volvió al camino sabiendo lo que era. Nosotros no podemos ir a buscar a los bandidos en los Montes ni desafiar a los señores

de Calatrava, que están mejor armados que nosotros. Y si se ha tratado de lobos, lo único que nos queda es vigilar nuestros ganados. En verdad, lo importante es el niño. Y si doña Antonia está dispuesta a recogerlo y cuidarlo en su casa, me parece que todos juntos podemos hacerle entrega pública, con tal que el niño siga llevando el apellido de su padre.

—¡Bien dicho!, gritaron todos, sintiendo que al tomar el alcalde la decisión, se le quitaba a cada uno de ellos la responsabilidad.

Fue la primera vez que toda la gente se dio cuenta de que la vida en aquel lejano lugar habría de ser muy difícil. Y esa noche, en los rudos hogares de Villa Real hubo pláticas muy serias en las familias. Y en más de uno las discusiones llevaron al arrepentimiento y a las reclamaciones.

Solamente en la casa de don Álvaro Díaz no se hablaba de los peligros ni de las acechanzas de los enemigos: La Providencia les había regalado algo que llenaba su vida de felicidad y se dedicarían a cuidarlo como si fuera propio.

Aquel niño habría de vivir. Habría de crecer, delgaducho y débil, pero habría de crecer. Mas la tragedia de su familia habría de marcarlo para siempre. Habría de haber en él una lejanía y un mirar desconfiado y reticente, como si viera en cada rostro los ojos de un enemigo; y ni las caricias de doña Antonia ni la amistad de los villarrealengos de su edad habrían de cambiar su espíritu, que parecía asomar por el color verdoso y casi transparente que con el tiempo fue tomando su piel. Sus ojos saltones y asustadizos serían la seña de su familia, generaciones y generaciones después. Lo único que le interesaría sería trabajar; mas como sus padres habían tenido que traspasar su tierra, solamente podría trabajar como jornalero. Pero lo haría tan bien y con tanta ansia de conseguir su recompensa, que con el tiempo tendría dinero hasta para establecer su propio negocio de venta de carnes.

—¡Parece judío!, habrían de decir de él.

Fue en ocasión de la muerte de los Guillén que a don Gil Moreno se le ocurrió la idea de que los jóvenes aprendieran las artes de la guerra, aparte de cumplir con su obligación principal, la de labrar la tierra. Así, por acuerdo de todos, hubo quienes se dedicaron a la arquería, otros al manejo de la espada, y aun algunos al disparo de la ballesta.

—Estas ballestas, plantadas en las partes altas, pueden ayudar muy bien a la defensa. Pero debemos encontrar la manera de hacer que los dardos lleguen más lejos, comentó una tarde el viejo nebredeño.

—Para eso se necesita que tengamos herreros, don Gil, le contestaron casi en coro sus compañeros.

—Pues entonces debemos mandar a algún mozo a Toledo para que aprenda. Necesitaremos herraduras para nuestros caballos y rejas para nuestros arados...

—¿Quién puede ir, don Gil, si todos estamos ocupados levantando casas y labrando campos?

—Mi Germán irá, y que no se hable más, terminó don Gil.

* * *

El rey quería que aquella fuera una gran villa e bona, y no solamente había firmado su carta puebla y dado fueros y privilegios a sus vecinos, sino que ayudó en el trazado de las calles y en el señalamiento del cerco, que muy pronto se habría de convertir en una fuerte muralla con buenas puertas. ¡Y hasta autorizó a que bajaran de los montes toda la madera que necesitaran, sin tener que pagar ningún tributo a nadie, pues era la villa del rey!

Dejaron calles amplias y rectas. Y apartaron un bello espacio para su plaza principal, que ya desde el principio y con orgullo anticipado llamaron la Plaza Mayor. Allí pronto organizaron carreras de caballos, principalmente para la diversión de la gente joven. También desde el principio habían señalado plazuelas alargadas dentro del cerco, junto a las puertas, a fin de que pudieran resguardar sus animales en la villa en caso de dificultades, principalmente con los de Calatrava.

A los bueyes, que tan buen servicio habían prestado durante el viaje desde Burgos, les uncieron los arados que desde allá habían llevado, y empezaron la labranza de las mejores tierras para la siembra del trigo y las verduras.

* * *

Por la salida en el camino de Toledo se había establecido don Lope de Velasco. Sus tierras recibían la humedad del Guadiana y habrían de producir grandes cantidades de frutas y verduras.

Para el sur, buscando la humedad del Jabalón, había solicitado sus tierras Álvaro Díaz. A casi todos les pareció ésta una mala elección, por la lejanía respecto a la protección dentro del cerco de la villa. ¿Qué haría allá aislado en caso de un ataque de enemigos? Pero don Álvaro no se había dejado convencer, soñando ya en un cortijo cerca de las aguas de aquel pequeño río, que talvez nunca se atrevería a inundarle sus sembradíos. Y con la ayuda de sus hijos, hombres grandes ya, habría de establecer un hermoso lugar en la llanura. ¡Qué lástima que aquel niño no fuera su hijo de verdad!

Hacia el rumbo de Alarcos había recibido unas buenas yugadas don Fernando Núñez.

—Con las tres mancuernas de bueyes que trajimos podemos arar más de una buena yugada al día, y en cuanto terminemos nuestra tierra podremos ayudar a otros, le comentaba una tarde a su hijo Remondo, niño de diez años a la sazón, pero muy despierto para los asuntos del campo.

—Pero las rejas se romperán con tanto uso, padre, respondió Remondo, dándose cuenta de la dificultad que eso ocasionaría para el próximo año.

—Se romperán también en nuestras manos, señaló don Fernando, y tendremos que repararlas. Pero si se rompen en manos de nuestros vecinos, deberán repararlas ellos y todavía quedarán en deuda de nuestro favor.

—¿Y los bueyes, padre?

—Mira que hemos traído ese toro padre y esas vacas ya preñadas. Siempre nacen más becerros que becerras. Guardaremos uno para padre, y los demás serán castrados, y hasta podremos vender bueyes a los que no los tengan. Y la gente vendrá a buscarnos y a estar con nosotros por los favores...

Don Fernando era un viejo zorro que sabía muy bien lo que buscaba. No tardó en tener a su disposición personas que con mucho gusto acudían a ayudarle en las faenas de sus campos con el interés de obtener de él el uso de los bueyes o de los aperos en las labores de sus propios campos.

A los pocos años, don Fernando tenía ya una buena vacada en corrales contruidos con piedras encimadas, y pronto empezó a utilizar grandes cantidades de estiércol en los campos de trigo y de cebada, que subían como espuma cuando llegaban las lluvias.

Pero lo que llegó a ser la admiración de la comarca fue su cortijo: lo fue construyendo él personalmente, por supuesto que con la ayuda de todos aquellos amigos que se interesaban en el uso de sus bueyes y sus aperos, como si fuera a vivir allá en el campo y no dentro del cerco de la villa: primero levantó un muro grande y fuerte, como si fuera a levantar un castillo, y dentro de este cerco, que tenía una sola entrada, construyó un hermoso edificio.

—En la parte de abajo debemos guardar todo lo que nos sirve para el trabajo, lo mismo que los granos cosechados. Nunca debes quedarte esperando la cosecha del año que sigue, pues si el año es malo, puedes pasar hambres, le comentaba una tarde a Remondo.

—Así ha de ser, padre, respondió el muchacho. Pero, ¿por qué estás construyendo las gradas por fuera de la casa? ¿No sería mejor pasar de los graneros a la alcoba por el interior?

—Ven acá, hijo, fue la respuesta del viejo. Mira: conforme vas subiendo las gradas, puedes volver la vista hacia donde quieras y maravillarte ante toda la belleza de los campos de esta gran llanura. ¿No se te llena el corazón de alegría?

—¿Y si a los calatravos se les ocurre atacarnos?

—Ellos, hijo, no quieren que exista nuestra villa. Por eso debes aprender a defenderla. Mas si algún día la perdemos, a ellos les interesará mantener estos cortijos que podrán convertirse en fortalezas.

—No entiendo, padre, por qué te gusta vivir en esta soledad si tanto te interesa la villa.

—Algún día lo entenderás, Remondo, cuando sea tu responsabilidad. Y si no tú, mis nietos.

Cuando terminó don Fernando la construcción, el cortijo podía verse

desde lejos, pintado de blanco, recortado frente al horizonte como una hermosa nube preñada de ilusiones.

ZORAYA

Cerca del camino de Alarcos se estableció también don Pedro Morales. Su mujer y sus dos hijos, Beltrán, de 10 años, y Sebastián de 7, le ayudaron a levantar un cobertizo rumbo a la ciénaga que formaba la humedad del río. Con mucho trabajo logró armar un horno hecho con piedras y barro, y luego empezó a hormar y cocer aquellas tejas y ladrillos que le darían a la villa su personalidad particular. De su lejano pueblito de Pampliega, junto al Arlanzón, no había podido traer ni borregas ni vacas, ni semillas, sino que había desarmado cuidadosamente sus moldes y los había empacado y cargado en su único caballo, y había acudido a Burgos en pos de la ilusión. En cuanto el horno estuvo seco y resistente, don Pedro inició el trabajo de su oficio. Beltrán, que parecía tener la misma gracia de su padre, le ayudaba acercando el barro, apisonando, a veces hasta desmoldando.

Y empezaron a llegar las carretas en busca de sus tejas, pues la construcción de casas marchaba con rapidez en la villa. Y a doña Beatriz de Morales le encantaba ir llenando su pequeña morada con las cosas que en trueque le dejaban: carne salada, pan, vino o hasta algunas semillas que ella se dio maña para cultivar cerca de la tejería.

El negocio fue creciendo con las necesidades de la villa. Había ya hidalgos que querían instalar pisos de ladrillo en sus cocinas y hasta en sus corredores. Y los Morales eran los únicos tejeros. Tuvieron, pues, que ampliar el cobertizo y levantar otro horno, y hasta buscar ayuda entre algunas amistades, que en diciembre y enero poco tenían que hacer en los campos.

Beltrán aprendió bien el oficio de su padre, pero conforme fue creciendo, algo empezó a hurgarle en la cabeza: como que aquellas tejas planas y casi cuadradas carecieran de encanto; como que algo más vivo e imaginativo pudiera crearse con aquel mismo barro y en aquellos mismos hornos. Y se pasaba buenos ratos platicando con los pocos viajeros que acertaban a pasar por el lugar; pero nadie parecía interesarse mucho en las cavilaciones de aquel muchacho un poco hurraño, que para entonces iba ya sobre los 16 años de edad.

Una tarde, sin embargo, mientras sacaba los últimos ladrillos de una hornada, vio que alguien se acercaba con decisión a los cobertizos. A Beltrán no le sorprendió que alguien llegara, pero sí le llamó la atención la traza del visitante: Sobre su cara morena se levantaba un envoltorio de tela blanca, y bajo la túnica parecía llevar calzas que le cubrieran todo el cuerpo. A pesar de la extraña figura del moro, el joven Morales no se alarmó, sino que adivinó un gesto de interés y de bondad en el recién llegado; así que, suspendiendo

su labor, le salió al encuentro y lo convidó a pasar.

—Yo también soy tejero, dijo el visitante, como si le costara trabajo hablar. Pero mis tejas no son como las tuyas, que parecen tablas.

—¿Cómo son las tuyas?, inquirió Beltrán.

—Diferentes. Mis hornos también.

Y en lo que hablaban, se paseaban por la tejería; el moro contemplaba y pulsaba ladrillos y tejas, y Beltrán lo seguía con gran interés, casi con miedo de que aquel sueño se le esfumara por entre las hendiduras de sus hornos.

—Si quieres, puedo mostrarte lo que hago, dijo finalmente el moro.

—¿De verdad? ¿Dónde vive su merced?, contestó Beltrán, vivamente entusiasmado y dando muestras de respeto hacia quien esperaba ya que fuera su maestro.

—En Moclín.

—¿Y dónde es Moclín?

—Al otro lado de la sierra, casi frente a Granada...

—¡Pero eso es en tierra de moros!, exclamó el mozo con tristeza y desilusión.

—Si vas conmigo, yo puedo...

—¡Voy!, gritó Morales con decisión y firmeza.

Que fuera estaba por verse. A su padre le preocupaba quedarse sin su brazo derecho; a doña Beatriz le horrorizaba pensar que su Beltrán se fuera a tierra de enemigos, que lo fueran a vender como esclavo o que ... tantas atrocidades que se decían de aquellas gentes de color tan oscuro...

Volvió Beltrán al lado de Yusuf a suplicarle que se quedara un día más, que él ocuparía en convencer a los viejos y en hacer los preparativos para el viaje. Y habló con Sebastián, su hermano, y con don Benito, el cura de Santa María, y con algunos de sus pocos amigos, y en toda la villa se supo que Beltrán se iba a tierra de moros, y a don Pedro Morales y a doña Beatriz casi ya no les quedó remedio, y accedieron a regañadientes al viaje de su obstinado hijo. Cuánta razón llevaran en querer evitarlo no pudieron imaginárselo en aquel momento.

Un día más habría de pasar antes de que emprendieran la marcha, pues a doña Beatriz se le ocurrió llenar una alforja con cosas que a su hijo le harían falta. Don Pedro decidió darles a los caminantes un caballejo que tenía y una albarda. Y al moro no le corría el tiempo, pues imaginaba la envidia que causarían en Moclín el que tuviera él como aprendiz, casi como esclavo, a un orgulloso castellano.

Por fin salieron esa mañana, mucho antes que el sol.

Llevaba Beltrán una muda de ropa, alimentos para la jornada, un botijo de vino, unas cuantas monedas que le dio su padre, y un tumulto de cataratas en su corazón, como si presintiera lo que habría de acontecerle.

Después del amanecer empezaron a seguir la margen del Jabalón y así se

fueron, buscando a veces trillas de rebaños, a veces sombras, hasta que ya cerca del castillo de Calatrava decidió el moro torcer hacia el oriente y, caminando sin parar, llegaron por la noche a Almuradiel. Allí se quedaron a descansar en el patio de unos amigos de Yusuf, y salieron de nuevo al día siguiente.

A poco andar se metieron por el desfiladero de Despeñaperros. El alma de Beltrán se sintió sobrecogida ante el imponente espectáculo de roquedas y peñascales por donde el moro lo iba conduciendo. Acostumbrado al paisaje horizontal de su llanura manchega, el muchacho sentía que entraba en un mundo nuevo, cortante, como aquel terrible tajo entre las sierras por donde habría de escalar pausadamente, dolorosamente, antes de que pudiera llegar a Jaén.

El moro observaba a Beltrán, de rasgos como forjados a hachazos; acostumbrado a leer en las facciones de su gente, miraba con atención los ojos escondidos, la frente amplia y el delgado labio superior de su nuevo amigo, y se hacía conjeturas, sin que entre ellos hubieran de mediar muchas palabras.

De Jaén, Moclín estaba casi a un tiro de piedra, pero Yusuf no quiso continuar esa noche a fin de no ocasionar sospechas entre los vigías de la fortaleza a su llegada. Y mientras se preparaban para echarse a dormir sobre unas esterillas, le insinuó a Beltrán:

—Mañana, antes del medio día, llegaremos a Moclín. Para no tener dificultades, diremos que te compré en Villa Real...

—¡A mí no me compra ni me vende nadie!, respondió el joven fuera de sí. Y de aquí me torno por donde vine, por mucho que haya soñado aprender de su merced.

Quedó espantado el moro ante la violenta respuesta de su amigo y, tratando de endulzar su expresión, le explicó las dificultades que preveía en su llegada a un pueblo de moros acompañado de un castellano; pero no hubo manera de convencer a Beltrán de que aceptara pasar como esclavo, aunque fuera de mentira.

—Como aprendiz voy, señor Yusuf, pero castellano libre soy, y eso seré siempre o no seré nadie ni nada.

—Pues que tan altanero sois, así será. ¡Ojalá que no tengamos demasiadas dificultades por vos!

—Trátame su merced de tú, como lo ha hecho ya, que soy su aprendiz, dijo Beltrán, suavizando su áspero acento.

Y sobre las esteras de la venta se echaron los dos a soñar cada uno sus sueños de las cosas que no habrían de ser.

Al otro día temprano, con los rayos del sol reflejados desde la Sierra Nevada, divisaron Moclín: cobijado y celosamente guardado por la temible fortaleza, se escurría el pequeño caserío, que llamaban los moros «el escudo de Granada».¹¹

Y antes de que el sol diera de lleno sobre los tejados, fueron entrando: ade-

11 “*El escudo de Granada*”: el castillo de Moclín, a cinco leguas de Granada, tenía la posición perfecta para guardar el valle del río Velillos y la entrada a la vega de Granada.

lante Yusuf y, detrás, jalando su caballejo, Beltrán de Morales, castellano de Villa Real. Mozos y mozas se asomaron a ver el extraño espectáculo de un castellano siguiendo mansamente las pisadas de un moro.

La tejería de Yusuf se encontraba al otro lado del pueblo, al borde de la montaña. Cerca de ella, el arroyo de Moclín se desbarrancaba cantando zéjeles¹² hacia las tibias riberas del Genil. Por entre las colinas de la vega podía adivinarse el escarceo de luz y sombra de las rojas tejas de Granada. Apoyado en la pared de un horno, Beltrán se quedó absorto contemplando el maravilloso paisaje; y vio cómo rodaban alborotados los torrentes entre las canaletas, saltando de teja en teja en el terrible aguacero de media tarde, y cómo se alzaban a millares las columnas de vapor arrancadas por el sol poniente, y cómo se descolgaban en gotas de llovizna, finas cortinillas de gasa prendidas de los aleros sobre las blanqueadas paredes de la ciudad.

—Un día las harás tú, le murmuró Yusuf, casi con devoción.

Avergonzado de su estado de ensueño, se excusó el castellano y siguió a su maestro para iniciar de inmediato su trabajo de aprendiz de tejero.

Con extraordinaria atención seguía los movimientos y las indicaciones de su maestro: cómo colocar los moldes sobre la mesa, cómo llenarlos, cómo retirar las jóvenes tejas recién desmoldadas y cómo colocarlas, casi con ternura, sobre el piso del secadero.

Por las tardes, sin que nadie se lo pidiera, se echaba al hombro un cántaro, y bajaba al arroyo a coger agua para las tinajas de la casa de Yusuf, quien invariablemente después del trabajo se metía a reposar en una bañera de agua tibia que él mismo había construido.

Una de esas tardes, ya cayendo el sol, topó con un grupo de muchachas que, con música de risas, bajaba también al arroyo por agua para sus casas. A Beltrán le daba la luz sobre los ojos, pero al pasar la última mora le entró curiosidad y volvió la vista hacia ella, y entre los arcos de la arboleda la vio como entre brumas desaparecer cadenciosamente, rítmicamente, como la última nota de una canción de amor.

Se apresuró a vaciar su cántaro de agua, y volvió de inmediato por otro, sin que hubiera necesidad. Y se quedó sembrado junto a la curva del sendero, por donde divisaba al fondo los techos de Granada. Y la vio asomar allí: su cara de un moreno de tierra rica envuelta en un borbollón de cabello negro, reluciente y perfecto, se afianzaba sobre un cuello recio y firme; sus ojos cafés recibían de lleno los últimos esplendores del ocaso y sonreían al horizonte y ella entera, con el cántaro apoyado en la cintura, parecía desprenderse de la tierra y flotar sobre los tejados y las colinas y deslizarse al ras de las empedradas callejas de Moclín.

Cuando abrió los ojos se había ocultado el sol.

12 *Zéjel*: composición estrófica de la métrica española, de origen mozárabe. En los primeros cancioneros recibía el nombre de «estribote». Se compone de una estrofa inicial temática, o estribillo, y de un número variable de estrofas compuestas de tres versos monorrimos seguidos de otro verso de rima constante igual a la del estribillo. Lo de estribote viene porque el poema se apoya en el estribillo (que significa punto de apoyo).

Por una que otra puerta asomaba temeroso el destello de alguna lámpara de aceite.

Levantó Beltrán su cántaro y se lo echó o al hombro y volvió lentamente a la casa del maestro tejero. Por encima de su corazón aleteaba un nuevo sueño que no podía comprender.

Pasaron tardes y tardes, mas la mora de ojos café claro no volvió a aparecer.

Con los pies sembrados en el barro, preparando el material para las tejas, Beltrán levantaba la cabeza al infinito: temblaba en su pupila el lejano pico de Mulhacén, pero no lograba formar su imagen, como no lograba el sol secar el sudor que le rodaba por dentro de la piel.

—¿Qué te pasa, castellano?, le preguntó Yusuf una mañana, mientras prendía fuego a la leña del horno.

—Nada. Me atormentan los recuerdos. Nada más.

—Puedes volver a tu villa cuando quieras.

—No me llama la villa.

Pero esa misma tarde, mientras Beltrán levantaba su cántaro para ir por agua, alguien llamó a la puerta y él salió a abrir. Le dio el sol del poniente sobre los ojos, pero sin duda no veía visiones: estaba allí, y era ella, la mora del arroyo. Se quedó parado sin saber qué hacer, y entonces tomó ella la iniciativa y le dijo:

—Hazme pasar.

—¿Quién eres?, se atrevió a preguntar el hijo de don Pedro.

—Soy Zoraya, la hija del alfaquí.¹³

Todavía se quedó Beltrán sin reaccionar, y entonces la mora se le acercó y tomándole el brazo le dijo con naturalidad:

—Yo sé quién eres tú. ¡Eres el castellano esclavo de Yusuf!

Murió en los labios de Beltrán la sonrisa espantada y de su pecho brotó como en tropel de peñascos un aullido:

—¡De nadie soy esclavo yo, ni lo seré jamás! Soy Beltrán Morales, hijo del más honrado hidalgo de Villa Real.

Luego se quedaron viendo, con los ojos brillantes, como tanteando entre abismos, pero entró Yusuf y con sus exclamaciones y sus preguntas derritió la magia de aquel primer momento.

Siguió corriendo el tiempo. En los oídos de Beltrán continuaba sonando con campanilleos de cristal el nombre de Zoraya: ¡Lucero de la mañana!

Beltrán aprendía con rapidez: cómo hacer un horno en que se aprovechara todo el calor de la madera o el carbón, cómo colocar ladrillos y tejas entre las cuatro paredes sin exponerlos a romperse, cómo cubrir la gran boca del horno con barro débil para impedir que se apagara el fuego, cómo determinar el punto de coloración del ladrillo y de la teja...

Sus compañeros de trabajo, aprendices lentos comparados con él, lo observaban con recelo, menos Abú ibn Yusuf, quien desde los primeros días lo

13 *Alfaquí* (del ár. and. «alfaquí»): doctor o sabio de la ley del Corán. Faquí.

trató con amistad, y hasta le ofreció llevarlo a Granada si llegara a interesarle.

Pero ya a Beltrán no le interesaba nada más que la mora Zoraya, la de los ojos cafés. Y la veía en todas partes, hasta en los curvos moldes que ya tan diestramente cubría de aquel dócil barro que algún día habría de flotar sobre las techumbres de Illora, o más allá de las almenas de Loja, o hasta sobre los regios aleros de Granada.

Entonces decidió ir a verla.

Y se fue al arroyo sin nada.

Pronto escuchó la catarata de risas por el camino. Se ocultó tras un risco, y cuando ya volvían con sus cántaros llenos se plantó frente a la mora más bella y le dijo sin ceremonia:

—Espera, Zoraya, que quiero hablarte.

Se detuvieron en seco las bullangueras muchachas y se quedaron viendo a Zoraya, entre alarmadas y comprensivas, y al ver que ella asentaba su cántaro sobre la hierba, siguieron presurosas cuesta arriba hacia Moclín.

—¿Qué quieres?, inquirió la moza. Había en sus ojos y en su voz un fuego vibrante y decidido, casi un reto.

—Quiero decirte algo que no acierta a salir de mi garganta.

—Por haberme detenido pueden cortarte las manos.

—Quiero decirte que eres bella.

—Y pueden encerrarte en los calabozos del castillo de Moclín.

—Quiero decirte que no hay moza en el mundo tan hermosa como tú.

—Y pueden llevarte a Málaga a venderte como esclavo.

—Quiero decirte que te has metido en mí, en mis ojos y en mis oídos y en mi alma, y que por ti ya no pienso ni hablo ni quiero, ni siento el cansancio ni el calor.

—Y pueden colgarte del torreón hasta que te coman los cuervos.

—Y quiero decirte que te veo en las nubes por las tardes y en las estrellas por la noche, y en el agua que vengo a coger y en las nieves de la sierra y en las sombras de las tejas...

—¡Eres tonto!, le interrumpió la mora. Y levantando su cántaro se encaminó al caserío. Al doblar la cuesta volvió sus ojos al castellano, y había en ellos tanta dulzura, que Beltrán corrió tras ella y la alcanzó, y la tomó de las manos, y ya no le dijo nada, porque comprendió que en el alma de ella se arremolinaba su misma tempestad.

Se soltó Zoraya, y se fue caminando rápidamente hasta perderse en las callejas de Moclín. Beltrán se la quedó viendo en la espesura de la noche hasta que no era ya más que un retazo de nubes en el monte.

Abú, el hijo de Yusuf, fue el primero en avisarle del peligro en que se encontraba. Con gran paciencia le hizo entender que en todo Moclín se comentaba el incidente del arroyo.

—No vuelvas allá. Hasta los aprendices de la tejería han jurado matarte

si tocas a Zoraya. Debes volver a tu villa a olvidar a esta mora que sólo puede causarte daño.

Pero en el alma de Beltrán no había ya ni espacio ni tiempo que no estuviera ocupado por la imagen de aquella moza garrida de ojos penetrantes, de labios carnosos, de andar en cadencia de guitarras...

Yusuf se lo llevó una tarde al monte con el pretexto de recoger un trozo de roble que había puesto a secar. Caminaban en silencio llevando sobre sus hombros la pieza de madera. De pronto el maestro interrumpió la marcha para descansar y para comentarle a Beltrán:

—Hace ya seis meses que estás conmigo y has aprendido todo lo que puedo enseñarte. Solamente me falta mostrarte cómo hacer los moldes. Para eso llevamos este roble. Es madera fuerte y durable. En tu villa podrás hacerlos de arce o de castaño o de encino. Es importante que tengas varios moldes iguales para que todas tus tejas lleven la misma curvatura.

Beltrán lo había estado escuchando en silencio. Cuando se calló, se quedó también él callado por un breve tiempo; luego, como volviendo de otro mundo, le preguntó:

—Y cuando su merced me haya enseñado a hacer moldes, ¿qué haré?

—Volverás a Villa Real.

—No me eche su merced de estos montes, que en la llanura ya no podría vivir.

Se agachó a meditar unos momentos el buen moro, y luego, moviendo de un lado a otro la enturbantada cabeza, se dirigió al cristiano para decirle con delicadeza:

—Beltrán, hijo, ella no es para ti. Ella es como una cabra del monte, acostumbrada a saltar de risco en risco y a vivir sin amarres. Tú tienes el alma recia, pero soñadora de tu raza...

—Sin ella no podré vivir, no quiero vivir.

—Deberás irte de aquí. Mi gente no entiende lo que te pasa. Cuando los ánimos se hayan calmado, volverás. Abú ibn Yusuf es tu amigo; él te mostrará cómo volver, si decides regresar a que te maten.

—No puedo irme sin verla.

—Ya veremos.

Siguieron su camino y llegaron al pueblo cargando la pesada troza de roble. Sentía Beltrán que tras de cada puerta alguien atisbaba sus pasos, y la ira castellana se le atrancaba en la garganta, pero no perdió el aplomo y llegó en paz a la tejería.

Los últimos días en Moclín fueron terribles. Beltrán oía risitas entre los aprendices y sabía que entre ellos se cambiaban miradas burlonas, que tenía que soportar.

Dos días antes de su salida, Abú ibn Yusuf lo llevó al monte para ir por más madera. Pasaron a un lado de la fortaleza y se internaron por los bre-

SEGUNDA PARTE

A TRAVÉS DE LA SELVA²⁴

K'AN²⁵

En aquellos lejanísimos tiempos nada disturbaba la quietud de las pequeñas olas que, al impulso del viento, adornaban como rizos la superficie del lago.

¡El lago!

Era una joya resplandeciente que extendía sus encantos entre las abras de las altas montañas cubiertas de pinares y robledales, por donde el jaguar encontraba su guarida y el venado cola blanca saltaba de risco en risco, espantado y nervioso. Por la hojarasca del bosque, el pavo rascaba para encontrar el gusanillo que le servía de alimento y la arenisca con que formaba la cáscara de sus huevos. Por la noche, cuando parecía sonreír desde el fondo de las aguas la cara de la luna, se escuchaba el aullido triste del perro madero; entonces la selva entera guardaba respetuoso silencio, que sólo interrumpía, como si lo retara, la sabia voz del búho, que escrutaba la oscuridad desde el amparo altivo de sus ojos redondos. Pero al amanecer, que se anunciaba en franjas sonrosadas por las cañadas del oriente, se levantaba por todas las riberas la sinfonía confusamente acariciadora con que miles de pájaros, grandes y pequeños, saludaban el renacer del mundo, disparados al viento sin orden ni sentido, saetas blancas, negras, rojas, verdes, amarillas y azules que erraban el destino y caían a pique y se alzaban de nuevo y revoloteaban desorientadas, provocando con sus piruetas la sonrisa del lago.

¡El lago!

A veces llegaba a sus orillas el remedo de algún viento en espirales. Entonces se ennegrecía el cielo y se ponía a llorar, y de tristeza se escondían entre las ramas o en agujeros de árboles o en cuevas, el pájaro y el pavo, el venado, la perdiz y hasta el bravo jaguar, y desde las sombras de sus madrigueras mi-

24 *Selva*: en la novela hace referencia a la Selva Lacandona.

* Agradezco a Heberto Morales Constantino la ayuda que me proporcionó para resolver el significado de diversas palabras indígenas que no pude encontrar en los diccionarios especializados que se reseñan en la sección de Bibliografía del estudio.

25 *K'an*: en uno de los dialectos mayas significa: «serpiente». El autor lo empleó como nombre de persona «para de alguna manera introducir el nombre de un viejo pueblo vecino (Cancuc)» (notas de Morales Constantino).

raban cómo bailoteaban incansables sobre la superficie las grandes gotas frías de aquella agua que se había levantado cansada de las olas del algún lejano mar. Cuando por fin dejaba de llover, se iban las nubes y se alzaba la niebla; entonces aparecía de nuevo con todo su fulgor la blanca luz del sol. Poco tiempo después se escuchaba por el lado del crepúsculo el zumbir imponente de graznidos confusos y aparecían en masa, con sus picos negros y sus plumas blancas, los grandes gansos que se detenían a comer y descansar. Y una mañana, batiendo alegremente sus pesadas alas, alzaban nuevamente el vuelo, con la mirada fija en dirección del sol. Y otra vez caía el silencio sobre la plata oscura de aquel lago que tenía sonrisa de mar.

¡El lago!

¡El lago frío entre las altas montañas!

* * *

En las cavernas de las orillas vivía K'an. Sus pequeños ojos de color café amarillento brillaban como brasas enmarcados en el moreno oscuro de su rostro y el negro del tupé²⁶ recortado a la altura de las cejas. K'an veía en lo claro y en lo oscuro. De día su vista alcanzaba a mirar más allá de los islotes que punteaban la superficie del lago; de noche escrutaba entre las sombras y adivinaba dónde acezaba el venado o en qué rama cabeceaba el pavo. Un garrote de roble en su mano bajaba como el rayo y en su camino dejaba quieto en su lugar a cualquier animal. Lo levantaba entonces y se desvanecía entre la niebla cargando a sus espaldas el manjar.

Con K'an vivía K'uk,²⁷ su hermano, el de los brazos fuertes y ágiles, capaz de conducir entre las brumas de la madrugada la balsa de palos amarrados con bejucos en que transportaban una vez al año la ofrenda para el sol, que depositaban en el punto más alto de una isla que brillaba en remolinos de luz al medio día.

Con K'an y K'uk vivían sus hijos y las mujeres de sus hijos y los hijos de ellos. En el piso de piedra de una caverna conservaban el fuego que habían heredado de nadie sabía quién, pero que guardaban por turno todos, en ternas alternadas de hombres y de mujeres. Tampoco recordaba nadie de dónde habían llegado, ni cuándo ni cómo. Ni a nadie le importaba tampoco. Pero sí recordaban cómo utilizar aquella piedra gris de aristas filosas con que cortaban lianas que machacaban para que las mujeres tejieran aquellas capas oscuras que se echaban al hombro para protegerse del frío, o con que les recortaban a los hombres el cabello que les caía sobre la frente y que se convertía en el símbolo de su madurez.

K'an y K'uk se acurrucaban en cuclillas a la salida de sus cuevas y contemplaban maravillados el paso de K'al, el sol, destilando su magia por el medio del lago, y cuando calculaban que estaba a punto de esconder su mis-

26 *Tupé*: copete; pelo que se lleva levantado o abultado sobre la frente.

27 *K'uk*: en uno de los dialectos mayas significa *quetzal*. Se emplea como nombre de persona.

terio tras el cerro más alto, llamaban apurados a sus hijos y a sus mujeres, y entre todos lo acompañaban con gritos y saltos, para significarle sus augurios de buena caza y un mejor despertar. A esa misma hora, sintiéndose hermanos de aquel astro benigno y sonriente, se dividían en grupos los iniciados y se echaban al monte en silencio a buscar la comida principal: un pavo bien crecido, un venado, algún par de conejos. Las mujeres se quedaban junto al fuego, a la espera, sabedoras de que al día siguiente les tocaría a ellas buscar bajo las frondas o en los pequeños valles las bellotas o los hongos, o las raíces o las hojas suculentas con que deberían acompañar la comida verdadera, la que traían los hombres chorreándoles la sangre por los hombros y los brazos al despuntar la alborada, cada tres o cuatro soles.

Los antepasados de K'an y K'uk habían aprendido que, después de los grandes fríos, la carrera de K'al, el sol, por en medio del lago iba haciéndose cada vez más larga, hasta que de nuevo comenzaba a acortarse mientras llegaba el momento en que el tiempo que dedicaba a la caza era más largo que el que pasaba conversando con los peñascos y con los islotes. K'an era el medidor; a él le correspondía señalar cuándo K'al se quedaría más tiempo lanzando su cálida sonrisa por entre los junciales²⁸ para calentar la tierra y alegrar los ojos. Entonces todos, bajo la férrea dirección de K'uk, cuyos mandatos parecían gruñidos, se apuraban a cumplir con la parte que a cada grupo le correspondía.

—¡Mañana es!, anunció K'an, levantándose de su postura en cuclillas.

—¡K'all!, gritó entonces K'uk, echándose a la espalda su capa de tela de lianas y ciñéndose la cabeza con la corona de plumas blancas que había heredado de su padre.

A la voz de K'uk cada quien corrió a cumplir con su función. K'an se alejó al fondo de su caverna a preparar las ramas que por mucho tiempo había guardado secándose a un lado del fuego santo. K'al, el hijo mayor de K'uk, extrajo, con la ayuda de sus hijos y de su mujer, la gran balsa que guardaba escondida y que solamente salía para esta solemne ocasión; la arrastró con reverente cuidado hacia la ribera, y allí la colocó, donde las olas, pequeñas y brillantes, lamieran los lados de los troncos de que estaba construida. K'i'akán, el hijo mayor de K'an, organizó a sus hijos para que acomodaran las dos balsas pequeñas junto a la mayor. Mientras tanto, las mujeres habían colocado una gruesa cama de juncia verde en forma de rueda, en el centro de la balsa grande; sobre la juncia pusieron una capa de tierra y arenisca fina que amacizaron con las palmas de sus manos.

—¡K'all!, se oyó que gritaba otra vez K'uk.

Eh ese momento se ocultó la luna. Sobre el lago descendió un silencio gris con crespones de plata y la gente, sobrecogida por la majestad de las estrellas que espían desde el fondo del agua, se echó de bruces sobre la hojarasca, ocultando en ella sus ojos para no ver cómo K'uk descendía de su caverna lle-

28 Juncial: conjuntos de juncias, plantas herbáceas de la familia Ciperaceas que crecen en lugares encharcados como bordes de ríos, lagunas, etc.

vando sobre una laja las grandes brasas madres en que se había convertido un gran tronco de roble.

—¡K'al!, exclamó el jefe al llegar a la balsa sagrada.

Con exquisito cuidado colocó la laja y sus brasas sobre la cama de juncia. Suavemente empujaron la balsa, hasta que empezó a flotar. Tomaron su sitio los remeros y comenzaron a bogar en silencio. En seguida se echó al agua la balsa de K'an, cargada de leña seca, y al final la tercera, cubierta de ramas de ocote.²⁹

En el silencio de la madrugada, las tres balsas enfilaron hacia el centro del lago.

—¡K'al!, exclamaba K'uk de trecho en trecho.

—¡Chaj! ¡Chaj!, contestaban haciéndole eco los golpes de los remos rompiendo la superficie de aquella agua helada.

Llegaron a la orilla de la isla y atracaron sin ruido. De los remotos rincones de la selva llegó con la última luz de las estrellas un aullido lejano y lastimero. Entre las ramas de una encina temblaron las hojas al posarse sobre ellas un búho, que aleteó para quitarse las gotas con que la niebla le había adornado las plumas; en seguida echó al aire su canto, que era más un gemido.

—¡Cantó Tur, el búho!, pensó, sin atreverse a decir nada K'an. Pero lo que él no dijo corrió por las entrañas de todos aquellos hombres que descargaban sobre la isla el santo fuego, y se apoderó de cada uno un temblor inconsciente que por un momento los paralizó a todos en insondable terror.

Amarraron sus balsas a las piedras de la orilla, luego subieron lentamente hacia la cumbre, donde K'an y K'uk deberían encender una llamarada al despuntar el sol y velarla de pie, hasta que K'al ocultara sus rayos detrás del cerro grande. A esa hora, cuando sólo esa llama brillara como guía en la cima de la isla, volverían los remeros para retornarla en sus balsas a través de la noche.

Se despidieron los remeros sin hablar.

¡Chaj! ¡Chaj!, se oyó cuando sus remos rompieron los cristales del lago. Pero el tiempo pasó y K'al no asomó.

El horizonte redondo de los cerros se volvió torvo, apretado de nubes oscuras. La gente de las cuevas salió a mirar ansiosa: allá en la isla se hallaba hasta el último rescoldo de su fuego. Las mujeres se pusieron a llorar, y los hombres, sin K'an y sin K'uk, no supieron hacer más que esperar.

De repente empezó a llover. Grandes gotas pesadas. Como si todas las aguas de todos los cielos buscaran reposar en el regazo del lago. Y llovió sin cesar, sin que pudiera distinguirse entre noches y días.

Ni K'an ni K'uk volvieron. Ni tampoco el fuego.

El nivel de las aguas subió. Desde el interior de sus cuevas los hombres observaban cómo las olas se acercaban amenazadoras a las orillas de su habitación.

De repente, una tarde, un mediodía o una noche, nadie lo supo, se oyó

29 Ocote: pino, en náhuatl

un silbido ensordecedor, acompañado de roncós estruendos. El piso tembló y de los cielos de las cavernas cayeron rocas y arena. La gente huyó entre las cortinas de agua, buscando refugio bajo las copas de los árboles o junto a los peñascos, por donde pasaban zumbando los torrentes.

—¡La tierra abrió su boca!, gritó asustado K'i'akán.

Entonces todos vieron aterrizados cómo el lago se retiraba en danza vertiginosa, como si las fauces de un gigante monstruoso se sorbiera sus aguas.

—Dejemos este lugar, murmuró K'i'akán.

—¡Vámonos de aquí!, exclamó con voz de mando K'i'al.

Hombres y mujeres volvieron presurosos a sus cuevas, recogieron las pocas pertenencias que les quedaban, cargaron a sus hijos y se juntaron en una cañada, de espaldas al lago.

—¿Adónde?, preguntó en un gemido X-takat, la comadrona.

—¡Conmigo!, respondió por impulso K'i'al.

Y emprendieron la fuga, sin saber a dónde, entre las frondas más allá de los cerros, por donde K'al aparecía más fuerte y más feliz conforme más avanzaban hacia la cueva de su nacimiento, donde crecían los grandes árboles de hojas anchas y tibias.

* * *

Los ventarrones soplaron con furia y empujaron las nubes. Por entre unas hondonadas hacia el oriente brilló el sol, un sol espléndido y alegre que bañó los horizontes de azul. Bajo el cerco de montañas, donde antes el lago paseaba impávido su gracia y su esplendor, había aflorado un amplio valle, punteado por lagunas y riachuelos que se desbocaban cantando hasta perderse en la oscuridad de los grandes socavones por el sur.

¡Hacía ya tanto tiempo que de las cercanías habían desaparecido aquellos hombres de negro tupé, los hijos de K'an y de K'uk! Los nietos de sus nietos se habían desperdigado en las planadas, bajo los grandes árboles de hojas anchas y oscuras. En su corazón, como en eco de tiempos remotos, aún bullía el recuerdo aterrizado de aquel lugar de encanto y de magia donde una vez la tierra se había tragado un lago de agua azul.

Bajo la antigua línea del agua, la grama había pintado un fondo verde tibio sobre el que resaltaba el oscuro de los tules junto a los pantanos y junto a las lagunas. Muchos, muchos siglos después otros ojos espiarían desde las alturas y, contagiados del embrujo de su color, susurrarían su nombre entre arrullos de céfiro:

—¡Jovel! ¡Jovel! ¡Jovel!³⁰

Pero se quedarían trepados en los riscos, esperando. ¿Que alguien talvez rompiera el encanto del tular?³¹

30 *Jovel*: durante la época prehispánica, la comarca que abarcaba el actual «valle de San Cristóbal» (Chiapas) se denominaba Jovel; los mexicas después la llamaron Hueyzacatlán (Junto al zacate grande en náhuatl).

31 *Tular*: lugar de tules o esparto.

YAX³²

Había entrado ya la noche de Ajau, el último día del cuarto mes, cuyo tiempo cargaba en sus espaldas el dios Zotz.³³ En las cercanías de la explanada frente a la gran pirámide, todavía se escuchaban voces de personas que se habían retrasado en recoger sus cosas, y ahora se apresuraban nerviosas, pues no tardaría en sonar la señal del gran silencio, del nuevo gran silencio que el Jalach Uinik³⁴ había impuesto para honrar a los nuevos dioses, aquellos que habían llegado del Poniente, bebedores de sangre. Si alguien fuera sorprendido merodeando fuera de su casa después de la señal, sería prendido de inmediato y guardado en los estrechos aposentos del laberinto, y su corazón ofrecido al amanecer en el plato que sostenía sobre su vientre, recostado y con sonrisa maligna Chac Mool,³⁵ el dios recién llegado.

De pie, en la plataforma sobre la que se levantaba su casa de alto techo de palma, velaba Ah³⁶ Zotz Uinik, el sacerdote de Zotz y jefe de los zotzil uinik, los servidores de Zotz; su mirada estaba fija sobre el marco que se dibujaba entre la blanca escalinata de la gran pirámide y los muros de la plaza de juegos. Más allá susurraban adormiladas las aguas del gran río que rodeaba casi por todos lados la verde ciudad de Yax. ¡Ay, mi ciudad de Yax! ¡Cómo te habré de recordar! Mi abuelo me enseñó a lavar mi cuerpo y refregarlo con ch'upak³⁷ antes de subir las gradas de tu templo mayor cargando el pom, la resina de olor que él quemaba al despuntar el día, para que su aroma llegara en bocanadas de humo hasta el asiento de Itzamná—Jurakán.³⁸ Mi padre me obligó a correr por tus bosques y amacizar mis huesos para que un día, entre los aplausos y la gritería de toda la gente pudiera triunfar en el juego de pelota, azezando de gozo mi corazón. ¡Ay, mi ciudad, mi gran ciudad de Yax!

Ah Zotz Uinik se hallaba entonces en la plenitud de sus facultades; su cuerpo era delgado y fuerte; en su mente ágil y observadora guardaba las enseñanzas de su padre y de su abuelo y los secretos propios de la familia de los zotzil uinik, que él sabía pintar en tiras de papel a través de símbolos sagrados, que solamente a su hijo mayor le correspondería aprender a descifrar y dibujar.

Contra el tupido fondo de la selva que se extendía más allá de su casa se destacaba apenas la figura de Ah Zotz: en la silueta de su rostro sobresalía la nariz haciendo una línea continua con la frente que se le deslizaba suavemente hacia atrás, desde aquellos lejanos días en que su madre se la había prensado

32 *Yax*: verde. Aquí, la novela señala la actual Yaxchilán.

33 *Zotz*: es el murciélago, patrono del cuarto mes del año maya o uinal.

34 *Jalak Uinich*: «hombre verdadero», entre los mayas, gobernante y sumo sacerdote, ningún hombre podía hablarle cara a cara, tenía que sostener un paño delante del rostro.

35 *Chac Mool*: dios del agua, de la lluvia.

36 *Ah*: antepuesta a los linajes, denota a los hombres del linaje.

37 *Ch'upak*: (origen nahuatl: amol/amolillo): planta cuya raíz se utiliza para lavar el cuerpo; produce una espuma olorosa.

38 *Itzamná*: suprema deidad maya; dios principal. *Jurakán*: corazón del cielo.

entre tablillas para lograr este rasgo de suprema belleza varonil. Sobre la cabeza, Ah Zotz había colocado para esa noche el penacho ceremonial de su padre, terminado en las curvas puntas de las plumas de kukul,³⁹ el bello pájaro de larga cola verde; a la cintura se había atado con bejucos recién cortados, su más nuevo b'ex⁴⁰ de algodón; sus pies estaban protegidos por sandalias hechas con el cuero de tsemén, el tapir, en la suela, y de fina piel cortada a media noche de chij, el venado en el medio caño que le cubría los tobillos hasta media pantorrilla; sobre los hombros se había echado su hermosa capa blanca de algodón, que en el frente lucía, en gruesos trazos de ocre, el emblema de Yax, flanqueado por el símbolo de Zotz, el murciélago, Señor del cuarto mes. En su mano temblorosa, comida de ansiedad, Ah Zotz apretaba la concha que había pasado de padre a hijo por incontables generaciones, y con cuyo hueco y misterioso ululato se anunciaba por todos los vericuetos de la selva la llegada de Zotz en la alborada de Imix, su primer día, y su partida al asomar U, la luna, en la noche de Ajau.

Mientras el alma de Ah Zotz se desdoblaba en danzas frente al templo, y en escenas de caza por la selva, y en cansadas sesiones de aprendizaje con su abuelo, que le mostraba cuánto tardaba cada astro en surcar los caminos del cielo, sus ojos, bizcos a la fuerza, se amarraban con furia a la recta línea de árboles gigantescos que mecían pesadamente sus copas al otro lado del río. De pronto sucedió: en un fragor de luz tenue, tibia y amarillenta, U, la luna de Ajau, rompió la magia de la oscuridad. Sin perder un instante, Ah Zotz alzó con sus dos manos la concha, se la llevó a los labios echando hacia atrás la cabeza, y sopló, sopló con toda la tristeza de la despedida, y esperó, soplando lúgubrementemente, hasta que U, apiadada de sus recuerdos, se metió entre los pliegues de una nube.

Ah Zotz entró a su casa quitándose y doblando cuidadosamente su capa y sus sandalias, que guardó en la red de majagua que tenía reclinada sobre la pared de jules.⁴¹ En un rincón, echados sobre esteras de palma, fingían dormir Ix⁴² Kumil, su mujer, K'ok, su hijo, y la bellísima Ix–Mukuy, su hija.

—Es hora, dijo Ah Zotz en un leve silbido que se confundió con la charla de la fronda con el viento.

Se pusieron en pie todos, con movimientos felinos, y cada cual se echó a la espalda la red que tenía preparada con sus pertenencias más apreciadas.

—¿U, la luna?, inquirió temerosa Ix Kumil.

—Está en una nube grande, aseguró Ah Zotz, guardando en su red como último recuerdo la concha ceremonial.

Pegando el cuerpo a las paredes, salieron y bajaron de la plataforma de tierra, para luego enderezar por un sendero rumbo a la orilla del río. Momentos después llegaban cerca de la Gran Casa, rodeada de corrales, la casa

39 *Kukul*: colibrí.

40 *B'ex*: taparrabo de algodón.

41 *Jules*: varas con que se construían las paredes.

42 *Ix*: antepuesta a los linajes denota a las mujeres.

de Ah Kukul Balam, pájaro jaguar, el temido Jalach Uinik de Yax. Con un salto del corazón se dieron cuenta de que los guardias, parados frente a una fogata de gruesos troncos, escrutaban en esos momentos con sus ojos bizcos las sombras que apenas proyectaban las Piedras del Recuerdo. Los fugitivos se detuvieron en seco.

—Ah Kukul Balam tiene miedo, comentó casi en señas Ah Zotz.

—No más que yo, respondió temblando Ix Kumil.

Casi a sus espaldas se levantaban los imponentes monolitos calcáreos, sobre cuya superficie afinada con planas de piedra Ah Kukul Balam había mandado esculpir su nombre y el número de baktunes,⁴³ katunes⁴⁴ y aun de uinales⁴⁵ que habían pasado desde el principio hasta el momento en que había comenzado a gobernar sobre la gente de Yax.

Paso a paso, temerosos de que la luna abandonara su escondite, se fueron alejando de la plaza y de las casas principales, adentrándose en la selva, hacia los aislados claros donde los caseríos de los servidores confundían sus techos con las copas de los amatales. A una señal de Ah Zotz se detuvieron frente a un paraje de unas doce chozas. Cuando dejó de atormentarlos el latido acelerado de su corazón, pudieron escuchar el silencio de la selva convertido en cacofónica sinfonía de graznidos, ululatos, rechinar de insectos y llamadas de amor, al ritmo cadencioso del aullar de max, el mono, con el bajo continuo del murmullo invariable y eterno del gran río. Ah Zotz dejó en el suelo su red, cortó la punta de una enorme hoja que se mecía junto a la vereda, se la llevó a la boca mordiéndole una levísima ranura; entonces sopló, sopló con toda su alma; el sonido que se produjo era el cantar de Zotz, el murciélago, al abandonar su cueva en mitad de la noche. Como por ensalmo, de las chozas comenzaron a brotar las sombras de los zotzil uinik, encorvados bajo el peso de sus redes y seguidos de sus mujeres y sus hijos. Cuando todos estuvieron en la pequeña explanada del claro junto al sendero, Ah Zotz indicó en voz baja:

—Yo adelante. ¡Sin camino!

La selva, entonces, ávida y generosa, abrió sus entrañas verdes y húmedas y los acogió gozosa, escondiéndolos en la munificencia de sus sombras milenarias. En ese momento salió la luna de su escondite de nubes. Era una luna de cara redonda y alegre que vanidosamente se retrató en cada una de las olas del gran río. Su luz tierna y delicada flotó como un cendal sobre la espesura, mas no pudo alcanzar el secreto de esos hombres que oprimían angustiados los latidos de su corazón que añoraría por siempre la plaza junto al río, sobre la que miraba antaño solemne y lleno de sabiduría el rostro amado de Itzamná—Jurakán.

* * *

43 *Baktun*: unidad temporal equivalente a 20 katunes = 144.000 días.

44 *Katun*: unidad temporal equivalente a 20 tunes = 7.200 días.

45 *Uinal*: unidad temporal equivalente a 20 kines = 20 días

Amanecía en Yax.

Al aparecer en el horizonte sobre el río el primer rayo de luz, Ah Chul–tun, el joven sacerdote, había sonado la ocarina de barro con que todos los años se anunciaba la llegada de Imix, el primer día de Zek, el mes de quien él era servidor, al igual que su gente. Pero este Imix era una fecha especial: Ah Kukul Balam, el Jalach Uinik, lo había escogido para ofrendar al nuevo dios Chac Mool la víctima perfecta: sobre el plato de su vientre él mismo colocaría hoy, al remontar el sol la curva del gran río, el corazón todavía palpitante de Ix–Mukuy.

Entre cantos de palomas y entre aullidos de monos, amanecía en Yax.

En la Gran Casa de Ah Kukul Balam, los ah kines mayores se afanaban revistiendo al gran señor con las insignias de su poder y de sus privilegios. Después de lavarlo entre cánticos sagrados con agua virgen traída desde un manantial, Ah Puch, el ah kin guardián del templo mayor, le ciñó el b'ex de algodón con un cinto de piel sobre el que los escribas habían pintado en símbolo la cabeza de balam, el jaguar. Ah Chenek, el ah kin guardián de los libros sagrados, le puso sobre las espaldas la gran capa de piel suave y flexible, sobre la cual le colgó al frente el collar de piedras verdes, señal de su riqueza. Entonces, en medio del solemne redoblar de los tambores, Ah T'ul, el ah kin de Chac Mool, le coronó la cabeza con el gigantesco penacho que las vírgenes del dios le habían bordado con plumas escogidas de aves nunca apareadas y que le habían acabado con las largas plumas de kukul, el pájaro sagrado. Así vestido, Ah Kukul Balam se sentó en un sitial de piedra forrado con gruesas capas de tela de algodón cubiertas por la moteada piel de balam, el jaguar. Corrieron entonces los ah kines menores a lavarle nuevamente los pies para que, en seguida, llegara el viejo ah kin de Itzamná–Jurakán y se prosternara en su presencia, sobre el piso de tierra alfombrado con pop.⁴⁶ Cuando el viejo sacerdote inclinó su cabeza, reprimiendo una lágrima triste y desesperanzada, el Jalach Uinik le puso encima los pies, que los otros ah kines se apresuraron a calzar.

Mientras tanto, rompiendo el sol los jades de la selva, amanecía en Yax.

Por las avenidas y por las veredas que desembocaban en la plaza, se escuchaban apenas los pasos amortiguados por la hierba, con que toda la gente convergía en silencio a tomar su lugar frente a las gradas, engalanadas con flores y follaje para la gran ceremonia que habría de culminar al medio día. El río rodeaba a Yax casi por todos lados en un abrazo de murmullos y canciones con que, después de la gran curva, se iba buscando al mar. Por todas sus orillas, los señores de Yax habían erigido monumentos de piedra celebrando la vida, esa vida que empezaba al acabar y volvía siempre en eternos círculos de amor o de horror, al amparo de Pop y de Uo y de Zip y de Zak y de Kayab, y aun del propio Uayeb, en quien no se podía confiar. De todas esas orillas iban llegando las gentes cargando sus ofrendas, como si fuera aún el

46 *Pop*: petate, estera.

tiempo de antes, el tiempo de Itzamná—Jurakán, en que llevaban una estera, o un pavo, o una red con mazorcas de maíz o, talvez, una flor.

Entonces, en una explosión de oro sobre jade, acabó en un momento de amanecer en Yax.

Sonaron las largas trompetas de madera en lo alto de la gran pirámide. Se callaron los tambores y las ocarinas y aun los cánticos en la casa de Ah Kukul Balam. Ah T'ul se acercó, inclinada la cabeza y cerrados los bizcos ojos, y puso en la mano derecha del Jalach Uinik el ak'té, el bastón de mando con que presidía todas las ceremonias de la guerra o la paz. Uno a uno, sin decir palabra, los ah kines salieron de la casa y encontraron la vereda entre árboles que conducía a la plaza. Allí, casi mojando sus pies en el oleaje del río, se detuvieron. Frente a ellos se alzaban los siete cuerpos de la gran pirámide, que, enfrentada a los rayos del sol naciente, lucía todo el esplendor de su blanco graderío flanqueado por estrías de brillante color rojo; sobre el respaldo de los peldaños parecían jugar las misteriosas inscripciones que los padres y los abuelos de Ah Kukul Balam habían ido mandando grabar en estilizados símbolos de estuco pintados de verde sobre el fondo blanco.

La gente, sin embargo, no tenía ojos sino para aquel esbelto templo de piedra que se levantaba airoso en lo alto, contrastando el azul de sus paredes contra los abigarrados colores de sus mascarones y su crestería; pero sobre todo, la gente contemplaba, en éxtasis de horror, la torva mirada de aquel nuevo dios que, recostado bajo el dintel de la entrada principal, parecía señalar a cada uno con el guiño de sus ojos de piedra y con la incierta frialdad de su irónica sonrisa, que los vendavales del tiempo habrían pronto de borrar de todos los templos a lo largo del gran río.

Los ah kines, precedidos por Ah T'ul,⁴⁷ avanzaron en silencio y con desesperante lentitud comenzaron a subir la escalinata. Al terminar cada cuerpo se volvían hacia el sol y hacían una profunda reverencia, que la gente que llenaba la explanada repetía como en eco sin sonido. Cuando llegaron al sexto cuerpo, todos los ah kines se detuvieron y solamente Ah T'ul avanzó siete gradas; entonces él también se detuvo, extrajo de la envoltura de su b'ax una puntiaguda espina, la levantó como presentándola a Chac Mool, y luego se la clavó en su lengua, sin hacer un gesto. El viento matinal, cálido y húmedo, se coló presuroso entre los agujeros de la crestería y se volvió rumor de tierras lejanas y remotos cantares.

—¡Tuya es la vida, Ajau Chac Mool!, musitó en sus adentros sin emitir un sonido Ah T'ul.

El ah kin se arrancó la espina de la lengua y de su boca saltó un chorro de sangre que él dejó correr, mirando tercamente hacia Chac Mool. Cuando sintió que ya nada salía y que no había sido agraciado con ninguna visión, alzó los brazos por encima de su penacho y cayó de rodillas sobre una grada. En ese momento, de una entrada lateral del templo salieron dos jóvenes vestidas

47 Ah T'ul: hombre del linaje del conejo.

de blancas túnicas de algodón; bajaron lentamente a donde estaba postrado Ah T'ul y le derramaron en las manos agua virgen, de la que llevaban en un gran tocomate que nunca se había usado para otro fin. Luego le permitieron secarse en las orlas de sus túnicas y, en seguida de hacer una reverencia al sol y al pueblo, volvieron lentamente a su lugar. Al entrar ellas por su lado al templo, salió del otro un grupo de jóvenes llevando en sus manos una hermosa túnica, un penacho de plumas blancas, un par de sandalias de piel de conejo y un nuevo tocomate lleno de agua pura, sacada esa mañana del limpio manantial junto a la roca. Ah T'ul descendió adonde los ah kines esperaban, para hacer valla con ellos y permitir el paso de las jóvenes: primero la que portaba el agua con que bañarían a la víctima principal del sacrificio; en seguida las otras, portadoras de los atuendos con que habrían de vestirla y adornarla. Bajaron todos paso a paso; al llegar a la altura del primer cuerpo, los ah kines se detuvieron, se tomaron de las manos, y pensando al mismo tiempo en la única palabra que se les permitía pronunciar antes del medio día, llenando de aire sus pulmones exclamaron:

—¡Ix–Mukuy!

El nombre saltó de corazón en corazón entre la gente. Entonces comprendieron por qué Ah Zotz no se encontraba allí, como tantas otras veces, siempre dispuesto a terminar el día disputando en la agonía de un juego de pelota en honor de Itzamná–Jurakán. Pero mientras estas reflexiones pasaban por la mente de muchos, se había formado ya la procesión que, encabezada por los ah kines y las vírgenes del templo, había de dirigirse a la casa de Ix–Mukuy.

Era Ix–Mukuy, la tortolita, la hija de Ah Zotz, la muchacha más dulce y más querida del clan de los zotzil uinik, y la más hermosa de la ciudad de Yax y su región. En sus ojos redondos de cervatilla espantada se reflejaba el susto maravillado que le causaban los gemidos del bosque o los cantos del río o las risas de un niño. Cuando llegaba a la plaza caminando a pasos cortos, como si imitara el trote de las codornices, tras de su padre y su madre, llevaba por delante, bailando al ritmo de sus pechos, un par de trenzas negras que se mecían suavemente sobre el leve danzar de su huipil.

—¡Ix–Mukuy!, exclamaron los ah kines al llegar a la plataforma de tierra apisonada sobre la que se levantaba la casa de Ah Zotz.

Pero la estera de palma que cubría el agujero de la entrada no se movió. Entre tanto el sol iba acercándose a la mirad de su carrera por encima de la gran curva del río.

—¡Ix–Mukuy!, volvió a exclamar, ya solo, Ah T'ul.

Entre los jules de la casa no se movió ni una sombra.

—¡Ix–Mukuy!, gritaron entonces todos los ah kines, ya presa del terror.

Desesperado, Ah T'ul subió a la plataforma y, rasgando de un tirón el pop que cubría la entrada, se metió a la casa y vio que no sólo estaba vacía sino que

hasta el fuego estaba apagado. Salió con la cara descompuesta por el horror y, haciendo una señal, obligó a sus compañeros a que lo siguieran por el sendero que conducía al paraje de los zotzil uinik. Al llegar, cada cual se metió a una casa diferente, para darse cuenta de inmediato de que nadie del clan se hallaba en Yax.

Sin pensar ni deliberar, los ah kines volvieron apresurados a la Gran Casa de Ah Kukul Balam. El viejo ah kin de Itzamná—Jurakán se encontraba todavía prosternado a los pies del Jalach Uinik, y fue el primero en presentir que algo extraordinario había sucedido y sintió como si la risa de una pequeña cascada le inundara el alma. Como nadie podía hablar, Ah Chenek, el escriba, tomó un pedazo de papel, le dibujó con presteza en unos cuantos rasgos el símbolo de Zotz y luego, rompiéndolo con sus dos manos, lo arrojó por todos los rincones de la habitación. Ah Kukul Balam, acostumbrado a interpretar símbolos y señales, comprendió el significado de aquella acción; se levantó de su sitio y se dirigió a la plaza en momentos en que el sol se acercaba a la mitad del cielo. La cara del Jalach Uinik irradiaba furia y miedo. Mas, controlando sus sentimientos, ascendió las primeras gradas y desde allí, dirigiendo la mirada a un grupo de mujeres principales, sus ojos se encontraron con los de Ix—Pech, la patita, la hija del ah kin Ah T'ul. Sin dudar un momento, Ah Kukul Balam levantó el ak'té, su bastón de mando y, señalando a la joven exclamó, con la voz enronquecida por la emoción:

—¡Ix—Pech!

—¡Ix—Pech!, corearon los ah kines aliviados.

La joven sintió que las piernas se le aflojaban y que caía en un abismo, y se fue de bruces, desmayada. Corrieron los ah kines a levantarla con respeto, pues ya era persona consagrada, y se la llevaron al arranque de la escalinata, donde el Jalach Uinik esperaba, rodeado por las vírgenes del templo. Sin pérdida de tiempo, el mismo Ah Kukul Balam derramó sobre ella el agua pura del tocomate sagrado, y las jóvenes procedieron a encimarle la túnica y las sandalias. Cuatro ah kines la subieron de prisa al nivel del primer cuerpo de la pirámide. Revestido de sus poderes de rey y sacerdote, Ah Kukul Balam le hundió en el pecho el cuchillo de pedernal; rápidamente y con suma destreza le arrancó el corazón y, levantándolo sobre su cabeza, nuevamente exclamó:

—¡Ix—Pech!

—¡Ix—Pech!, coreó la multitud.

Entonces el Jalach Uinik le entregó ese corazón a Ah T'ul, el ah kin de Chac Mool, quien subió a toda velocidad las gradas de la majestuosa escalinata y, arrodillándose ante la imagen del dios, se lo depositó en el plato que sostenía sobre el vientre. En ese momento el sol llegó al centro y sus rayos cayeron sobre el último impulso del corazón de Ix—Pech. El alma de Ah T'ul se cubrió de una terrible sensación de desesperanza y vacío. Alzó los brazos y, al volverse hacia la plaza, vio cómo la multitud de sus amigos estallaba en

TERCERA PARTE

GENTE DEL VALLE

DON DIEGO ⁹⁰

Decidieron acampar esa noche en un claro que había al amparo de unas grandes ceibas. Más allá se levantaban las ramas de los amates, junto a los cuales ordenó el capitán que se situaran los flecheros tlaxcaltecas que lo habían acompañado. El campo entero estaría flanqueado por todos lados por lo guerreros mexicas que su primo, el tesorero y gobernador interino de la Nueva España, le había comisionado para esta empresa.

—¿Quién de vosotros vino a la conquista con don Luis Marín?, preguntó don Diego.

—Yo, señor capitán, respondió prontamente Francisco de Lintorne.

—¿Solamente vos?

—No, señor, nos acompañó también el alférez don Pedro Moreno, y él sabe los nombres de los demás que estuvieron con nosotros en esa jornada.

—Notificada a don Pedro que deberá estar en mi cabaña esta noche luego que se hayan establecido las velas. Que se haga acompañar de todos los hombres que hayan venido en la campaña de don Luis.

—Así lo haré, señor capitán, replicó el de Lintorne y se retiró para buscar a su viejo amigo y compañero, don Pedro Moreno.

Entre el ramaje de la arboleda y por encima de la jungla se escuchaba murmurar mansamente la pesada corriente de aquel gran río⁹¹ que por tantas leguas habían tenido que seguir. Se quedó pensativo el capitán y luego, como siguiendo una voz lejana que le brotara del interior, se echó a caminar rumbo a la orilla. Poco a poco, a las aguas de este río se le fueron encimando las de aquel otro, viejo, lejano y cansado río de sus antepasados. ¡Guadiana!

90 *Diego de Mazariegos*: formó parte de la tercera expedición que logró conquistar el territorio de Chiapas. Siguió la misma trayectoria que Luis Marín (primera expedición): en la margen del río Grande, muy cerca del lugar conocido como el Sumidero, erigieron la ciudad de Soctón o Nandalumi que hoy se conoce como Chiapa de Corzo. Luego el pueblo de Tepuzuntla (Tabasco), Quechula, Tecpatán, Ixtapa, Quechula, Osumalapa (hoy San Fernando de las Ánimas), Tamazolapa (ahora Don Ventura) hasta llegar al pueblo zoque llamado Tochtla (hoy Tuxtla Gutiérrez).

91 *Río Grande de Chiapa o Grijalva*: se forma en la depresión central de Chiapas; corre en dirección sureste-noroeste, llegando al Estado de Tabasco.

¡Cuántas veces tuve que atravesar tus aguas bravas! Nunca he podido olvidar tu paso lento por mis grandes llanuras. ¿Por qué ahora corres entre estos muros de montaña? ¿Por qué son ahora tan verdes tus orillas y tan roncacas tus canciones? Pero ya han pasado los días en Zamora y mis andanzas con la Santa Hermandad y te veo, amigo, como si fueras solamente un cruel desconocido, dispuesto a arrastrarme en tu caudal. ¡Padre! ¡Tiéndeme la mano, que voy a la tierra que un día tus nietos deberán heredar!

Una rama se dobló y a su crujido el capitán se volvió rapidísimo llevándose la mano al pomo de la espada, pero entre la fronda solamente se asomaron los ojos vivarachos de Pedro Moreno, quien se le acercó decidido y le preguntó:

—¿Me habéis llamado, señor capitán?

—¿Sois don Pedro Moreno?

—El mismo, señor.

—No os esperaba hasta la noche.

—Tal vez quiera su merced escuchar algo que no es para los oídos de todos los soldados.

—¿Tenéis algo especial que decirme?

—Sí, señor. Que los indios de esta tierra son los más bravos y feroces que yo haya jamás encontrado, y he estado, señor, en las más recias jornadas de estos reinos.

—¿Estuvisteis en las Hibueras?⁹²

—Sí, señor, con don Hernando, como estuvisteis también vos.

—¿Y aun así...

—Aun así, señor, pienso que aquí nos encontraremos con una guerra muy difícil, y que seremos muy afortunados si salvamos la piel.

—Pues de esto nada se dirá esta noche a mis soldados. ¿Cómo es que no recuerdo vuestro rostro?

—Era entonces más joven; además, era soldado de a pie.

—¿Sois de los Moreno de Ciudad Real?

—Don Gil Moreno fue mi padre, señor capitán.

—Debes saber que entre tu familia y la mía hubo siempre una grande amistad, comentó don Diego, cambiando de tono. Olvida esta locura de «vos» y «vuestro» y háblame como se hablan los amigos.

—Pero sois mi capitán.

—Tienes razón. ¡Quién sabe cómo terminaremos hablando en estas tierras!

—Como locos, don Diego, como locos tal vez. Entre las lenguas de los indios y nuestras lenguas de España, menudo embrollo el que nos enredará.

Se dieron la mano sin pensarlo, como si fuera un pacto de amistad, y luego se metieron en la espesura para volver al campamento, en cuyo centro ardía ya una alegre fogata; junto a ella habían acomodado un tronco para que sir-

92 *Las Hibueras (Honduras)*: en este lugar en 1524, el capitán Cristóbal de Olid se sublevó contra Hernán Cortés. Sobre su expedición de pacificación a las Hibueras, Cortés habló en la quinta carta de relación (3 de septiembre de 1526).

viera de asiento al capitán don Diego de Mazariegos, teniente de gobernador de la provincia de Chiapa, según el documento que en su mano había puesto en Tenochtitlan el Capián General y Gobernador de la Nueva España don Alonso de Estrada y que don Diego llevaba siempre consigo como un tesoro singular. El capitán se dirigió a los seis soldados que lo rodeaban junto a aquella hoguera y les habló así:

—Os he reunido aquí antes de seguir en nuestra derrota, porque sólo vosotros podéis darme consejo en cuanto a lo que debemos hacer y cómo debemos proceder. Y lo primero es, si debemos seguir por esta margen del río.

Inmediatamente se levantó Antonio de Truxillo para responderle al capitán, como soldado acostumbrado a decir las cosas directamente:

—No hay más caminos por acá, señor. Y aun éste no es otra cosa que una senda de señas que van siguiendo nuestros guías, por el conocimiento que de estas tierras tienen. Por aquí llegaremos a un poblezuelo que los indios llaman Ixtapa,⁹³ ya muy cerca de Nandalumí,⁹⁴ la capital de esta provincia de Chiapa.

—¿Y si nosotros abrimos otro camino?

—Por todas partes es lo mismo, señor, apuntó Francisco de Lintorne: grandes y espesas selvas, donde, si no nos comen los moscos de día, nos chupan la sangre de noche los murciélagos, o nos abaten sin que las podamos ver las flechas envenenadas de los indios.

—¿Y si construimos balsas para avanzar río arriba?, preguntó sin mucho convencimiento el capitán.

—Para cuando terminemos se nos habrá acabado el bastimento, si no han terminado con nosotros primero los indios, respondió el alférez don Pedro Moreno.

—Llamad entonces a don Francisco Ortés de Velasco y al capitán don Baltasar Guerra, terminó el capitán.

Se levantó presuroso don Juan Martínez, y mientras él buscaba a don Francisco, se hizo entre los soldados que contemplaban las llamaradas de la hoguera con el ceño fruncido, un silencio tenso, interrumpido solamente por el crescendo monótono de las chicharras en la selva.

Llegó don Francisco, alto y barbado, acompañado de aquel otro soldado que tanta importancia tendría en la campaña de esos días, Baltasar Guerra, el viejo amigo de don Diego.

—Don Francisco, dijo el capitán: antes del alba veréis que se organice nuestro ejército de forma que vayan en la delantera los mexicanos seguidos de media caballería; luego irán todos nuestros infantes; tras ellos el resto de la caballería, y en la zaga, los flecheros de Tlaxcala. Baltasar, a vos confío toda la caballería y la dirección de la artillería. Al amanecer estaremos ya en

93 *Ixtapa*: (del náhuatl *istatl*, sal; *atl*, agua, y *pan*, lugar), «Lugar del agua salada». Ixtapa o Istapa pueblo de ascendencia *tzotzil*, que existía ya en los tiempos prehispánicos; sus habitantes se dedicaban a la explotación de las salinas. En los llanos del valle que ocupa, se libró la primera batalla de los conquistadores españoles (1524), al mando de Luis Marín, contra los Chiapanecas.

94 *Nandalumí*: Hoy Chiapa de Corzo.

marcha, y trataremos de llegar hoy mismo, aun cuando sea tarde, al pueblo de Ixtapa, en esta margen del río.

—¿Y el bastimento, señor capitán?

—Lo transportarán los mismos tlamemes⁹⁵ que han venido con nosotros desde Guazacualco.⁹⁶

Pero esta vez no se encontrarían con los chiapa en Ixtapa sino en Usamalapa.⁹⁷ Cuando llegaron al pueblo, vieron cómo había sido abandonado por sus habitantes, y cómo era imposible encontrar allí vituallas para reponer las que habían consumido, pues por todas partes había señales de la violencia con que todo había sido sacado o quemado. Pero estaban allí todavía suficientes casas en pie, y el capitán ordenó que se las aprovechara para acampar, teniendo en cuenta el mismo orden de todos sus campamentos, rodeados por columnas defensivas de indios amigos.

Establecido y organizado el campamento, dio orden don Diego de que sus subalternos inmediatos se reunieran con él. Treparon a una colina en las afueras del pueblo y desde allí divisaron lo que les aguardaba para el día siguiente: junto al gran río, rodeada de parapetos, se alzaba Nandalumí, la reina de los llanos; por un lado la protegían las violentas aguas del gran río que llamaban ellos Mezcalapa, y por el otro lado se elevaban bruscas serranías muy difíciles de tomar.

—Don Francisco, dijo el capitán, después de considerar maduramente la situación: os encargaréis de atacar el flanco del río al frente de los mexicanos. Trataréis de penetrar por esos parapetos, que atacará Baltasar con veinte de a caballo. Ved que los mexicanos se apoderen de las canoas. Don Cristóbal de Morales, aguardad por la parte alta, para perseguir a los que traten de escapar hacia la montaña; iréis al mando del resto de la caballería. Los infantes, la artillería y los flecheros irán conmigo al ataque de la albarrada del centro. ¡Estad todos atentos a mis órdenes durante la batalla!

Se retiraron a reposar. Mas la noche no les trajo el descanso que buscaban, pues cada poco pasaban por la parte del río las veloces canoas de los chiapa,⁹⁸ quienes les lanzaban insultos y grandes griterías; y cuando ellos no lo hacían, les zumbaban en los oídos los inseparables zancudos, que no hacían más que aumentar el tormento del calor y la humedad de la región.

Por inteligente que hubiera parecido la estrategia planeada por don Diego, parecía que no habría de servir para nada, pues antes de amanecer ya tenían a los chiapa sobre ellos, en vez de que los mexicanos con don Francisco iniciaran el ataque. Viendo lo que sucedía, se lanzó Baltasar Guerra con sus jinetes en desenfrenada carrera, sin que nadie pudiera detenerlo. Pronto llegó

95 *Tlameme*: cargador humano que llevaba de un lado a otro diversos tipos de mercaderías.

96 *Guazacualco*: actual Coatzacoalcos en Veracruz.

97 *Usamalapa*: población ubicada a orillas del río Sabinal, dentro del valle formado por los cerros Mactumactzá y Huitepec.

98 *Chiapa o Chiapas* (Conocidos también como los Chiapanecas o Soctones): ocupaban la depresión central, en la margen del río Grande, muy cerca del lugar conocido como el Sumidero, donde erigieron la ciudad de Soctón o Nandalumi.

a las fortificaciones que los chiapa habían levantado para engañar a sus enemigos con respecto a la ubicación de Nandalumí, su verdadera ciudad al otro lado del río. Pero allí se detuvo a esperar el primer escuadrón de mexicanos y a don Diego, que se había rehecho y venía persiguiendo a sus atacantes en dirección a los fortines defendidos con grandes troncos. Mas la suerte no estaba con los chiapa ese día, y para cuando el sol llegó a su apogeo, los artilleros de don Diego ya habían abierto enormes agujeros en los parapetos, por donde se escurrían sin dificultad los castellanos, tlaxcaltecas y mexicanos, desbaratando cuanta resistencia se les oponía.

Entonces realizaron los chiapa una maniobra que parecía desesperada: En un momento y a una señal, desconocida para los castellanos, todos corrieron en cerrada columna rumbo a la montaña. En cuanto se dieron cuenta del movimiento, los españoles se lanzaron tras ellos; pero ya era tarde: Los chiapa se habían atrincherado junto a las altas rocas que previamente habían rodeado de fuertes albarradas construidas con troncos, y desde allí les arrojaban andanadas de piedra, flechas y jules tostados, durísimos, que estaban ocasionando bajas considerables a los atacantes.

Al ir cayendo la tarde y ante el fracaso de todos sus esfuerzos, llamó el capitán don Diego a todos sus subalternos para celebrar consejo de guerra.

—¿Qué os parece si suspendemos el ataque y establecemos un asedio de este peñol?, preguntó.

—Con vuestra licencia, señor capitán, insinuó don Francisco Ortés de Velasco, creo que éste es el peñol más fuerte que me haya tocado asaltar, y pienso que no debemos dejarlo un momento desatendido. Me permito proponer que los mexicanos continúen a mi mando frente a las albarradas y que allí encendamos grandes hogueras para iluminar todo el campo durante la noche hasta que en la mañana podamos entender en lo que hay que hacer en lo demás.

—Yo, señor capitán, interpuso Baltasar Guerra, propongo que en la segunda línea nos quedemos los de a caballo junto con los flecheros tlascaltecas, listos para defender a don Francisco en caso de necesidad.

—Si me lo permitís, quisiera acercar nuestros cañones a buena distancia del peñol, a fin de que al clarear el alba ya estén colocados en posición de ofender, propuso don Francisco de Lintorne.

—Así será, asintió a todo don Diego, y estaban ya a punto de retirarse para cumplir cada quien con su cometido, cuando se escuchó, un tanto indecisa, la voz de don Cristóbal de Morales que proponía:

—Yo, señor capitán, si no lo tomáis a mal, quisiera escoger a cinco caballeros de Ciudad Real para ir a buscar alguna entrada oculta de esas peñas, y ver si podemos atacar por otra parte.

—¿No eres tú de los Morales de la tejería?

—Sí, que lo soy, señor, y a mucha honra.

—Estoy seguro, le repuso el capitán con una sonrisa en el rostro, que si hay otra entrada, la encontrará uno de tu casa. ¡Anda, Cristóbal, y en el nombre de tu padre don Juan, toma este peñol por donde puedas!

El último rayo del sol se ocultó tímidamente tras las alturas de Tepetchia. Dentro del último bastión de los chiapa, que no habían nunca cedido ante los ataques de los mexicas ni se habían dejado cautivar por ningún enemigo, se llevaban a cabo los preparativos para hacer de ésta su defensa más valiente. Ya no les espantaban los disparos atronadores de los cañones, ni creían en la invencible rapidez de los caballos, ni les causaba miedo el filo mortal de las espadas. El padre sol habría de encontrarlos firmes y decididos al día siguiente, para enfrentarse a su destino sin mover las pestañas.

Por la madrugada, Francisco de Lintorne empezó a disparar sus cañones; pero como por obra de magia, cada boquete que se abría en el parapeto, se cerraba de inmediato con enormes troncos que los chiapa habían amontonado desde antes en el interior, y no había manera de avanzar un paso. Los mexicanos caían atravesados por los dardos envenenados que les arrojaban desde las alturas, y los castellanos tenían que cubrirse constantemente con sus escudos para no caer muertos ante el vibrante empuje de aquella raza que parecía revolverse en sus últimos estertores. De repente, de uno de los boquetes abiertos por los cañones salió en medio de envalentonada gritería un batallón de chiapas, que se arrojó con tal violencia sobre los atacantes, que los mexicanos tuvieron que replegarse, sin darse cuenta de que dejaban rodeado de enemigos a don Francisco de Velasco. Se detuvieron en su carrera, y les hicieron frente a los chiapa; mas ya don Francisco había caído con una herida en la cabeza, y se lo llevaban al peñol para ofrecerlo como víctima a sus dioses.

—¡A ellos! ¡A ellos!, gritó desesperado don Diego.

Luis Gaspar Mazatl, el jefe del destacamento mexicano, se lanzó entonces con tal bravura y ánimo, que abrió un camino entre los chiapa, y junto con otros aztecas que lo acompañaban, llegó al lugar donde tenían a don Francisco, y se lo arrebató y lo bajó a tirones para entregárselo a don Diego.

—Éstos son los azares de la guerra, le dijo éste a don Francisco, mientras le levantaba la ensangrentada cabeza y le limpiaba la barba rojiza.

—Pero este hombre no está muerto, exclamó en seguida el capitán.

Efectivamente, don Francisco volvió poco después y, contra el consejo de todos sus compañeros, se levantó y, empuñando su espada, se lanzó nuevamente al ataque, animando con grandes voces a sus amigos mexicanos, quienes lo siguieron hasta el pie de la albarrada enemiga, admirados de su enorme valor. Años después los mismos chiapa conmemorarían esta hazaña de don Francisco en las pinturas de los libros que por algún tiempo todavía habrían de circular entre ellos.

Mientras tanto, Cristóbal de Morales se había internado entre los riscos y, habiendo dejado su caballo escondido, se había separado un tanto de sus

amigos de Ciudad Real. De pronto, en la escarpada pared de la montaña logró ver un hueco más alto que la estatura de un hombre; sin pensarlo dos veces, amarró una cadena que consigo llevaba y se deslizó lentamente. Cuando logró asegurar sus pies en el interior de la cueva, se restregó los ojos y se percató de que eso no era otra cosa que la entrada que buscaba: Podía escuchar claramente los gritos de la batalla y los movimientos de la gente no muy lejos de donde se encontraba. Se le agolpó la sangre en las sienas, y recordando toda la historia de su pueblo, lanzó al aire su señal. Arriba, entre los riscos, sus amigos de Ciudad Real escucharon de repente el ulular de un mochuelo solitario, y sin pensarlo se precipitaron montaña abajo. Francisco Moreno, el hermano de don Pedro, vio primero la cadena atada a un tronco y empezó a deslizarse, llevando a sus compañeros tras de sí.

—¡Por acá!, les gritó Cristóbal en cuanto los vio; y se internaron por la caverna disparando sus arcabuces y arremetiendo con sus espadas sobre cuantos encontraban. El espanto de los chiapa, que no podían creer que se les atacara por ese flanco, fue tal, que empezaron a correr desorganizadamente. Unos se lanzaron por donde se encontraban los de Ciudad Real y cayeron precipitados montaña abajo a revolver su sangre con las aguas del río, mientras que los más decidieron salir de sus barricadas, donde fueron recibidos por el fuego directo del ataque español.

Así terminó esa tarde la batalla decisiva de los chiapa.

Mandó entonces don Diego entablar pláticas con los caciques, a fin de que los castellanos y sus aliados, sin tener que pelear en nuevos enfrentamientos, pudieran atravesar el río y dirigirse a la ciudad que, desprotegida y casi abandonada, levantaba las torres de sus templos en la otra orilla.

Al día siguiente, primero de marzo del año de gracia de mil y quinientos y veinte y siete años, sobre el antiguo asiento de la altiva Nandalumí, el capitán fundó, en el nombre del Rey, un pueblo que llevó provisionalmente el nombre de Villa Real,⁹⁹ en memoria de aquella ciudad castellana de donde había salido tantos años antes, acompañando a su padre moribundo y de donde habían llegado, con los ojos clavados en la ilusión, tantos de sus compañeros de aventura.

* * *

Los días que siguieron fueron de intensa actividad: Reforzaron los alrededores de la nueva villa, colocando por todas partes velas y escuchas y corredores de campo, principalmente por el lado del río, pues temían que los chiapa se rehicieran de su derrota, como lo habían hecho antes, y los atacaran de nuevo, haciendo uso de su gran destreza en el manejo de las canoas.

Al mismo tiempo, fueron levantando casas para la habitación tanto de los españoles como de sus amigos de Tenochtitlán y de Tlaxcala; y aunque con-

99 *Villa Real de Chiapa*: fundada en el antiguo Valle de Hueyzacatlán (náhuatl: «Zacatonal»), también: «Hueyzacatlán» (náhuatl: «Junto al zacate grande»).

taban con la ayuda de los vecinos, eso no dejó de llevarles tiempo y esfuerzo.

Mientras tanto, fue creciendo un sentimiento de desasosiego y de disgusto entre los castellanos. Aquella, decían, no era tierra para vivir: No solamente se sentían siempre acosados por la posibilidad nada remota de nuevos ataques de los indios, sino que sufrían día y noche de aquel calor húmedo que no les daba descanso, y eran constantes víctimas de las picaduras de los zancudos, a las que empezaron luego a culpar de las calenturas que algunos de ellos comenzaron a padecer a pocas semanas de haberse instalado en el lugar.

Una de esas lánguidas tardes en que reposaba junto a una gran ceiba que crecía en la parte más céntrica de la villa, llegaron mensajeros de Copanaguastla¹⁰⁰ a buscar al capitán don Diego, para darle noticias de algo que sucedía en una remota llanura, más allá de las montañas del oriente.

—Capitán, anunció el intérprete, os avisan que hombres como nosotros se han asentado en los llanos del lugar que en lengua mexicana llaman Comitlán¹⁰¹, y que ellos en la suya han llamado Balún Canán.

—Preguntad cuántos son, replicó don Diego.

—Que han establecido una villa, contestó el intérprete, luego de parlamentar con los mensajeros.

—Mandad que se les dé de comer a estos señores y ordenadles que se queden en esta villa hasta que yo os dé nuevas instrucciones; haced que se les ofrezca una buena casa para descansar.

Luego se retiró don Diego a considerar las cosas y a consultar con sus subalternos y amigos. Se trataba de un asunto serio, ya que en el documento del Capitán General se le concedía a él y a nadie más el permiso de pacificar y poblar la provincia de Chiapa con sus llanos. Si alguien más estaba asentándose en los llanos, contravenía las decisiones de la máxima autoridad de la Nueva España.

Una vez expuesta la situación a sus soldados más importantes, preguntó el capitán, sin mostrar inclinación alguna:

—¿Qué os parece que debemos hacer?

—Soy de opinión, respondió inmediatamente el alférez don Pedro Moreno, que vaya a encontrar a esos castellanos un batallón de nosotros y que se aclaren las cosas antes de que pasen a más.

—Yo pienso de igual manera; pero creo que es más conveniente que el batallón sea encabezado por vos, señor capitán, añadió don Francisco de Velasco, quien todavía mostraba el recuerdo de las heridas que había recibido en la batalla.

—¿Qué pensáis vos, Baltasar?, insistió el capitán, dirigiéndose a Baltasar Guerra.

—Yo digo que vayáis vos, capitán, con lo mejor de nuestro ejército, y que arregléis esto por las buenas, si es posible, o por las malas, si no queda más.

100 *Copanaguastla*: importante comunidad y asentamiento tzetzal a la llegada de los españoles.

101 *Comitlán*: «lugar de alfareros (náhuatl)», posteriormente castellanizada como Comitán. En la época prehispánica, su nombre era: «Balún Canán (maya)»: «Lugar de las nueve estrellas».

Se lo quedó viendo don Diego con mirada sonriente y de complicidad, feliz para sus adentros de que se le hubiera aconsejado precisamente lo que él deseaba hacer y, dando muestras de acatar la voluntad de sus consejeros, replicó:

—Iremos. Vos, Baltasar, quedaréis aquí con todos los mexicanos y nuestros convalecientes, para guardar la villa. Miraréis de mantener la paz y el concierto entre todos, que con ello alcanzaréis méritos delante de su majestad. Vos, don Francisco, acordad con estos caballeros la manera de reunir el bastimento y tener todo preparado para que salgamos el día después de mañana.

La noticia de la partida fue del agrado de todos, pues la ociosidad de esos meses ya no era soportable. Pocos eran los que pensaban que el lugar en que se había asentado la villa sería definitivo; así que casi a nadie se le ocurría iniciar actividades que hubieran luego de abandonar.

A los dos días, pues, salieron rumbo a la nueva aventura. Guiados por los mensajeros de Copanaguastla se dirigieron al oriente, con el mismo entusiasmo y la misma alegría con que habían salido de Guazacualco para la conquista de la provincia de Chiapa.

* * *

Tras la polvareda que levantaban los de a caballo cerrando la retaguardia, se quedó Baltasar, que había salido a encaminar a los viajeros antes de que brillara el sol. Se lo quedó viendo, como si despidiera al hermano o al hijo que emprendiera la marcha a lo desconocido, como era. Luego se volvió rumbo a la villa: Por su izquierda le quedaba la imponente corriente del gran río y a sus lados caminaba su inseparable escolta de guerreros mexicanos. Baltasar se apeó para ir al mismo ritmo que sus acompañantes y se dirigió a su casa.

Dio unas cuantas vueltas por el patio, donde crecían los ciruelos de la tierra, que los indios llamaban jocotes por su nombre azteca; luego se apoyó en uno de los horcones que soportaban el techo de palmas; salió en seguida a visitar a algunos de los convalecientes de heridas o de picaduras de zancudos. Para medio día volvió a su casa. No había nada más que hacer ese día. En todo caso, a esa hora el calor era insoportable, y no se sentía con aliento como para pensar en ninguna otra cosa; así que decidió recostarse sobre el petate que estaba apoyado en una de las paredes de carrizos por donde se filtraba la poca brisa que le llegaba desde el Mezcalapa.

Cuando despertó, varias horas después, le corría por todo el cuerpo un copioso sudor salado. Abrió los ojos, y entonces se dio cuenta de que frente a él, sentada en cuclillas, se encontraba una muchacha de color moreno y grandes ojos cafés.

—¡Pardiez, que me ha cogido la fiebre!, gritó el castellano.

La muchacha se asustó y se levantó de un solo movimiento, haciendo gesto de retirarse del lugar. Pero el español, todavía pensando que soñaba, la detuvo con un gesto imperioso y le preguntó:

—¿Qué haces tú aquí, mujer del demonio?

La muchacha, a quien el padre González había bautizado con el nombre de Magdalena Cupasmí, no comprendió las palabras de Baltasar y por toda respuesta abrió una redecita de ixtle que había dejado junto al petate del español. Con calma, o tal vez con recelo, fue sacando de ella el regalo que llevaba para aquel hombre violento: Primero una jícara, luego un tomatate. Virtió de éste en aquélla un líquido espeso de color café, y luego le ofreció todo a Baltasar. Éste, acostumbrado a tantas traiciones diferentes a lo largo de sus campañas, no lo aceptó, sino que suavemente retiró la mano de la muchacha. Ella, entonces, se llevó la jícara a los labios y sorbió un buen trago del brebaje. Al ver esto, Baltasar se sentó, apoyó la cabeza contra la pared y, alargando la mano le ordenó a Magdalena:

—¡Dame!

La indiezuela, o indizuela, como dirían más tarde las españolas, abrió más los ojos, y sonriéndole con ellos, le entregó el recipiente. Lo probó Baltasar, y al sentir su agradable frescura, lo apuró; luego tendió la jícara a Magdalena, diciéndole:

—¡Más!

Sin comprender la muchacha, pero conociendo el efecto de su bebida sobre los hombres cansados, relleno la jícara y se la ofreció nuevamente al castellano. Éste volvió a beber, con lentitud, saboreando cada sorbo. Señalando la jícara preguntó:

—¿Qué es?

Pero de inmediato se dio cuenta de la inutilidad de su pregunta, y entonces gritó:

—¡Juan!

Prontamente entró a la casa el hijo de Luis Gaspar Mazatl, jefe de la guardia personal de Baltasar, y mostrando en su semblante un aire de culposa complicidad, respondió:

—¡Don Baltasar!

—Tú ya entiendes y hablas mi lengua. Quiero que se la enseñes a ésta.

—¿Castilla?, preguntó incrédulo el mexicano.

—¡Castilla!, gritó exasperado e impaciente el español, y luego se puso de pie, dispuesto a hacer algo, cualquier cosa. Le desesperaba tanto aquella terrible ociosidad. Se dirigió a la ribera del río y allí pidió una canoa para él y su guardia. Los mexicanos gozaban estas salidas con Baltasar, pues recordaban los días en que cruzaban alegres los canales de Tenochtitlan, y sabían que a Baltasar le encantaba verlos emular la pericia con que los chiapa remaban

río arriba y río abajo por entre los arrecifes en aquellas frágiles embarcaciones.

Cayó la tarde, bailoteando sobre las aguas del río los rojos rayos de aquel sol inclemente. Mas Baltasar no dio orden de volver sino hasta que asomó tímida la luna por detrás de aquellas imponentes montañas del oriente que tanto le fascinaban. ¿A qué había de volver a aquella casa triste y vacía?

* * *

Finalmente llegaron noticias del capitán: Se las llevaron a Baltasar en canoa desde el pueblo de Acala, donde esa noche había decidido acampar don Diego. Lleno de nerviosismo, Baltasar ordenó que se preparara una fiesta para recibir a sus compañeros y amigos. A la entrada del pueblo levantaron un arco de carrizos amarrados con bejucos y lo adornaron con flores de la tierra. Al empezar a caer la tarde se oyeron los cañonazos con que don Diego anunciaba su llegada. Se apresuró Baltasar a salirle al encuentro. Montó su caballo, pero cuando ya salía, recordó algo que había estado en su mente todo ese día. Se apeó y gritó unas cuantas órdenes, y luego se encaminó al lugar donde habían levantado el arco y allí esperó al capitán.

El sol estaba cayendo ya, y desde el río soplaba una brisa suave y refrescante. Los chiapa, que en su mayoría habían aceptado poblar la villa, le presentaron al capitán enormes canastos de frutas de diversas clases, que habían cortado para la ocasión. Pero Baltasar tenía algo especial para el de Mazariegos:

—Don Diego, exclamó orgulloso Baltasar: Os tengo una sorpresa: Quiero haceros probar algo por lo que vale la pena quedarse en esta villa.

Y tomando de la mano a Magdalena, la acercó al capitán y le dijo:

—¡Dale!

Obediente Magdalena, que para entonces ya comprendía los bruscos mandatos de Baltasar, le presentó una jícara llena de aquella bebida que una tarde le había ofrecido al español.

Bebió el capitán a grandes tragos, y luego alargó el brazo para decir:

—¡Más!

Y luego de beber de nuevo y de mezclar la frescura de esta bebida con la emoción de sus nuevos proyectos, se volvió a Baltasar y, ante las sonrisas pícaras de sus acompañantes, le preguntó:

—¿Cuál es la sorpresa, Baltasar: la bebida o la moza?

Estallaron en una sonora carcajada todos los castellanos que rodeaban al capitán, mientras Baltasar, encendidas en rubor sus tostadas facciones, dio la orden de marchar rumbo a la villa.

* * *

Muchas cosas tenía don Diego que contar a sus amigos acerca de su entrevista con don Pedro Puertocarrero,¹⁰² pero muchas más bullían en su mente con respecto al futuro de esa gente que don Alonso de Estrada le había confiado para fundar la villa en la frontera, en aquella infinitamente lejana provincia de los Chiapa. Así que, después de un día de merecido reposo, los convocó a una sesión muy solemne, a la que incluso invitó al padre González y al escribano. Como resultado de esta sesión, decidieron dejar la villa en una semana, durante la cual harían los preparativos necesarios para un viaje del cual tal vez no habría retorno.

Hacia fines de marzo, finalmente, se pusieron en camino. En todos los rostros se había pintado una nueva ilusión, nacida del reto que les presentaban aquellas enhiestas montañas de enfrente de la villa, que se levantaban a plomo al terminar el valle y que se veían tan llenas de enmarañadas selvas, prometedoras de aquella frescura que tanta falta les había hecho por poco más de un año.

La noche antes de partir, llamó don Diego a Baltasar. Sin andarse con rodeos, le espetó de entrada:

—Baltasar, ¿quieres quedarte en esta villa?

—Sí, Diego. Ya estoy cansado de ir de lugar a lugar. Si tú no me necesitas en esta nueva empresa, prefiero quedarme aquí.

—Esta tierra es mi encomienda, Baltasar. ¿Quieres quedarte de todas maneras?

—Si me das unas tierras que están más allá del río para trabajarlas, me quedo. Pero no me dejes solo.

—Nuestra compañía se ha aumentado con la gente de don Pedro Puertocarrero. Se quedarán contigo cincuenta hombres, a quienes se les repartirá tierras y gente. Habla tú con los que quieras y convéncelos. Se quedarán los que tú necesites, hasta cincuenta.

—Espero que esta amistad nuestra no se destruya nunca, respondió conmovido Baltasar. Y luego, recordando como a través de telarañas los felices días en su ciudad en La Mancha, agregó: ¡Que sea como aquella que por tanto tiempo ha ligado a mi casa con la de los Morales de la tejería!

—Así será, amigo, le contestó el capitán dándole un abrazo de esos que marcan la historia de los hombres.

Casi nadie durmió esa última noche. En la madrugada, con la tibia brisa que subía del río, levantaron el campo y emprendieron la marcha. Baltasar salió a acompañarlos hasta los linderos del llano, allá donde de repente se vuelve montaña. Luego regresó a la villa acompañado de sus amigos castellanos y de un buen contingente de guerreros mexicanos y de flecheros de Tlaxcala. Volvió a su casa y se tiró a soñar recostado en su petate. No habría de tardar en hacer llegar a la villa el primer trapiche para moler la caña de azúcar que sembraría con tanto éxito al otro lado del río.

102 *Pedro Portocarrero*: Capitán enviado desde Guatemala por el Adelantado Pedro de Alvarado, fundador de la ciudad de Santiago de los Caballero o Guatemala en 1524, para extender esa Gobernación.

La gente de don Diego arrancó montaña arriba, por entre cañadas imponentes y durísimas de ascender. Pronto la vegetación empezó a cambiar: al bosque de hojas anchas sucedieron los pinares y los robledales. A pesar del cansancio, los castellanos sentían que el alma se les llenaba de ansias y se les henchía de esperanzas con cada paso que daban bajo la protección de las altas cumbres coronadas de abetos.

Llegaron a un recodo por donde los montañeses de la región mantenían unas salinas, y Pedro Moreno se le acercó al capitán para insinuarle intencionadamente:

—Señor capitán: Hace años pasamos por acá con don Luis Marín, y en este preciso lugar hicimos alto para descansar.

—Me han dicho que no lejos de aquí queda Tzotzleb.

—Así es, señor, pero para llegar a Tzotzleb, que nosotros llamamos Cinnacantlán por su nombre mexicano, hay que subir una pesadísima cuesta. Vuestros hombres llevan impedimenta pesada y han caminado ya dos días.

—Tenéis razón, concedió al fin don Diego, deseoso él también de absorber en sus ojos y en su corazón las vistas de aquella montaña que le hacían recordar sus Montes de Toledo. Entonces añadió: Haced que se ordene el alto y aquí descansaremos esta noche.

Acamparon, y por primera vez en mucho tiempo descansaron de verdad los huesos de aquellos rudos soldados, mexicanos, tlaxcaltecas y castellanos a la vez, sintiendo que llegaba a sus pulmones un chorro de aire diáfano y vivificador.

El sol de las alturas los encontró todavía dormidos, como si nunca hubieran tenido la oportunidad de reposar. Don Diego fue el primero en darse cuenta de que el día ya había despuntado y que era hora de continuar la marcha. Así que mandó levantar el campo a la mayor premura y la columna inició la subida de la cuesta, más allá de la cual se encontraba Tzotzleb, esperándolos de fiesta, a la manera de los mercaderes que siempre habían sido.

La llegada a Tzotzleb causó gran algarabía entre la gente de don Diego, pues desde que doblaron la cuesta se dieron cuenta de la belleza del valle. En cuanto llegaron a las primeras casas del pueblo, se volvieron a don Diego para pedirle que allí se quedaran y establecieran la villa: El aire es alto y fresco, y el valle es hermoso, con su riachuelo en medio. ¿Qué mejor podría encontrarse? Don Diego mandó que se acampara allí, aun cuando apenas empezaba la tarde, para percatarse de todas las ventajas y desventajas que el valle de Tzotzleb pudiera presentar.

Las gentes de Tzotzleb habían salido a recibir con señas de amistad y de alegría a estos hombres que habían terminado la amenaza que para ellos significaba la presencia de los chiapa en el valle junto al gran río, y que, talvez, podrían protegerlos de las exacciones de los odiados mexicas.

Los españoles de todas maneras organizaron su campamento como

habían venido haciéndolo todo el tiempo, no queriendo verse sorprendidos por un ataque a traición de quienes fuera. Por la noche asistieron a una fiesta preparada en su honor, en que la gente de Tzotzleb les ofreció sabrosísima comida de gallinas de la tierra, como habían dado los españoles en llamar al tuluk que los montañeses criaban junto a sus casas.

Cada paso que daban los castellanos en Tzotzleb los convencía más de la conveniencia de establecer allí la villa definitivamente. Pero don Diego creía que al valle le faltaba algo, algo que él no lograba identificar. Así que, después de dos días de reposo y de festejos, levantaron nuevamente el campo, llevando esta vez guías de Tzotzleb que habrían de mostrarles un paso excelente del gran cerro que ellos llamaban Muc'tavits, y que los aztecas les habían obligado a llamar Hueyepetl.

* * *

El paso era como un gigantesco ventanal abierto al valle. Se detuvieron los castellanos sin que nadie llamara al alto, subyugados por la increíble belleza del paisaje que se extendía a sus pies.

—¡Jovell!, exclamaron inclinándose los guías, con aire de recelo y misterio.

—¡Jovell!, repitió el eco en todos los corazones, como levantando burbujas de ilusión.

Al noreste podían verse todavía los restos de aquellas fortalezas que los cañones de don Luis Marín habían destruído con tanta dificultad. Hacia el oriente se destacaba una loma comba que cobijaba en sus repliegues un manantial. Allí había sido hacía un tiempo Moxviquil, la reina y señora de estas montañas.

En el centro del valle se levantaba un promontorio, que tantos siglos antes había sido una isla, con un adoratorio a donde llegaban en canoa los sacerdotes de un viejo dios difunto.

Hacia el sureste ardían los rayos del sol sobre el espejo de una laguna de donde parecían brotar riachuelos que recorrían el valle hasta desaparecer por el sur. Y toda la planada estaba rodeada, como defendida, por un círculo de montañas que parecían engazarla como una joya de esmeralda creada por las manos de los dioses de esta antigua región.

Sin dar orden alguna y sin hacer caso de los guías que corrían junto a él, espoleó don Diego su caballo y se lanzó cuesta abajo. Tras él se precipitó la columna de guerreros, como impulsada por una misma emoción. Atravesaron un río que jugueteaba por el valle en medio de los zacatales, y pasaron junto al promontorio. De repente escucharon el alegre trinar de aquel cuerno que tan pocas veces sonaba don Diego, y se arremolinaron todos a su alrededor, y vieron cómo, a pesar de haber ellos hecho alto a su señal, el capitán seguía sonándolo alegremente, como si en vez de señalar un alto estuviera entonando

una canción. Luego sucedió algo extraordinario: En medio del silencio de todos, detuvo el de Mazariegos su arrebató, alzó el cuerno sobre su cabeza y, haciendo un esfuerzo de titán, lo rompió en dos pedazos y exclamó:

—¡Bendito seas, padre, que me has hecho llegar a este lugar!

Luego se inclinó y besó la tierra y pidió que allí se encendiera una fogata. Cuando don Pedro de Orozco, ayudado de varios castellanos, la hubo logrado iniciar, se inclinó nuevamente Mazariegos y colocó en el fuego los restos del cuerno de sus antepasados. Viéndolo arder entre el alegre chisporroteo de las llamas, levantó al cielo la mirada, y todos pudieron ver en los surcos tostados de su cara rodar dos claras lágrimas, que nadie supo si eran de alegría, de tristes recuerdos o de pavorosos presentimientos.

Era entonces el medio día del treinta y uno de marzo del año del Señor de mill y quinientos y veinte y ocho años.

De pronto, sin que precediera señal de nadie, de toda la columna se levantó una entusiasmada gritaría, y los artilleros dispararon sus cañones, y resonaron los arcabuces, y los guerreros mexicanos hicieron redoblar sus atabales, mientras los de Tlaxcala soplaban las conchas que traían escondidas en sus redes de ixtle; y hasta los guías de Tzotzleb, contagiados de la alegría de aquellos hombres extraños, se pusieron a gritar y danzar, comprendiendo que para ellos algo extraordinario acababa de suceder.

Llamó entonces el capitán a Jerónimo de Cáceres, el escribano, y pidiendo silencio de todos, se sacó del pecho un pliego que traía cuidadosamente enrollado, lo puso sobre su cabeza, luego lo besó en señal de respeto y acatamiento y en seguida se lo entregó diciéndole:

—¡Leed!

Y el de Cáceres leyó:

«Yo el dicho thesorero alonso de estrada gouernador por sus magestades hago saver a vos diego de mazariegos que yo e sido ynformado que es cossa conuiniente y nezzessario que las prouinzias de chiapa y llanos de ellas se pueblen y conquisten de que dios nuestro señor y sus magestades seran muy seruidos y conffiando de vos que sois tal persona que hareis lo que por mi nombre y de sus magestades os fuere cometido y encargado por la presente os nombro por capitán y teniente de gouernador de las prouinzias de chiapa y llanos de ellas y de las otras prouinzias a ellas comarcanas y os mando que vays a ellas con la gente que vos estan prestadas para yr desde esta cibdad y llegando a la dicha prouincia de Chiapa pobleis y situeis una villa en mejor parte que vos pareciere...».

Los soldados escucharon con la cabeza descubierta e inclinada toda la lectura de aquel documento, y cuando terminó, de nuevo expresaron su alegría con gran algazara y con disparos de armas. Pero don Diego no quería

perder el tiempo en celebraciones, de manera que llamando a Pedro de Orozco y a Luis de Luna, los alcaldes nombrados para la Villa Real, les ordenó:

—Tomad como punto de partir el lugar de esta hoguera, y trazad con los soldados las primeras calles de esta villa. Dejaréis lugar para la iglesia de Nuestra Señora y para las casas consistoriales.

Toda la gente participó alborozada en este trabajo y pudo terminarlo en poco tiempo, de modo que antes de que la tarde cayera pudo el capitán reunir nuevamente a toda la compañía y continuar con los asuntos de carácter oficial. Primero hizo que Jerónimo de Cáceres tomara asiento en el centro de lo que sería la plaza y escribiera el acta formal de fundación de la villa. El momento era solemne; así pues, los soldados guardaron silencio; algunos rodearon el lugar donde el escribano pergeñaba el documento, para sugerir que escribiera algunos detalles relacionados con el lugar que ellos no querían que faltaran. El de Cáceres, sintiéndose lleno de importancia, escribió con trazos florida-mente dibujados:

«En treynta y un dias del mes de marzo del dicho año de mill y quinientos y veynte y ocho años estando en un campollano y grande que los yndios llaman gueyzacatlan ... les ha parescido fundar en este campo de gueyzacatlan que ay y concurren las calidades nezesarias para la dicha poblacion y ser la tierra ffria y en ella aver el rio y ffuente y vuenta tierra y agua y prados y pastos y ayre y la tierra y sitio enjuto para la dicha villa alta y sana a el parecer del medico que al presente se hallo y tierra para ganados y monte y arboledas... por tanto el dicho señor capitán y los dichos señores justicia y regidores... juntamente unanimes y confformes dijeron que mudavan y mudaron el asiento de la dicha villa real que ansi esta asentada en la dicha prouincia de chiapa a este dicho campo de gueyzacatlan...».

Terminadas las solemnidades y firmas, don Diego entregó a las autoridades sus varas de mando. Y cuando ya casi era de noche, ordenó que el pregonero lanzara este pregón, que el eco repitió por todas las montañas como un llamado urgente que rebotaría de generación en generación:

«Que todas las personas que tienen voluntad de permanecer, e ser vecinos de esta villa, se vengan a asentar en el libro de cabildo».

Como impulsados por una vara de genio corrieron todos a rodear a Jerónimo, quien a duras penas podía escribir ya a esas horas de la noche; y empezó con los primeros: Cristóbal de Morales, Luis de Mazariegos, Alvaro Gutiérrez, Pedro Moreno, Ambrosio González, Fernán Álvarez, Francisco Moreno, Francisco Ortés de Velasco, Antón Pérez...

Al ver don Diego que la noche se había echado encima de todo aquel campo maravilloso, ordenó suspender la inscripción para continuar al día siguiente.

Cada quien buscó un lugar donde echarse a dormir, sin preocuparse mucho del orden del campamento. La noche era fresca y el aire limpio. Por los montes se escuchaba el aullar melancólico de Ok'il, el perro, que los mexicas llamaban coyotl. Cerca trinaban las aves nocturnas preparándose para salir a buscar su alimento, encabezadas por el ulular quejumbroso de Turumpukuj, el búho.

—¿Hay también mochuelos?, preguntó ya entre sueños Luis de Mazariegos.

—Ése no es mochuelo, respondió Cristóbal de Morales. Pero su quejido me hace recordar aquella tierra nuestra tan lejana y tan buena.

—Yo me muero por volver, replicó entre bostezos Luis.

Desde la laguna llegaba en sordina el alboroto de miles de ranas que comenzaban su concierto nocturno.

La noche piadosa les fue cerrando a todos los ojos, columpiándose entera de sueño en sueño.

Al día siguiente continuarían empadronándose en aquel libro mágico cuyas páginas los convertirían en vecinos de la nueva villa y propietarios de tierras que se dedicarían a cultivar.

Al día siguiente les repartiría don Diego, a nombre de su rey, los solares para sus casas, y se lanzarían a los bosques a cortar improvisadamente las maderas necesarias para iniciar las construcciones...¹⁰³

Al día siguiente se presentarían los indios de Saclamantón y de Mitontic y de Xamulatl, que llamarían Chamula, cargados de maíz y frijol y de carne de venado y de tuluk, a renovar su respeto y obediencia a un rey que nunca habrían de conocer...

Al día siguiente...

Pero esa noche, esa primera noche en las altas y esquivas montañas, Jovel los recibía como una madre, acariciando sus ilusiones con la verde grama de su tierra fría.

* * *

En la villa junto al río Mezcalapa, Baltasar había despertado a la acción: Con grandes trabajos había hecho llegar de las cercanías de la Villa Rica de la Vera Cruz una carga de caña de azúcar, y con devoción había supervisado

103 Históricamente, sobre el área de la Villa Real que se estableció y se distribuyó se informa: «Los solares citadinos se repartieron de la siguiente manera: el solar de la iglesia, el del cabildo, cuatro para Diego de Mazariegos y dos para Pedro de Estrada; uno para cada uno de los siguientes personajes: Francisco de Litorne, Pedro Orozco, Francisco Gil, Alonso de Aguilar, Juan de Porras, Jerónimo Cáceres, Bernardino de Coria, Francisco de Chávez y Antonio de la Torre, que hacen un total de diecisiete lotes. (...) [hubo] otros 43 vecinos nombrados» (Artigas 1991, 17).

su siembra y su cuidado. Al otro lado del río se veía ya verdear un hermoso cañaveral, junto al cual se alzaba una casa construída con paredes de adobes y techada con palmas, como las rudimentarias habitaciones del centro de la población. Allí Baltasar se pasaba la mayor parte del día, pero a media tarde volvía a su jacal del pueblo y se recostaba a descansar, esperando emocionado la llegada de la indiecita de los ojos cafés que le llevaba sin falta su tecomate con aquella refrescante bebida avellanada que le causaba tanto placer.

Poco a poco fue Baltasar fijándose más en Magdalena que en la jícara que con tanta parsimonia le extendía temblando alegremente en su mano de barro: En su cara, de un óvalo perfecto, resaltaban aquellos ojos redondos y misteriosos, que lo quedaban viendo como desde la eternidad; sus piernas, ejercitadas en el trabajo y en el camino de leguas hasta la milpa de su padre, parecían dos pilares robustamente tallados en troncos de caoba. Cuando Magdalena se agachaba para servirle la segunda jícara de pozol¹⁰⁴ con cacao, de su huipil se asomaban colgando los firmes pechos terminados en punta.

Baltasar pensaba en aquella casa blanca de ventanitas cuadradas, donde doña María de Ruiz esperaba sus noticias, suspirando mientras hilaba lana frente a la calle de Toledo en Ciudad Real. Y en la tejería de sus amigos, alguien regaba con cariño los rosales que les había enseñado a cuidar, según su vieja leyenda, una mora de nombre Zoraya.

Mas una tarde, en el fuego de aquel húmedo infierno, luego de apurar la segunda jícara de pozol, Baltasar se quedó viendo a la muchacha india, y cuando ella extendió su mano para recoger el recipiente, el castellano la tomó con la suya y de un tirón la hizo sentarse a su lado. La indizuela no opuso resistencia, pero se lo quedó viendo con unos ojos tan dulcemente aterrados, que el español sintió nacer dentro de él una infinita piedad, como si toda su alma se fundiera con la de ella. Y entonces la soltó. Pero Magdalena se quedó, sentada junto a él, reclinada su gruesa cabellera negra en los carrizos de la pared. Junto a los jocotes rechinaba el monótono cantar de las chicharras.

—¿Por qué te manda tu padre a servirme?, preguntó el castellano, después de una larga pausa.

Magdalena, que para entonces ya había aprendido lo suficiente de la lengua de Castilla, le contestó:

—Tú eres el cacique de los castellanos, como él es el cacique de los soc-tones.

—¿No te da miedo estar sola conmigo en mi jacal?

—No.

—¿Por qué no?

—Mi tata piensa que el castellano no sabe de mujer india.

—¡Voto a Satanás!, replicó el español con su acostumbrada vehemencia, levantándose a caminar por la estrecha habitación. Cuando se hubo calmado, volvió a la esquina donde Magdalena permanecía sentada, la tomó de ambas

104 *Pozol*: bebida hecha de maíz y azúcar.

manos para abrazarla; se la quedó viendo, y notó que su cabeza le llegaba al mentón.

—Pareces una niña, le susurró. ¿Cuántos años tienes?

—No lo sé, contestó la joven.

—¿Quién lo sabe?, insistió Baltasar, mientras, sin darle importancia a su propia pregunta, pasaba suavemente sus duras manos por el cuello de la india. ¿Recuerdas la primera venida de mis compañeros?

—Mi tata me escondió en una cueva.

—Debes tener unos quince o dieciséis años, pensó Baltasar. María debe tener veinticinco. ¿Y yo? ¿Alguna vez volveré a tenerte entre mis brazos? ¡María! ¡María! Me siento tan solo en medio de todas estas gentes, que farfullan mi lengua como si estuvieran cantando. ¡María! Si tú quisieras venir y dejar que yo me viera en las lagunas de tus ojos!

Poco a poco había ido hundiendo sus uñas en la morena piel de Magdalena; ésta se había ido echando hacia atrás, espantada por el brillo de los ojos del español, y ahora yacía en el piso de tierra apisonada, mientras Baltasar murmuraba palabras que ella no había aprendido jamás de los labios de Mazatl. De pronto el castellano, con un gesto de tormento en la cara, se levantó de un salto y le gritó a la indiecita:

—¡Fuera! ¡Vete a tu casa!

Se levantó bruscamente Magdalena, se arregló maquinalmente la negra cabellera, y se dirigió al agujero que servía de puerta y por donde el aire de la tarde aventaba bocanadas de caliente humedad. Corrió Baltasar tras ella y la alcanzó junto a la ceiba de la villa; tomándole las manos le entregó el tecomate y la jícara que la muchacha había dejado en la habitación y le dijo casi con dulzura:

—De hoy en adelante, llévame el pozol a la casa del cañaveral.

* * *

Cuando nació su hijo, Baltasar sintió una emoción muy honda. Lo tomó en sus manos, como si fuera un trocito de tierra mojada en el primer aguacero de la estación. Le vio sus mismos ojos claros y su misma barba partida sobre el óvalo moreno de la madre, y supo entonces sin saberlo de verdad, que allí estaba naciendo algo nuevo que ni era él ni era la hija de Cupasmí.

Por esos días llegó de la Villa Real de las Montañas, como estarudamente seguía llamándola Baltasar, el padre González. Corrió la noticia por el pueblo y llegó hasta el cañaveral. Entonces el castellano ayudó a Magdalena, y entre los dos envolvieron al niño en una manta de algodón, se metieron en una canoa, y escoltados por dos balsas repletas de trabajadores del cañaveral, cruzaron el río para llegar a la enramada que servía de iglesia.

Salió presuroso el padre González a recibir al representante del rey en ese pueblo, y su amigo personal.

—Hace tiempo que no te vemos en la villa, Baltasar, le dijo el sacerdote, tendiéndole la mano.

—Desde que le cometieron tan abominables injusticias a Diego, no siento en mi corazón más que rencor para el lugar. Además, en verdad, mis huesos no soportan ya el frío de las heladas en esos cerros tan altos.

—Allá viven tus amigos, y no les va mal.

—Algún día he de necesitarlos yo, o ellos a mí, y entonces nos veremos, finalizó Baltasar. Y, cambiando de plática, añadió: Ahora quiero bautizo y asentamiento para lo que viene en ese fardo, y señaló la minúscula carga de Magdalena.

Asintió con una sonrisa el padre González y les hizo seña para que lo siguieran al interior de la enramada, donde, sobre una ruda mesa tenía abierto su primer libro de bautismos.

—¿Cuál es el nombre de la criatura?, preguntó.

—Juan, respondió sin titubear Baltasar.

—¿Y el de la madre?

—Magdalena.

Entonces el sacerdote escribió en el margen izquierdo: «Juan, mestizo». Luego redactó el acta así:

En la villa de Chiapa de los Yndios, a veynte y quatro días de junio de mill y quinientos y treinta y dos años, baptize, puse olio y chrysm a Juan, hijo de Magdalena, yndia del servicio de la casa de don Baltasar Guerra, español. Fue padrino don Alvaro Diaz, y para que conste lo firme y puse mi signo. Pedro Gonzalez.

* * *

Corría ya el año de 1533.

Una tarde, estando Baltasar en una de las tantas sesiones del cabildo local, llegaron corriendo varios de los tlaxcaltecas que habían quedado ayudándole en el cañaveral, y desde lejos le gritaban:

—¡Se han alzado los chiapas! ¡Se llevan a Magdalena y al niño por el río!

Baltasar reaccionó de inmediato dando órdenes a gritos:

—Todos los de a caballo, lanzarse río abajo por la orilla a carrera abierta para tratar de cortarles la retirada. Compadre Álvaro, vuela su merced a la villa de arriba a pedir auxilio. Mis mexicanos, a las canoas que hayan quedado, a perseguir a los alzados río abajo. Los flecheros cruzarán el río conmigo para cerrar la salida por la otra orilla.

Siguió una carrera frenética de todos, pues bien sabían lo que podía significar el permitir que el alzamiento se propagara, y también, porque todos sentían admiración y respeto por aquel iracundo castellano que en tantas ocasiones había puesto su vida por la de los demás.

Los chiapa, que avanzaban veloces a merced de la corriente, se quedaron admirados de la rapidez con que ya por la orilla derecha del río cabalgaban furiosos los españoles; entonces se enfilaron hacia el islote de Cahuaré, a medias aguas, para hacerse fuertes y rechazar a los enemigos, mientras corría la voz por la comarca invitando al alzamiento.

En poco tiempo los soctones se vieron rodeados: Por un lado, los mexicanos trataban de desembarcar en el islote; por la parte de abajo de la corriente, los españoles habían amarrado balsas al lado del cañón y habían colocado en ellas a los flecheros de Tlaxcala que se habían quedado con ellos; en las orillas, desde los barrancos, los arcabuceros amagaban con disparos esporádicos. Mientras tanto, empezó a oscurecer.

—Acarread leña para hacer hogueras en las orillas, ordenó Baltasar.

—Arrojémosles flechas con fuego, sugirió Blas de la Torre.

—No, que allí están Magdalena y mi hijo, respondió colérico aquél.

Aclarando logró llegar a Jovel don Alvaro Díaz, y sin dudarle se dirigió a la casa de don Cristóbal de Morales, el amigo de Baltasar Guerra. No bien le hubo explicado lo que sucedía, se oyó por toda la villa el estrépito con que salían a mataballos los más aguerridos soldados que vivían en esa ya tranquila villa. Con Cristóbal se fueron Francisco de Velasco, Andrés de la Tovilla, Luis de Mazariegos y otros veinte de a caballo, siguiéndolos a pie como cien guerreros mexicanos y otros tantos flecheros tlaxcaltecas.

Cuando estos refuerzos llegaron a Chiapa de los Indios, Baltasar ordenó que se disparara repetidas veces el cañón que don Diego le había dejado para defensa del lugar; luego dispuso que los recién llegados reposaran para estar listos para un asalto definitivo al islote por la mañana.

—Oyendo retumbar nuestra artillería, sabrán que hemos recibido refuerzos, le comentó a don Francisco, el más experimentado de todos esos guerreros, y tal vez no se animen muchos a tratar de unirse a la rebelión.

Por la mañana, a buena hora, tomaron todos sus posiciones frente al islote de Cahuaré. Emplazaron el cañón de modo que al disparar no causara daño a nadie, pero sí produjera miedo en los alzados. En seguida Baltasar procedió a acercarse al campo enemigo en una balsa improvisada, manejada por los mexicanos. Al estar a unas cincuenta varas de la isla, le arrojaron la primera andanada de jules tostados. Baltasar se parapetó detrás de un par de escudos con que los mexicanos lo protegían, y luego les gritó a los chiapas, por la lengua de Juan Mazatl:

—Entregad a Magdalena y al niño, y yo no os causaré daño. Tocadlos, y moriréis todos y prenderé fuego a vuestras sementeras para que mueran de hambre vuestras familias.

Se alzó una tremenda gritería en la isla, y volvieron a lanzar varas y piedras. En ese momento, el español dio la señal convenida, y desde el barranco restalló el trueno del cañón, haciéndole eco los farallones a los lados

del río, mas la bala pasó rozando la orilla del islote. A una nueva señal de Baltasar, la bala pasó zumbando por encima de las cabezas de los aterrorizados chiapa.

—No queremos jalar el trapiche, gritó entonces Alejandro Nuricumbo, uno de los jefes del alzamiento.

—¡Soltad al niño y a su madre!, rezongó Baltasar, dando señas para otro cañonazo.

—No queremos trabajar en los hornos de panela a medio día, replicaron varias voces en la isla.

—Mandad a la mujer y a su hijo en una canoa a la orilla, atajó en seco el empecinado castellano, mientras daba órdenes de disparar a los flecheros tlaxcaltecas que se habían acercado en otras balsas. La rociada de flechas fue certera, y habría continuado de no haber dado contra orden Baltasar, al ver que alguien corría a desatar una de las canoas chiapanecas.

Cristóbal se apeó rápidamente y se acercó a la ribera por el lado de la villa, para recibir en sus brazos a aquella criatura de poco más de un año, que ya empezaba a causar tan serias dificultades.

—Arrojad al río vuestras armas, gritó entonces Baltasar.

Con infinita repugnancia fueron aceptando aquellos hombres valientes y esforzados el arrojar al agua aquellas varas y aquellos arcos que significaban para ellos la última posibilidad de exigir sus derechos y el respeto a su dignidad y a su vida.

Volvieron todos al pueblo. Baltasar invitó a sus amigos montañeses a que presenciaran la discusión que habría de tenerse en el cabildo de esa tarde. Pero antes de proceder a él, les invitó a que visitaran su cañaveral.

—En verdad, ya no vivo en la villa, les explicó mientras cruzaban el río. Mi casa es humilde, pero estoy siempre cerca de mi hacienda. Y aun ahora no sé si podré alojaros allí, porque este alzamiento estuvo dirigido precisamente en contra de mis intereses, y quién sabe si no hayan destruído mi labor.

Llegaron. Fuera de una puerta rota y una parte incendiada del cañaveral, no se notaban los efectos del levantamiento.

—¡Vaya que tienes una casa espaciosa!, comentó Cristóbal.

—He construido los muros recios, para que puedan soportar un techo de tejas, respondió Baltasar. Pero tejas aquí no hay, ni quien sepa hacerlas. Y se quedó mirando fijamente al antiguo tejero de Ciudad Real.

Mas Cristóbal fingió no darse por aludido y, tratando de cambiar la plática, pidió que Baltasar les mostrara a todos el patio del trapiche.

—Trescientos pesos de a ocho reales pagué por él, explicó Guerra, sin contar los fletes y el almojarifazgo.

—Pero eres dueño de toda la panela que hay en la región, apuntó don Andrés de la Tovilla.

—Esto no será por mucho tiempo, don Andrés, repuso Baltasar. He oído

que don Blas Coutiño pretende hacer lo mismo allá por Copanaguastla.

—Esto dicen, aseguró don Francisco de Velasco. Recibí un repartimiento en Zuyatitlán.

En estas pláticas estaban, cuando apareció Magdalena acompañada de varias indias, y se puso a repartirles jícaras de pozol.

—¡A vuestra salud!, exclamó el anfitrión. Y quiero agradeceros la ayuda.

—No digas nada, hombre, le cortó Cristóbal.

—Disculparéis que no os haga brindar con una jarra de vino.

—Calle vuestra merced, compadre, que se nos abre el apetito, interrumpió don Álvaro Díaz.

Todos soltaron una liberadora carcajada, y empezaron a diseminarse por el cañaveral, mientras que algunos se quedaban haciendo rueda junto al trapiche.

Baltasar tomó del brazo a su viejo amigo Cristóbal de Morales y se lo llevó a un pequeño corral donde había un cobertizo de palma.

—Quiero mostrarte el mayor tesoro de mi hacienda. ¡Allí!, le dijo, señalando al animal que tranquilamente se comía una carga de pastura.

—¡Un burro!, exclamó confundido Cristóbal.

—Ya oirás lo que diré de mi burro en el cabildo de esta tarde, replicó Baltasar. Pero, sobre todo, ya verás lo que haré de él, y en poco tiempo. Te digo que de aquí nacerán las recuas que todos comprarán para transportar sus productos, y de aquí saldrán los mejores arrieros que llevarán mi panela y tu trigo a todas partes donde se pueda comerciar.

—¿Pero te has vuelto tú judío?

Por toda respuesta, Baltasar levantó un guijarro para lanzárselo a la cabeza a su amigo, pero en ese momento salió Magdalena para invitarlos a comer, y ambos tuvieron que entrar en orden.

* * *

Habían pasado varios días desde que partieran los amigos de Baltasar, y Chiapa de los Indios, como habían dado en llamar a la primitiva villa de Marzariegos, había vuelto a una aparente tranquilidad.

La sesión de cabildo de aquella tarde había sido tormentosa; no había faltado quien propusiera colgar a los cabecillas del alzamiento, y alguien había maniatado a Juan Nangullasmú para exhibirlo junto a la pochota. Pero entre los más cuerdos habían logrado mantener las medidas de prudencia que el momento exigía.

Ahora, Baltasar, con una jícara de pozol en la mano, observaba cómo su burro jalaba parsimoniosamente el timón de su trapiche. Los hornos para la panela ya sólo se encendían de noche. Y desde las sombras de unos amates, sus indios contemplaban el chorro de jugo que una tubería de carrizo llevaba a los peroles.

—Parad el trabajo, ordenó de pronto Baltasar.

Vio que llevaran el burro a su corral, y luego dio una nueva orden:

—Mateo, trae la yegua que está en brama, y métela al corral del burro.

Ante la nueva ocurrencia del castellano, fueron acercándose al lugar varios de sus trabajadores, encabezados por Magdalena, que llevaba al niño cargado en un rebozo.

Al sentir el burro la presencia de la yegua, se fue tras ella tratando de montarla, pero recibió en el hocico un certero par de patadas que la gente coreó con estrepitosa carcajada. El animal no cejó en su intento, hasta que allí, ante la presencia de tantos testigos, logró trepársele a la yegua sin que a nadie le quedara duda de su función.

—¡Aquí comienza otro futuro!, dijo sonriendo casi sólo para sí Baltasar.

¿TRIGO?

En la villa de arriba, los montañeses habían empezado a vivir de sus recuerdos. ¡Cuántas cosas habían pasado en esos diez años! Había tanto que revivir, que ya para muchos la vida se había vuelto casi contemplativa. Se levantaban tarde, sabiendo que, al empezar a quitarse la bruma, estaría a los pies de su cama una chamula con una jícara de chocolate humeante, endulzado con panela, que les recorría la sangre, sacudiendo aquel frío tan sabroso que invitaba a volver a encerrarse. Pero, no. Ensillaban sus caballos y salían a supervisar el trabajo de sus labores, mientras seguían con ojos soñadores el rumbo de los olanes de neblina que iban disipándose detrás del Huey-tepetl o por el rumbo del Zontewitz.

¿Qué había pasado con don Diego, aquel hombre que había gastado su hacienda para poblar el valle de Jovel? ¿Aquel que los había guiado por bosques y montañas y les había enseñado a amar esta tierra fría, estos montes huraños y estas heladas brumas? Lo recordaban montando su caballo y tomando rumbo por el camino de Cinacantlán, para ir a buscar justicia a Tenustitan, aquella lejana ciudad de donde le habían llegado el despojo y el robo disfrazados de residencia.

—Yo lo vi muy enfermo, vagando por las calles de Tenustitlán, había comentado una vez don Andrés de la Tovilla, recordando su viaje a la Nueva España. Lo habían mandado, junto con don Francisco Ortés de Velasco, a iniciar trámites para tener obispo y para que enviaran mujeres a esta villa de hombres. Y con esto habían iniciado la costumbre de mendigar de una o de otra lejana y desinteresada ciudad, que les resolvieran sus problemas.

Un día Luis de Mazariegos, el hijo de don Diego, había decidido irse a Castilla. Escandalizados e incrédulos, los alcaldes le habían concedido el permiso para ausentarse sin perder sus derechos de vecino de la villa.